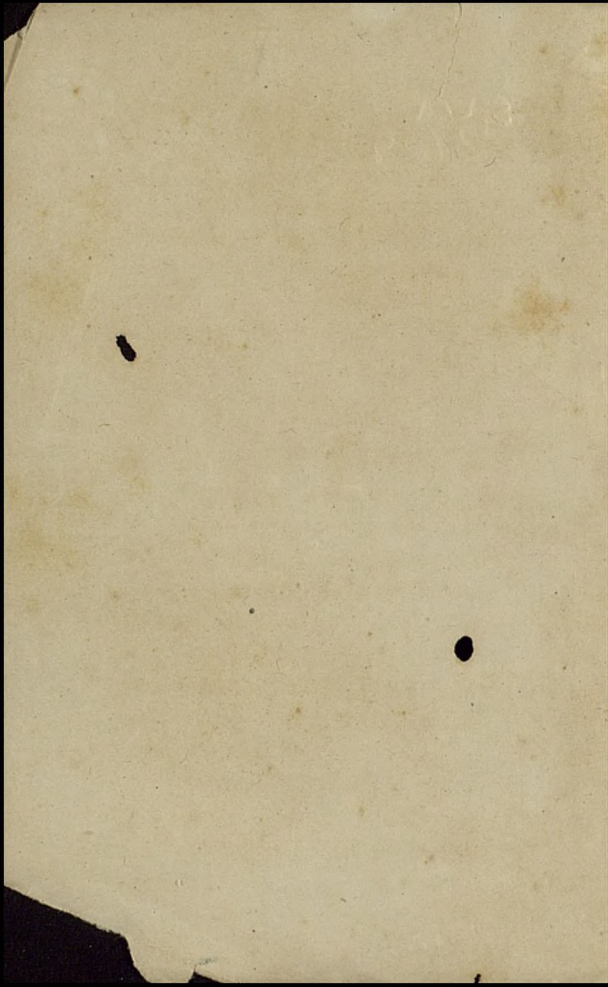
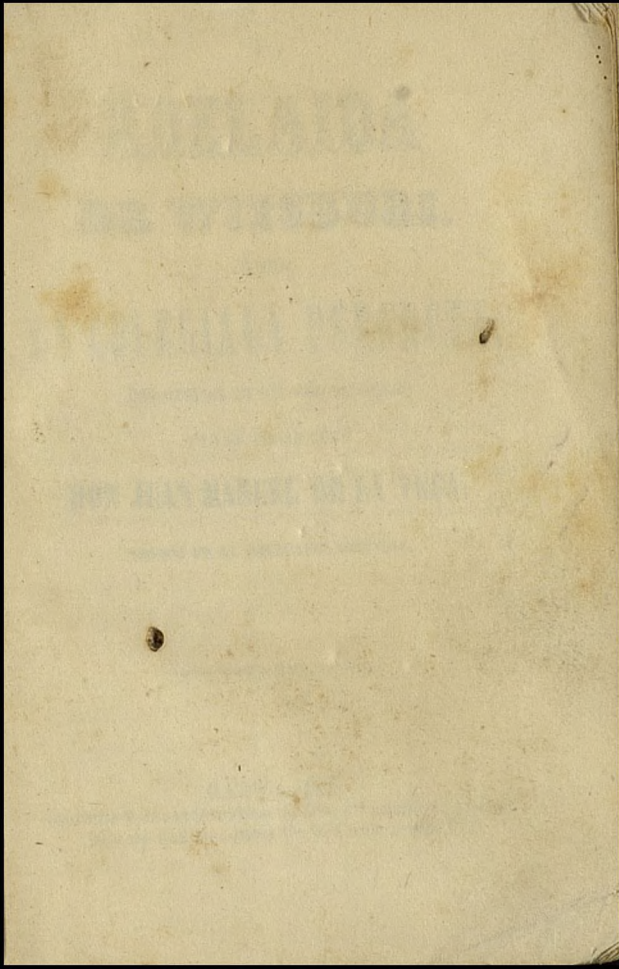


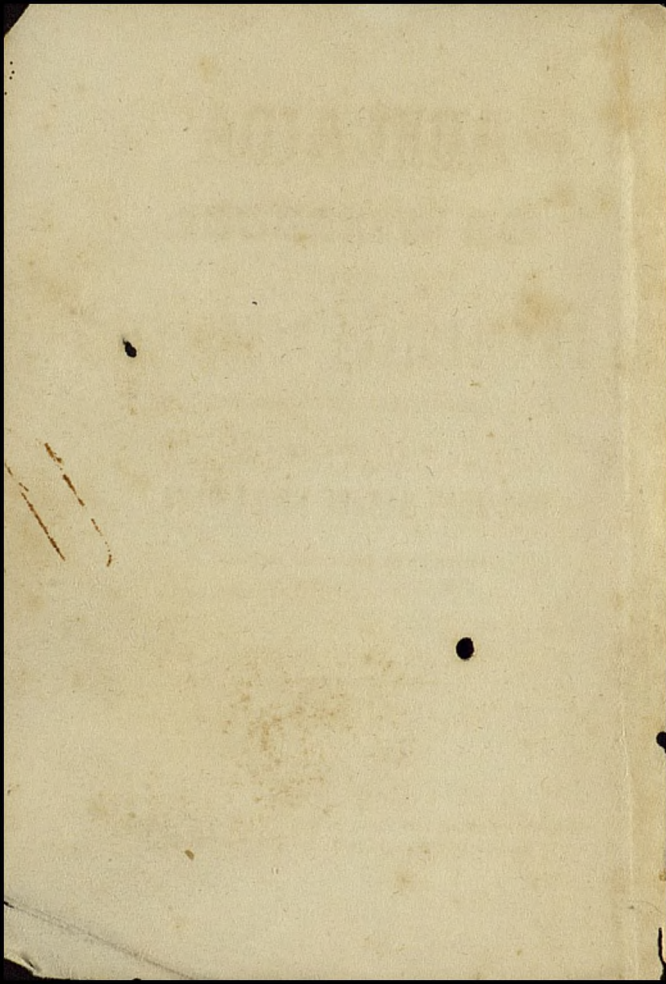
1856. X

SXIX

2129







+

ADELAIDA
DE WITSBURI.

Ó SEA

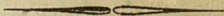
LA COLEGIALA PERFECTA.

Reimpreso en un solo volumen

POR EL PRESBITERO

DON JUAN MANUEL DE LA VEGA,

EDITOR DE LA COLECCION ASCÉTICA.



GADIZ;=1856.

Imprenta y encuadernación de Don Filomeno F. Arjona,
calle de Padilla, antes de la Torre, núm. 27.

97

707

Se halla en Cádiz en la libreria de la Sra.
viuda de Moraleda, plaza de San Agustin núm.
5 moderno á 8 rs. á la rústica, 10 en pasta co-
mun y 12 en pasta fina.

ADELAIDA

DE WITSBURI.



PRIMERA PARTE.

El monasterio de santa Eugenia de Valladolid es uno de los mas célebres de España, tanto por la conducta ejemplar de sus religiosas, como por la educacion que se da en él á las jóvenes señoritas. La primera que mas contribuyó con su maravilloso talento á acreditarle, fué la madre Sor Ines de Vasconcellos; aumentose despues su fama por el admirable celo de Sor Isabel de Villarreal; pero llegó á hacerse tan conocido y de tal reputacion en tiempo de la madre Sor Juana Cabrera que de todas las provincias llegaban á él infinitas

colegialas. Estendiéndose mas y mas cada dia su nombre, hubo que pensar en tomar ciertas medidas que aseguraran con mas particularidad una bra tan útil á la religion y al estado. Se edificó á este efecto una magnífica casa, separada del Monasterio, á fin de que no teniendo mas comunicacion las colegialas, que con sus maestras, no perturbasen en la comunidad la regular observancia. Hiciéronse otros estatutos, con la aprobacion del Superior Eclesiástico, cuyos principales articulos contenian lo siguiente:

1. Se estableció, en primer lugar, que no habian de recibirse alli niñas de menor edad que de la de seis años, ni que pasasen de doce, y que á lo mas podrian estar en él hasta los veinte.

2. Se deberian distribuir las colegialas en tres clases; en la primera se incluirian las mas pequeñas hasta los diez años; la segunda deberia comprender á las de este dicho tiempo, hasta los quince, y las mayores se reservaban para la formacion de la tercera.

3. En cada clase tenian que existir dos maestras para que velasen sobre las señoritas y las instruyesen; además debia haber una rectora gene-

ral que cuidase de las demás; por cuya razon se la debería llamar la *Directora*.

4. Todas las señoritas habian de vestir un mismo ropaje, de una tela morada, con un peinado decente y modesto, sin esta especie de adornos que sirven para inspirar y sostener la vanidad de las solteras.

5. Se prohibia á las colegialas toda correspondencia con las monjas, y el poder estar juntas dos ó mas de ellas en un mismo cuarto sin el permiso de las maestras, como tambien el dar sin su licencia el menor recado para fuera, y el presentarse solas en el locutorio, como no fuese para ver á sus padres ó á algun comisionado de ellos, cuya probidad fuese muy notoria.

6. Las colegialas mayores deberían tener cada una su cuarto, y las de las otras clases tendrían en dos salas grandes, y bajo la vigilancia de las maestras, sus catres separados los unos de los otros con cortinas y un trecho proporcionado.

7. Todo juego de naipes estaba prohibido, igualmente que la lectura de novelas, de las fábulas de los Paganos, la de las comedias y tra-

gedias. No podia haber allí tampoco maestros de baile, pero las religiosas por sí mismas tenian el cuidado de hacer andar con gracia á las señoritas enseñarlas á mantenerse derechas, á presentarse con decencia, á hacer bien una cortesía, y á arreglar las acciones de su cuerpo con la urbanidad que se exige de una doncella bien educada; lo que bastaba para su perfeccion, dejando á parte aquel arte peligroso, que solo enseña á moverse á compas.

8. Aunque á los principios hubo alguna dificultad en permitir el estudio de la música, se tuvo por mas conveniente el tolerarle, para dar el consuelo á las señoritas de que pudiesen cantar con arte y que ejercitasen su voz en asuntos devotos; pero con la condicion de que no podrian estudiar esta facultad, hasta que hubiesen dado antes varias pruebas de sus adelantamientos en otros ejercicios mas útiles; de que los maestros que se elegirían habian de ser de una moralidad la mas constante; de que no las propondrian en sus lecciones ningun asunto profano; y de que jamás se las darian como no fuese en presencia de una maestra.

9. No habia de omitirse ninguna cosa de cuantas pudiesen contribuir á perfeccionar el talento de las colegialas, con proporcion á los limites que exige su sexo; pero mucho menos de aquellas que podian hacerlas útiles para los diferentes estados que cada cual pudiese tomar despues; en cuya consecuencia ademas de la lectura, escritura, ortografia de las reglas de la buena pronunciacion, y de la gramática de la lengua nativa; se las daba una idea general de la historia del blason, del diseño, tan útil para las labores de la aguja, como que dependen de él; y de las principales reglas de la aritmética: asimismo se les enseñaba las obras de costura y de bordado que podian entretenerlas de un modo gustoso y útil.

Tenian tambien las maestras la máxima de acostumbrar á las colegialas al trabajo, y de hacerlas laboriosas, en la firme inteligencia de que la mayor parte de los defectos de las mugeres nacen de su pureza y de su ociosidad. De este modo ninguna señorita salía de tan buena escuela sin que pudiese ser muy útil en un convento, si abrazaba la vida religiosa, ó sin que estuviese

acostumbrada á los cuidados domésticos, y aun á la educacion de una familia, si intentaba seguir el partido del siglo.

10. Todas estas instrucciones, aunque muy necesarias, no eran mas que como un preludio por lo tocante á la religion. Este era el principal objeto de las maestras, ó por mejor decir el solo y único, á que ellas encaminaban todos los demás sin dejar, ni por un solo instante, de animarlas á este fin. Además del pequeño y del grande catecismo que las señoritas aprendian de memoria en los años de la primera y de la segunda clase, se las enseñaban las historias del antiguo y del nuevo testamento, y varias vidas de los santos, cuyas acciones son ó mas conocidas por los fieles ó mas propias para inspirar devotos sentimientos en el espíritu de la juventud: ellas aprendian además su religion de un modo historico, conociendo asi su grandeza y santidad por medio de los ejemplos, y viendo su utilidad prácticamente.

En fin, no habia ninguna colegiala que no estuviese perfectamente instruida antes de pasar á la tercera clase, y muy capaz de poder meditar

por sí misma, y de hacer un retiro espiritual con todos los demás ejercicios de devocion; cuyas reglas se han visto despues establecidas en la introduccion á la vida devota del grande San Francisco de Sales, y en otros muchos libros espirituales, que son un manantial de bendiciones para todas las almas que los leen con aplicacion.

Tales eran los principales artículos de este célebre estatuto, y su observancia se habia arraigado alli por una dilatada serie de muchos años, quando la madre Sor Leonor de Santa Cruz hizo dimision de su empleo de directora, á causa de su abanzada edad; pero sin embargo de que habia dejado tan penoso cargo, que la obligaba á unos cuidados muy superiores á sus fuerzas caducas, no por eso dejaba de entrar con bastante frecuencia en las salas, para entretenerse y conversar familiarmente con sus queridas educandas, y aun la servia de complacencia el contribuir á la educacion de ellas por la costumbre que tenia. Su eminente virtud, juntamente con su natural afabilidad, y con la gracia que tenia para contar una multitud de historias, hacia siempre nueva su conversacion y muy agradable para las señoritas,

las que no se cansaban de escucharla, ni veían sin sentimiento que se concluyese, á no ser que ella las prometiese continuarla al día siguiente.

Un día que las había contado la historia de Santa Rosa de Palermo, princesa de la familia real de Carlo-Magno, les dijo que la había leído siendo muy jóven con *Adelaida de Witsburi*, su íntima amiga. Este nombre, que desde luego se conoce que no es español, despertó mas su atención, y sucediéndose la curiosidad á la admiración, la rogaron que les dijese quien era aquella mencionada señorita. Mucho tendría yo que decir de ella (respondió la madre Sor Leonor) y aun no me sería posible el poderos proponer un dechado de virtud mas á propósito para vuestra capacidad, pues que fué eolegiala como vosotras en esta casa, donde supo labrar su propia santificación; pero no bastaría para esto una sola conversacion, y aun tal vez llegaríais á mirar su virtud como muy difícil para ser imitada. No se necesitó otra cosa para que aumentasen sus instancias; se lo suplicaron de nuevo con mas arrebato, y aunque esta buena madre fingió que se negaba, para animar mas sus deseos, cedió por

último y empezó á hablarlas de esta manera.

Aun no tenia yo siete años cuando mis padres me pusieron de colegiala en esta casa, y á pocos dias de estar en ella trajeron tambien á *Adelaida* de *Witsburi*. Desde entonces cogi tal amistad con ella que ni aun se acabó con su vida; pues aunque murió, en efecto á los diez y ocho años, y yo cuento ya los setenta y nueve, el recuerdo de sus virtudes mantiene aun mi afecto hácia ella lo mismo que si viviese. No os debeis admirar de esto. Las amistades, formadas por las cualidades naturales, no son superiores á la muerte; pero las que forma la religion duran mas allá de la vida, porque la virtud subsiste eternamente.

Ya conoceis muy bien, hijas mias, por el apellido de *Witsburi*, que esta señorita era una estrangera. A su arribo á nuestra España acompañaron unas circunstancias tan trágicas, que no pueden oirse referir sin llegar á enternecerse. *Adelaida* era inglesa, hija del conde de *Witsburi*, de una antigua é ilustre familia de Londres, que fué siempre católica. Su madre, que era de igual condicion y cristiandad, habia sido enviada de muy jóven á Paris, para ser allí educada en el mo-

nasterio de religiosas Benedictinas, tanto en los principios de la verdadera religion, como en los ejercicios convenientes á una señorita de su elevado nacimiento. Allí fué donde hizo una grande amistad con la hija del marqués de *Boisbriant*, la cual se casó despues con el conde de la *Verda* de Madrid, en un viaje que este hizo á Francia, y su amiga en su vuelta á Inglaterra se unió en matrimonio con el conde de *Witsburi* padre de *Adelaida*, de quien hablo.

Estas dos señoras, aunque establecidas en paises tan distantes, mantuvieron siempre una puntualísima correspondencia. Nunca se pasaba un mes sin que se escribiesen por medio de los buques del comercio, y habiéndose mantenido siempre una y otra en sus principios de moralidad, eran sus cartas tan tiernas como espirituales.

La revolucion que despedazaba entonces á la Inglaterra, con motivo de la religion, amenazaba allí á los católicos con una persecucion abierta y declarada. Temiendo la condesa de *Witsburi* el riesgo en que se hallaba su familia, quiso separarla de la tempestad; determinóse en fin por las

muchas instancias de la condesa de la Verda, que la escribia continuamente se viniese á fijar á España; de modo que llegó á persuadir al conde su esposo á que vendiendo sus estados se retiraran de allí á la sordina.

Partieron por último desde *Plimouth* para encaminarse hácia este reino, y su viaje fué feliz hasta cerca de Cádiz; pero, como á una jornada de este puerto, el navio empezó ya á hacer agua, en términos que amenazaba con un próximo naufragio.

Se trabajó con el mayor esfuerzo con las bombas, procurando al mismo tiempo caminar vivamente; pero el agua, que entraba ya con mucha abundancia, hacia el bajel muy pesado, y el viento era tan corto que de ningun modo les ayudaba. En este apuro se arrojó la chalupa al mar, para venir á buscarse los socorros mas pronto, y el conde de Witsburi aconsejó á su esposa que se pusiese dentro con la niña Adelaida, de edad de unos cuatro años, y con su ama de pecho. La entregó una cajita de joyas con varias letras de cambio que importaban mas de sesenta mil libras esterlinas, y se quedó él en el navio, en medio del

riesgo, con un hijo que jamás le desamparó. La separacion de estos esposos fué de las mas tristes; ciertos presagios anunciaban á su corazon lo que debia de suceder prontamente. En efecto aun no habia perdido la condesa de vista el navio cuando se enterró entre las aguas. Élla estuvo para desmallarse; pero el temor de que el menor movimiento hiciese conmover el bote y les espusiese á un nuevo peligro, la hizo ahogar su dolor dentro de sí misma, y esperar á tomar tierra para entregarse libremente á la fuerça de sus arrebatos.

Allí fué cuando no pudiendo contenerse ya, se tendió sobre la rivera casi moribunda; tomó á su hija en su regazo, apretó su rostro contra el de ella, y le bañó con un torrente de lágrimas: despidiendo al cielo gritos lastimosos, hizo con un noble esfuerzo este acto generoso de su mision á la voluntad del Ser Supremo, abandonándose en brazos de su divina providencia. «Ya no me queda ¡ó Dios mio! otra prenda del amor del marido que me habiais vos mismo dado, que la que aquí os ofrezco; tambien os la sacrifico, si así lo quereis: mirad á estas dos víctimas dis-

«puestas para ser inmoladas á vuestras divinas órdenes.»

El esceso de su dolor no la permitió hablar mas, y una multitud de gentes que la rodeaban, la miraban con admiracion, cuando la Providencia condujo allí al gobernador de la ciudad, que entendia muy bien el inglés, porque habia sido uno de los prisioneros que estuvieron en Londres en la guerra anterior. El se informó de la ama de Adelaida, y llegó á saber la noble esfera y la desgracia de la infeliz condesa; y acercándose á ella, con un modo proporcionado á su triste situacion, la rogó que viniese á alojarse á su casa, á donde se la llevó en su mismo coche.

Sin embargo, la condesa no perdió ningun tiempo; escribió á su amiga para participarla sus desdichas y el sitio donde se hallaba; y sin esperar respuesta se plantó en Madrid, casi al mismo tiempo que el correo. En el instante en que las dos amigas se vieron, la condesa de Witsburi sintió despertarse su dolor con mas fuerza, y con toda su ternura. Las lágrimas corrian con abundancia y mutuamente, y su amistad hizo co-

munes la afliccion y la alegria. Despues de estas primeras pruebas de su buen corazon, la condesa de la Verda no omitió diligencia alguna para consolar á su amiga; pero la herida era sumamente profunda. A pesar de su sumision á la voluntad divina, la muerte trágica de su marido se presentaba incesantemente á su idea con todos los horrores de que habia sido acompañada. Esta imágen espantosa la sumergia en un abismo de melancolia. Por otra parte la resistencia que ella se habia hecho en el bote para no gritar, habia ocasionado en su sangre una revolucion muy maligna: el mal estuvo así oculto por un mes entero, al cabo del cual llegó á declararse con una fiebre ardiente que en pocos dias la llevó al sepulcro.

En cuanto llegó á conocer la crisis que la devoraba, procuró poner en orden sus asuntos, y recibió los Santos Sacramentos. No hubo que andar con rodeos para determinarla á ello: su devocion siempre constante se los hizo pedir á ella misma, y el sacrificio que hizo de su propia vida, demostró muy bien que no esperaba á este

último momento para prepararse á recibirlos.

Unas horas antes de que espirase recomendó de nuevo á la condesa su amiga, su pequenita Adelaida: «Os ruego (la dijo) y os suplico que me olvideis enteramente para que no os acordeis mas que de mi hija. Pero hago mal en hablaros de esta suerte; me basta conocer vuestro corazon. Yo muero sin pena por lo tocante á ella, porque entregándola á vuestra amistad, sé que no la dejo huérfana. Yo la he servido de padre y madre á un mismo tiempo por pocos dias; vuestra bondad es para mi la seguridad mas cierta de que sereis para ella uno y otro.»

Volviéndose despues hácia Adelaida, á quien habia traído allí la condesa para que recibiese su bendicion, la habló tambien en estos términos: «por lo tocante á tí, mi querida hija, muero tranquila, pues que esta señora te favorece, substituyéndome. Graba ante todas cosas en tu corazon estas últimas palabras de tu moribunda madre. No te apasiones por cosa de este mundo y no hagas caso mas que de la virtud solamente. Bien ves en que poco tiempo muero: conoce

«por lo mismo lo poco que debe apreciarse esta
 «vida: ¡desgraciados de los que no saben aprove-
 «charse de ella para merecer otra infinitamente
 «mejor en la eternidad! Te encargo, sobre todo,
 «que seas enteramente obediente á esta señora, y
 «correspondas á los cuidados que se toma de tu
 «educacion, con los sentimientos de respeto, de
 «cariño y de confianza que debe inspirar tal fa-
 «vor á una persona bien nacida.»

«No pienses jamás en volver á la patria de tus
 «mayores; el error ha podido en ella mas que la
 «verdad: el contagio es muy peligroso, y te es-
 «pondrias á perder tu religion: debes mas bien
 «dar á tu Criador continuas gracias por haberte
 «traido á una nacion donde puedes abiertamente
 «conservarla en toda su pureza. Te dejo jóven,
 «rica y bajo de una buena tutela; pero yo tendria
 «todo esto por una nada, si no confiase en que
 «trabajarás eficazmente para llegar á ser una
 «santa.»

«Dios se digne colmarte de sus bendiciones
 «en toda la serie de tu vida: ruego á la Santísi-
 «ma Virgen que te las alcance por su poderosa

intercesion. Recibe tambien mi bendicion, mi querida Adelaida, y dame un beso por última prueba de tu amor.» Ella la abrazó al mismo tiempo y suplicó á la condesa que se la llevara de allí, no queriendo ocuparse ya mas que de su Dios hasta su última hora.

Esta incomparable amiga lloraba oyéndola hablar asi. Sus sollozos ahogaban su voz, y no la permitian responderla; pero los efectos suplieron esta falta, y en cuanto murió la enferma, tomó tanto cuidado de los bienes y educacion de Adelaida, que no tuvo esta el menor motivo para echar de menos á su familia, sin la que se quedaba.

Mirándola la condesa ya como si en efecto fuese su hija, no la dejó separarse de ella hasta que cumplió los siete años; despues de esta edad no conociendo otro Monasterio donde se diese mejor educacion á las jóvenes que este, la trajo aquí y añadió á su recomendacion la de la reina, que á mayor abundamiento hizo que nos la encargára.

La ama de Adelaida no pudo resolverse á se-

pararse de ella, por mas que la condesa procuró manifestarla que de ningun modo se la permitiera estar en esta casa, ni á pesar de que la prometió que la tendria en la suya. A este inconveniente supo remediar la Providencia divina. Una de las criadas de las de la primera clase, por justos motivos, fué despedida, y ella ocupó su puesto. Todo lo que hasta aqui he referido lo supe por ella: mas desde ahora voy á hablaros, hijas mias, de Adelaida, como testigo ocular que he sido yo misma.

Ella vino aqui pocos dias despues que yo, y por lo tanto se nos puso juntas á las dos, ya fuese en la mesa ó ya en la sala de labor. Apenas nos vimos, cuando nuestros caracteres congeniaron y nuestra union se estrechó fuertemente en cuanto empezó á formarse. Su talento vivo y alegre me llevó de calles inmediatamente; pero lo que me la hizo mas amada fué su grande docilidad y su genio bondadoso.

Carecia enteramente Adelaida de estos defectos que hacen á las niñas algun tanto despreciables. No era porfiada ni envidiosa, capaz de eno-

jarse, y ni aun de quejarse por lo que la tocaba personalmente; antes bien era buena, afable, indulgente, pronta para ceder ú obligar, y tan sensible para con las demás que jamás se la ha visto llorar mas que por los disgustos ajenos.

Era hermosa como un sol, y esta era la menor de las grandes cualidades con que la favoreció muy particularmente la naturaleza. Por lo mismo todas sus compañeras la querian como yo, y no habia ninguna de las maestras que dejara de estimarla como á su corazon, y que no la hiciese continuas caricias; pero lo que mas admiró siempre fué que no por esto se descuidó ó aflojó nunca en el cumplimiento de su obligacion, ni intentó que se la creyese mas digna de aprecio que á cualquiera de las colegialas de su clase.

El primer año se pasó en los inocentes recreos de la infancia, y en los preliminares de las instrucciones que se siguen despues. La cartilla fué nuestro libro, las primeras preguntas del catecismo del Padre Ripalda nuestro estudio mas serio, y una aguja que revolviámos entre los dedos nuestra principal ocupacion. Mas pronta-

mente llegó á manifestarse el talento superior de Adelaida. A los ocho años se adelantó mucho sobre sus iguales, é igualó á las de diez.

La madre Sor Gabriela de la Cabeza era nuestra directora, y la madre Sor Cristina de Villahermosa era la maestra de nuestra clase. Pasando en silencio el mérito de esta, que seguramente es acreedora á un grande elogio, jamás hubo ninguna otra religiosa mas hábil que la primera en el conocimiento de los genios de las jóvenes. La agudeza de su talento, su larga experiencia, y su admirable virtud la habian procurado el carácter particular del perfecto discernimiento de los genios y conducta de las niñas; ninguna cosa podia ocultarse á su penetracion y cuidado.

Desde el instante en que vió á Adelaida comprendió que habia en ella mucho fondo, y que cultivándole podria llegar á ser un modelo de perfeccion. En lo sucesivo se verá si se engañó en su fallo. •Lo que motivó en mi esta lisongera esperanza (me decia esta escelente madre despues de la muerte de su discipula) fué que llegué á descubrir en ella tres escelentes cualidades, que

•raramente se hallan en las jóvenes, y de las que
 •puede sacarse sin duda mucho partido, quiero
 •decir la sinceridad, la docilidad, y un deseo de
 •instruirse, que pudiera llamarse una útil y lau-
 •dable curiosidad. Con estas buenas disposicio-
 •nes, que por fortuna se hallaban en esta bella
 •criatura, yo me prometí un éxito maravilloso, y
 •por la gracia de Dios lo conseguí como habeis
 •visto.»

•Porque, añadía ella, ¿qué puede hacer fruc-
 •tificar mejor nuestros cuidados en una niña que
 •cuando ella no se disfraza, no se ofende de la
 •correccion, dejándonos el derecho de repreen-
 •derla, y nos ahorra del trabajo de tener que ve-
 •lar sobre sus obras por la priesa que ella misma
 •se da para aprenderlas? Asi hablaba esta buena
 madre, y su testimonio equivale á un millon de
 votos en favor de Adelaida.

Esta era verdaderamente sincera, en tal grado
 que ni aun podia sufrir sin indignacion que se
 nombrase la mentira. •¡Cuanto aborrezco yo es-
 •te pecado! (me decia ella siendo aun pequeña)
 •hasta su nombre detesto. Mas quisiera que se

• me acusara de una falta que no hubiese cometi-
 • do, y que me la castigarán con mucho rigor,
 • que atraerme el cariño de todas nuestras maes-
 • tras con una mentira. ¿Hay una cosa tan baja
 • • (decia tambien en otra ocasion) ni tan vergon-
 • zosa, no solamente en una cristiana, sino aun
 • en cualquiera persona, por poco honor que ten-
 • ga, como el hablar faltando á la verdad? ¿Cómo
 • se habia de vivir en su compañía, pues que el
 • miedo de que nos engañaba nos obligaria á estar
 • en una continua vigilancia sobre sus palabras? •

Un dia la decia yo que era muy difícil el po-
 der excusar siempre la mentira, pues que hay
 unas ocasiones tan críticas que no se puede sa-
 lir bien de ellas sino á costa de la verdad. • Ande
 • V. (me respondió ella arqueando las cejas) todo
 • se subleva contra una mentirosa. Dios lo siente
 • y grita, porque como es la verdad misma no
 • puede sufrir nuestras falsas palabras: el prógi-
 • mo grita porque nadie quiere ser engañado: y
 • la conciencia grita, porque con cualquiera pre-
 • testo que se quiera excusar una mentira ella no
 • se aplaca mas que con la sola verdad. •

¿Pero cómo haria V. (la repliqué yo) si habiendo caído en alguna falta, por la que supiese que una maestra la habia de castigar, no pudiese V. ocultársela sino echando una mentira? ¿Querria V. mas el rubor y la confusion de ser penitenciada que disfrazar la verdad? «Mucho que sí, dijo ella con un tono firme. ¡Pues qué! ¿la vergüenza de mentir no debe hacernos avergonzar mas que el ser corregidas por una maestra? ¿Qué tiene el castigo de vergonzoso, pues que está establecido únicamente para el bien de la juventud? Al contrario, se repara la falta y se constituye una digna de elogios, sometiéndose á él con resignacion; siendo así que hay para morir-se de confusion al verse señalada por las personas de honor con el título de mentirosa.»

Así es como la sinceridad y candidez de Adelaida jamás se han alterado, y se podia estar en la seguridad de que su boca iba siempre conforme con los sentimientos de su corazon. Os aseguro, hijas mias, que por mas apreciable que ella fuese por este lado, no era él todavia el que mas la distinguia entre las colegialas de nuestro tiempo.

La madre Sor Gabriela nos habia hecho conocer tanto la fealdad de la mentira, que todas estábamos sobre el pié de no hablar jamás sino la verdad. No temiamos el ser engañadas las unas por las otras, y cuando alguna llegaba á hablar la creiamos sobre su palabra, porque no nos hubiera sido posible persuadirnos á que hubiese querido mentir, despues de tanto como nos habia amonestado aquella buena madre contra este defecto.

Alguna vez sucedió que habiendo mentido una colegiala á su maestra ó á sus compañeras, ya fuese por inconsideracion, ó ya por fragilidad, no podia sufrir los remordimientos de su conciencia, y al punto iba á desdecirse; y esto no la acarreaba ni reprensiones ni mofa; porque todas nosotras estábamos determinadas á hacer otro tanto si nos sucediese igual caso.

Voy á contar una rara aventura que pasó con una colegiala de la primera clase cuando estaba yo en la segunda con Adelaida; despues volveré á continuar con la conversacion sobre esta. Hacia muy pocos dias que aquella criatura habia entra-

do en el colegio; ignoraba aun el horror que sus compañeras tenían á la mentira. Por desgracia echó una en que se la cogió. ¿Lo creereis, hijas mías? Todas se levantaron contra ella, como si hubiera cometido un crimen de Lesa-Magestad, y la avergonzaron en términos que la pobre criatura estuvo llorando todo el dia sin atreverse á presentar delante de las otras. Por mas que Adelaida, siempre compasiva y tierna, se fatigó en decirlas que se la debia escusar por la primera vez; su retórica no sirvió de nada; la madre Sor Gabriela tuvo que consolar por sí misma á la culpable, despues de haberla hecho ver la deformidad de su falta, y que presentarla á las otras colegialas, exhortándolas á que la recibiesen en su compañía, prometiéndolas que jamás volveria ya á sucederla otro tanto. La niña fué fiel á su palabra, y se empeñó despues en ser tan verídica como las demás.

Asi lo hizo, y se vió en efecto, pues que de allí á dos años, habiendo incurrido en una falta que merecia castigo; sin embargo de que no se la habia podido convencer, porque no habia la menor

prueba contra ella, aun así, quiso mas confesarla públicamente, que eludir la penitencia con una mentira: sobre lo que me dijo Adelaida estas buenas espresiones: «Yo envidio á esta señorita
 «no porque hubiera querido cometer su falta, si-
 «no en cuanto ha tenido ocasion de esponerse al
 «castigo por no haber faltado á la verdad.»

Os dije tambien que la segunda cualidad que la madre Sor Gabriela notó en ella era su docilidad. Esta se echó de ver, tanto por su perfecta sumision á los preceptos de las maestras, como por el modo dócil y agradecido con que recibia la correccion. La madre Sor Gobriela usaba del escelente método de contrariar muchas veces nuestras voluntades para hacerlas flexibles; pero no lo hacia valiéndose de autoridad, sino por razon y persuacion.

Alguna vez nos repetia: «hijas mias, acostumbraos, ahora que sois niñas, á violentar vuestra
 «voluntad, ó por mejor decir, á no tenerla; por-
 «que en cualquier estado que os halleis despues,
 «os vereis contrariadas mas de lo que quisierais,
 «y si no os habituais ahora, no lo lograreis en-

«tonces. Si llegais á entrar en religion, estad ciertas de que rara vez hareis lo que querais, y casi siempre lo que no quisierais: una buena religiosa no debe vivir (digamoslo así) mas que por la obediencia. Si tomais estado secular, tendreis que obedecer á un marido, por mas indulgente que sea, y os vereis muy amenudo en la precision de tener que condescender con la voluntad de vuestros hijos, y acaso tambien con la de vuestros criados, cuyos caprichos, si no los sobrellevais en muchas ocasiones, os harán sufrir bastante, sin que todas las utilidades del mundo puedan desquitaros de semejantes amarguras.»

Una larga esperiència me ha hecho ver despues la verdad de su raciocinio. Porque he conocido que en la religion, el mejor modo para estar contenta en órden á Dios, y vivir en paz y buena armonia con los demás, era el de ceder á la voluntad agena á costa de la propia: y por lo tocante á las personas del mundo, cuantas señoras he visto (á quienes se las miraba como en el colmo de la prosperidad por el pomposo aparato que las

rodeaba) venir á desahogarse conmigo, contándome ó el mal tratamiento de su marido, ó la ingratitud de sus hijos, ó del mal porte de sus criados. Mas sin embargo, yo apercibía por sus mismas quejas, que el mayor mal provenia de que ellas eran tenaces con extremo en sus opiniones, que querian infaliblemente que se las cediese en todo, y que ellas se hacian inaguantables á los demás y á sí mismas, porque eran ó muy inflexibles ó demasiadamente imperiosas: á lo que no hubieran llegado si se las hubiese sometido desde su infancia al yugo de la voluntad agena. Aquí teneis como de paso, una instruccion, de que debeis aprovecharos siempre.

Vuélvome á hablar de Adelaida. Yo he conocido aquí muchas colegialas de grande mérito; pero puedo asegurar, sin que sea exageracion, que ninguna la igualó en docilidad. Su sumision era estremada. En cuanto la madre Sor Gabriela ó alguna otra maestra habia prohibido alguna cosa, si la proponian que la hiciese no sabia mas respuesta que: «La maestra, decia ella, lo ha prohibido, y esto basta.» Una vez la pregunté la

razon de esta formal exactitud: al punto me respondió «Nosotras debemos ser entre las manos de las maestras como una blanda cera: si las hacemos resistencia, las quitamos el medio de que puedan modelarnos.» Su disposicion sobre esto era tan notoria y pública por todas las clases que se habia convertido en refran, y cuando nosotras queriamos alabar á una colegiala sobre su docilidad, deciamos que se parecia á la señorita de Witsburi.

No temeré ponderar con demasia, diciendo que la suya llegaba algunas veces hasta el escrúpulo; sin embargo de que no por esto la desaprobare. Una de sus compañeras habiéndola regalado una naranja, la dijo de alli á un rato por chancearse: cuidado no se la vean á V., una colegiala la ha cogido en el jardin contra la prohibicion de la directora. «Pues tómela V., respondió ella brevemente, y muchas gracias. No quiero yo cometer un pecado.» Yo la desengañé, que me hallaba alli, y ella se rió con nosotras del gran susto que habia llevado.

En otra ocasion varias colegialas de las mas

vivas, se propusieron quitar unas manzanas del huerto. Se nos habia prohibido cogerlas, porque aun no estaban maduras y podian sernos danosas. Una de las señoritas dijo á las demás por chancearse: deberiamos proponer á Adelaida si queria entrar á la parte. Seguramente que iba V. bien, respondió o tra. Despues de que la directora ha prohibido alguna cosa, me parece que todos los cañones de Gibraltar ó de Barcelona no bastarian para hacerla mover contra el mandato.

Su docilidad cuando se la reprendia era muy correspondiente á la exactitud de su obediencia. Para ella todas las reprensiones eran otras tantas gracias. Se la podia replicar siempre sin miedo de que lo atribuyese á injusticia. Esto provenia de la rectitud de su corazon, y de un deseo de adelantar en el bien que se le hacia buscar en todas las cosas. De modo, que si no la habia salido bien, ó si habia hecho alguna falta (porque en fin no era perfecta en todo ni impecable) agradecia tanto que se la advirtieran, y manifestaba tanta gratitud, que no parecía sino que se le habia hecho algun favor muy particular.

Y seguramente que lo era, porque no hay mayor bien para las jóvenes que el de la reprension. Sin ella envejecerian en sus faltas, y no servirian despues para nada. Yo me creo que siendo Adelaida tan niña, su docilidad era natural en ella, á causa de su humor angelical, porque mientras fué niña jamás supo oponerse á nada ni contradecir. Pero empesándose ya á formar su juicio, y juntándose con él su fe, para hacerla comprender que es ella inseparable de la obediencia, á los nueve años era ya docil por razon y por religion.

¡Amable criatura! Su sumision condena aqui á dos suertes de jóvenes, cuyos genios opuestos entre si son igualmente enemigos de la subordinacion. Las unas son aquellas que no pueden sufrir que se las enmiende, que bajan la cabeza, ponen hocico ó se desatinan á la menor palabra que se las dice, que amontonan pretextos sin fin para escusarse ó paliar sus faltas: las otras, aquellas que son insensibles á la correccion, que nada las mueve ni se dejan picar de el honor, ni aun por el rubor ni el castigo; lo que demuestra tener un

alma baja é incapaz de educacion.

¡Qué diferencia entre estas y Adelaida! A los principios en que se la puso al bordado, la vi deshacer hasta cuatro veces una flor un poco difícil que habia ya hecho, porque otras tantas la maestra la habia notado algun defecto en la cadenilla; pero siempre con la misma paciencia, con la misma ansia de sacarla mejor, y con las mismas señales de agradecimiento.

Un genio cabezudo hubiera alegado mil malas razones para justificarse, pero no lo hizo así Adelaida.

«No sé, me decia ella un dia, porque deberemos quejarnos cuando se nos advierte nuestra obligacion. Nuestras maestras tienen el trabajo, y nosotras sacamos la utilidad. A mi me parece que si yo me hallase en su empleo me costaria mas el dar una correccion á cualquiera, que el recibirla yo misma: debemos nosotras pensarnos que sucedé lo mismo á las maestras; porque ¿qué gusto pueden tener ellas en eso, ni qué utilidad sacan sino la de hacernos buenas? Por lo mismo debemos, mientras podamos, ahorrarlas

«de la pena de tener que corregirnos; y como somos frágiles, á lo menos cuando faltamos, demóslas el consuelo de hacer caso de lo que nos dicen.»

La madre Sor Gabriela era de un genio tan pacífico que la era muy doloroso el tener que usar de severidad. Era preciso que la conciencia la obligase á ello, sin lo cual nos hubiera tal vez echado á perder por su escesiva bondad; pero como queria nuestro bien, y era muy temerosa de Dios, se ponía muy rigurosa cuando se necesitaba; y aunque sucediese esto pocas veces, pues que no debe usarse de rigor sino cuando la suavidad no basta, tampoco dejaba de servirse de ella muy al caso.

Así la sucedió con una niña que era tan rebelde que costaba mucha dificultad el atraerla á la razón, y como hubo que darla un castigo bastante fuerte, lloraba á gritos. Adelaida quiso consolarla y yo oía que la decia así. «¿Por qué se aflige V. tanto? Sea V. mas juiciosa. Todas tenemos nuestros defectos y somos capaces de cometer varias faltas. Pero ¿y qué? ¿Quisiera V. que nos dejaran

• crecer con ellas? Este seria sin duda el mayor
 • mal que podrian hacernos. Si deseamos una bue-
 • na educacion, hagámonos dóciles á la correccion.
 • Ningun reparo debemos tener en recibirla, y
 • seriamos muy culpables en desecharla. »

Lo que ella aconsejaba á las demás lo practi-
 caba con gusto. Verdad es que solamente se ha-
 lló en tal caso una vez de su vida; pero hizo ver
 en aquella ocasion que su docilidad era de prueba.
 Haciendo una exhortacion la madre Sor Gabriela,
 no sé con que motivo, á algunas de las colegialas
 de la segunda clase donde estábamos con Ade-
 laida, se la propuso á ellas por ejemplo. No deja-
 ron de resentirse, manifestando algun tanto de en-
 vidia, como si se la favoreciese con particular dis-
 tincion. La madre que era diestra conoció al pun-
 to lo que pasaba en sus corazones, y determinó
 para curárselos probar delante de ellas la sumi-
 sion de Adelaida.

No la era fácil encontrar la ocasion, porque
 era Adelaida tan puntual en todo, que nunca falta-
 ba á su obligacion como no fuese por algun des-
 cuidado harto excusable. En fin, cansada ya la bue-

na madre de tanto esperar la cogió un dia haciendo gurrapatos con la pluma y fingiendo que se enfadaba mucho la mandó que se pusiera de rodillas en medio de la sala. Todas las colegialas se llenaron de admiracion: ella sola fué la que no se conmovió, sino que obedeció al punto con el mayor gusto y el corto rato que estuvo en aquella postura, dió tiempo á todas para que contemplasen en ella un modelo de sumision y de modestia, cuya memoria las duró siempre. Ni se contentó con esto, sino que habiendo pasado á ver á la madre Sor Gabriela la dijo con dulsura y muy enternecida; «á lo menos, señora, yo espero con confianza que no perderé por esto la bondad que se ha servido V. tener siempre conmigo.»

En otra ocasion la maestra la gruñó por cierta falta que se la imputaba, sin que á la verdad la hubiese cometido, pues que despues cayeron en la equivocacion. En lugar de defenderse, la dió gracias sin hablar mas palabra; yo la pregunté porque lo hacia asi, y me respondió de este modo. «Nosotras debemos estar agradecidas á las maestras que nos reprenden: esto prueba en ellas un

•verdadero deseo de nuestro bien: si sucede que
 •se equivocan, su error no tiene que ver con su
 •buena intencion: él es una cosa accidental, y no
 •debemos atender nosotras mas que al motivo que
 •las hace hablar.»

¿Os admirareis ya en vista de esto, hijas mías de que ella llegase á ser completa en todo? Cuando se recibe buena instruccion, se procura aprovecharse de ella con docilidad y se tiene el talento de poderla practicar, es imposible el dejar de perfeccionarse. Buena prueba fué de ello la misma Adelaida, tanto por lo tocante á su virtud, de que os hablaré despues, como por su urbanidad, por los conocimientos que adornan el ingenio, ó por las labores de manos en que sobresalió siempre entre todas sus compañeras.

Sin embargo de que se la trajo tan pequenita á España, que se la hubiera podido mirar como natural de este reino, tenia aun cuando llegó á este colegio la pronunciacion inglesa; pero aprovechándose de las lecciones de la maestra perdió insensiblemente el acento estrangero y tomó el nuestro, en términos que se la podia creer castellana.

La aya que tuvo en los dos años que estuvo en casa de la condesa de la Verda, no habia tenido todo el cuidado debido para formar bien su actitud y su marcha, y cuando entró aqui andaba sin gracia y hacia muchos gestos; pero su docilidad hizo que en muy poco tiempo se presentase como las otras: tenia un andar garvoso, y se anunciaba con un porte magestuoso como conviene á una persona de condicion. Del mismo modo aprovechó en todo lo demás debiéndolo á su docilidad.

Os dije que ella deseaba instruirse, y á esto llamé una laudable curiosidad. Por lo comun, este es el defecto de las jóvenes; pero no es un mal, sino únicamente cuando quieren saber ó lo que les importa ignorar, ó lo que está demás que sepan. Adelaida tenia el ingenio vivo y agudo: tales, segun dicen, el carácter de su nacion. Los ingleses tienen un talento sutil y propio para las ciencias metafisicas. Pero ella supo aprovecharse de su curiosidad natural bajo la direccion de la madre Sor Gabriela que tenia cuidado de reprimirla á tiempo, ó de hacerla servir á su mayor utilidad.

Esta buena madre tenia la condescendencia de oir muchas cuestiones que la proponiamos, y Adelaida bastante ansiosa por saber, la hacia mas que las otras, particularmente cuando era niña, porque ella admiraba cuanto veia, y queria saber la razon de todo. Acuérdome que hallándonos varias colegialas, calentándonos á la chimenea con esta madre, mandó ella á una criada que apagase una bugia; lo que hizo en efecto sin mas que dándola un soplo; su groseria nos hizo echar á reir, y lo que aumentó nuestra risa fué que Adelaida preguntó sobre esto á la maestra, cual era la causa de que soplando el fuego se encendia, siendo asi que con el mismo soplo se apagaba la lámpara. Sobre lo que la madre Sor Gabriela nos dió esta buena instruccion.

• Lo que V. acaba de proponerme hija mia pertenece á la fisica, cuyo estudio no es tan útil
 • á una señorita, que deba anteponerle á otros conocimientos mucho mas necesarios. Dios crió
 • para bien nuestro la tierra en que habitamos;
 • pero atormentariamos inútilmente nuestro espíritu si quisiésemos descubrir la causa de tantos

•efectos como en ella nos miran. Basta para
 •nosotras el saber que hay que soplar el fuego
 •para encenderle, y la vela para apagarla, y no
 •nos importa el saber el por qué. Hay una infini-
 •dad de cosas en el mundo, de las que usamos dia-
 •riamente: se necesita conocer este uso; pero si
 •llevamos mas adelante nuestra curiosidad, cono-
 •ceremos cuan vana es y que cortos nuestros ta-
 •lentos. Estimemos nuestra ignorancia sobre es-
 •to ó por mejor decir, sirvámonos de ella para
 •admirar la bondad de Dios que ha criado unas
 •cosas tan maravillosas y tan superiores á nues-
 •tros alcances para que nos sirvamos de ellas. De
 •otro modo responderia yo si tales conocimientos
 •pudiesen servir para inspirar á V. unos grandes
 •sentimientos de devocion, ó para enseñarla á di-
 •rigir cualquiera labor de manos: pero segun mi
 •modo de pensar la filosofia está mal puesta en la
 •cabeza de una muger cuando es muy niña.»

Adelaida, aunque jóven, supo aprovecharse
 de esta leccion, y no volvió á hacer mas pregun-
 tas en lo sucesivo que sobre asuntos útiles. Entre
 los cuales es el mas principal el respectivo al es-

tudio de la religion. Bien sabeis por experiencia, hijas mías, lo que aquí se hace para esto: como además del catecismo que enseñamos á las colegialas de las dos primeras clases aprenden tambien en las conversaciones ordinarias las vidas de los patriarcas, y de otros santos del antiguo testamento, con otras varias de los del nuevo. La misma madre Sor Gabriela nos dejó este método, y los buenos efectos nos han probado su utilidad.

Adelaida fué siempre de las mas dichosas en aprender de memoria las lecciones del catecismo; á los ocho años relataba de corrido el del padre Ripalda, y á los doce respondia á todas las preguntas del de Fleuri lo mismo que si estuviese leyéndole. Verdad es que su memoria era feliz, pero su aplicacion y sus reflexiones la ayudaban muchísimo: porque quien se fia en su memoria sin reflexionar mucho, olvida las cosas con la misma facilidad que las ha aprendido; mas Adelaida rumeando bien las verdades que aprendia, tomaba gusto á su religion, y rectificaba con ellas sus sentimientos y su conducta. Esto es lo que

contribuyó despues á hacer su virtud tan sólida y fervorosa.

Ella oia con ansia y devocion las historias sagradas, y retenia hasta la menor circunstancia, de modo que antes de pasar á la segunda clase las sabia casi todas tambien como la madre Sor Gabriela que nos las habia contado: tenia el mayor gusto de representarlas con nosotras, lo que servia tambien mucho para grabarlas en nuestro espíritu. Muchas veces la rogábamos que nos las relatase y nos hacia notar de tal manera los pasages mejores y mas tiernos, que algunas veces nos enterneciamos hasta derramar copiosas lágrimas.

La madre Sor Gabriela nos encontró un dia así á cuatro ó cinco de nosotras, creyó que nos habian enojado, y nos preguntó el motivo: la digimos que la señorita de Witsburi nos estaba contando la historia de Tobias: ella se quedó tan contenta que nos dijo que tendria el mayor gusto en vérnosla representar delante de la señora abadesa y de las maestras. No se necesitó mas para animar el celo de Adelaïda, quien se puso al ins-

tante á dar las disposiciones convenientes. Repartió á cada una el papel que podia desempeñar; nos enseñó lo que debíamos decir, y á la mañana siguiente todo estuvo pronto para la hora de recreo.

Lo que mas nos detuvo y nos alegró mucho, fué que no encontraba ninguna colegiala que quisiese hacer el papel del diablo que quiso matar al jóven Tobias, al cual puso el angel en un desierto. Todas reusaban con horror el representar tan fiero animal; pero ella se acordó de encargársele á su ama de pecho, la que, como dije anteriormente, estaba de criada en el monasterio; nosotras las seguíamos á lo largo riéndonos como unas locas para ver lo que resultaría; en efecto, la buena muger dió un grande grito á los principios de la propuesta como muy asustada; pero Adelaida la aquietó, y ella condescendió en fin con su deseo, porque la amaba demasiado para que pudiese negarse á sus instancias.

No fueron la madre abadesa y las maestras las solas que presenciaron nuestra representacion. Todas las religiosas, como igualmente las cole-

gialas grandes y pequeñas concurrieron tambien. La madre Sor Gabriela lo hizo espresamente para ver como se portaba Adelaida delante de tan numeroso concurso; pero la ejecucion correspondió á sus deseos y agradó completamente á todas las asistentes.

Adelaida se valió de mí para que hiciese el papel del jóven Tobias, y ella hacia el del ángel san Rafael. Una colegiala de la segunda clase, de un genio muy vivo quiso representar el del anciano Tobias; no la convenia mucho un papel tan serio, y Adelaida que no tenia mucha gana de que ella le hiciese, la dijo, á fin de disgustarla, que para representar bien la ceguera del santo Patriarca, era preciso vendarla los ojos. ¡Con que yo seré la única que no verá allí! replicò ella con su acostumbrada vivesa. Sin embargo continuó queriendo representar aquel papel y de allí á poco que se la habia puesto la venda sobre los ojos ella se la fué dejando caer disimuladamente sobre las narices y vió tambien como las demás. En fin, las religiosas tuvieron un buen rato de diversion y nosotras una luncion completa.

Tanto nos llegamos á aficionar á este género de recreos, que representábamos entre nosotras casi todas las historias santas que sabíamos. Además de que esto nos divertía, servía también para hacérselas mas perceptibles y grabarlas mas en nuestro espíritu. La madre Sor Gabriela, que veía cuanto nos ayudaba esto para instruirnos, cooperaba también á ello. Nos encargaba muy particularmente que nos revistiésemos bien, y nos penetrásemos del carácter de la persona que representábamos, persuadida á que fingiendo tener sus sentimientos habian de resultar de ellos unas impresiones muy saludables en nuestra alma.

Quería ella además, que haciendo nosotras nuestro personage, pusiésemos de nosotras mismas y dijésemos á voz alta los sentimientos que creíamos que él tenía, haciéndole hablar como creíamos que hubiese él mismo hablado, en lo que sobresalía mucho y estaba muy diestra Adelaida. Estando un dia todas juntas nos dijo esta buena madre que representásemos el sacrificio de Abraban; á mi me encargó el papel del patriar-

ca, y á Adelaida el de Isaac. Yo lo hice lo mejor que pude; pero cuando llegué á aquel pasage de la historia donde Abraham declara á su hijo que él mismo debia ser la víctima; Adelaida empezando á hablar, como si fuese el mismo Isaac, dijo tantas cosas buenas sobre la sumision á la divina voluntad, que la madre Sor Gabriela se echó á llorar y nosotras nos llenamos de tal admiracion que nos hacia reir y llorar á un mismo tiempo.

Este método era escelente sin duda; con él nos enseñábamos á pensar, y así se acostumbraba nuestro entendimiento á la reflexion. Además esto animaba nuestro corazon para los ejercicios religiosos, de modo que nosotras estábamos así mucho mejor dispuestas para dedicarnos á unas santas jaculatorias en el rato de oracion. Despues supe de la marquesa de la Paz, que murió pocos años ha como una santa y habia sido colegiala en nuestra compania, que por este medio fué por donde se adquirió la facilidad de hacer la oracion mental. •Yo debo estar muy agradecida, me dedica ella, y esto á los veinte años despues de que •estaba colocada en el siglo, debo el mayor reco-

«nacimiento á la señorita de Witsburi, cuyo recuerdo es para mí tan estimable á causa de su devocion. Si yo conferencio con Dios y sé orar, tanto en mis meditaciones como despues de que he comulgado, ella me enseñó por los sentimientos que me inspiraba cuando en nuestra juventud representábamos las historias de los santos.»

Estas devotas instrucciones llenaban el corazon de Adelaida y cuanto mas crecia en edad, mas le poseian; pero no por eso dejó de aprender tambien otras muchas cosas, que podian á un mismo tiempo adornar su discurso y perfeccionar su educacion; lo que se verifica por el conocimiento de las fábulas morales y el compendio de la historia profana. En aquel tiempo acostumbraban ya aqui aprovecharse de la disposicion de la buena memoria, para plantar en ella todas estas cosas muy propias para rectificar nuestras ideas y reglar nuestras costumbres.

Tampoco fueron menores sus progresos en el compendio que se nos daba de la historia Universal, igualmente que en las reglas comunes de la

aritmética, de la geografía y del blason. Ella ganaba todos los premios destinados para las que encontráran mas pronto una ciudad ó una provincia sobre el mapa, ó que delinease mejor un escudo de armas que nos demostraban sobre una carta heráldica. Temiéndose la madre Sor Gabriela que pudiese esto servir de motivo de envidia entre nosotras, la hizo capitular con las de su clase; para que ella ganase un premio se necesitaba que acertara antes que las otras por tres veces consecutivas, á causa del esceso de su memoria, mucho mejor que la nuestra; pero si alguna acertaba antes que ella, á la primera vez se la adjudicaba el premio, en lo que consintió sin resistencia, porque era muy inclinada á ceder con política y aun observé yo mas de una vez, que ella hacia como que andaba buscando, para dar tiempo á las otras á que la ganasen por la mano, teniendo mucho gusto del que veia que recibian en anteponerse á ella.

Tales fueron los conocimientos con que adornó su talento, hasta que pasó á la clase de las colegialas mayores. Yo preparó como veis el orden

de los tiempos para abrazar aquí toda esta materia, por tener otras cosas mas esenciales que decir, y queriendo ahorraros las repeticiones fastidiosas. Como en la historia Universal se hablaba en pocas palabras del reino de Inglaterra, igualmente que de las demás naciones del mundo, y por ser español el autor se estendia un poco mas sobre nuestro reino, ella pensó aprender á lo menos otro tanto del suyo y lo propuso así con ingenuidad á la madre Sor Gabriela: catorce años tenia entonces y estaba ya con su entendimiento perfectamente formado. «Yo diria, la respondió la madre, á un sacerdote muy hábil á quien conozco y que es el autor del compendio que os enseñamos, que hiciese otro de la Inglaterra, si así lo quiere V.; pero hija mia pues que la providencia ha hecho á V. española deberá V. contentarse, si quiere complacerme, con lo poco que sabe de aquella tierra. Olvide V. un país desgraciado que renunció á la verdad por seguir el error y la mentira. Verdad es que su historia, en los siglos pasados, es muy fecunda de buenos sucesos, y que edifica por los célebres

•personages, cuya santidad nos refiere; pues que
 •se llamaba á la Inglaterra la isla de los Santos;
 •mas en estos últimos tiempos, sus revolueiones
 •estremecen y desde que se separó la tal nacion
 •del catolicismo, ha hecho tantos progresos en el
 •error, que á fuerza de recibir en su seno las ma-
 •las sectas se ha abierto la funesta puerta de una
 •entera incredulidad.»

Tal fuerza tuvieron para Adelaida estas pala-
 bras, que ya no insistió mas en su intencion y
 despues me decia que no se cansaba de bendecir
 á la divina providencia porque la habia retirado
 de los peligros de su patria.

No os he dicho, hijas mias, que ella apren-
 diese la música, pues que en esto ningnna distin-
 cion habia entre ella y sus compañeras. Sin em-
 bargo su voz era buena y armoniosa y cantaba
 con mucha limpieza; pero como era delicada de
 pecho, la madre Sor Gabriela hizo que no se apli-
 case á esto sino con mucha moderacion: mucho
 mas quando es este un talento que solo se cultiva
 por pocos años, y se deja despues perder con
 tanta indiferencia, como á los principios se ejer-
 citaba con gusto.

Ahora voy á hablaros, hijas mías, de sus labores de manos y de la pasión que tenía por el trabajo. Esta es una lección que os da su ejemplo y de las mas interesantes que podais recibir. Nunca olvideis lo que voy á deciros; el trabajo es muy conveniente á todo el mundo, pero con particularidad á las solteritas; aunque fuesen unas princesas, lejos de degradarlas es una obligación de su estado. Adelaida lo creyó siempre así y se entregó á él enteramente. Como no fuese en tiempo de los ejercicios devotos ó de la recreación, siempre se la veía ocupada y nunca en cosa que no fuese importante y seria. Apenas tenía ocho años cuando dejó las muñecas para tomar la aguja y poco á poco se perfeccionó tanto en toda especie de labor, que cuando pasó á la segunda clase no había necesidad de inspeccionar lo que hacía.

Tres cosas concurren para formarla así. 1.ª Su atención á las lecciones que la daban. 2.ª Su aplicación para ejecutar bien lo que se la decía. 3.ª Su paciencia para continuar en una obra hasta su total perfección. Y estas provenían en

ella de dos principios, que el uno era su religion
ja que la hacia mirar el trabajo justamente como
una obra muy acepta á los ojos de Dios y como
una de las principales partes de su obligacion; y
el otro la emulacion que tenia por aprender perfectamente cuanto debe saber una señorita bien
educada; de este modo ella reprueba y condena á
tres suertes de colegialas que faltan seguramente
á esta obligacion: á saber, las que no son cuida-
dosas con las lecciones que se las da; las que tra-
bajan con disgusto y con una lentitud que da sue-
ño y las que no trabajan mas que á pausas y que
dejan una labor casi en el instante en que la em-
pezaron para tomar otra, sin concluir ninguna
como se debe. Adelaida aplicada, viva y de mucha
paciencia, acababa con perfeccion cuanto emprendia. Asi lograba del consuelo de agradar á Dios
con el cumplimiento de una obligacion tan reco-
mendable como es el trabajo de manos, y se hacia
acreedora á los elogios de todas las maestras, á
las que servia de admiracion cuanto hacia. No
intento, sin embargo, manifestar que la admira-
ban siempre. Hubiera sido injusto el exigirlo de

ella, pues que en todas las cosas se necesita ser aprendiz y hay ciertas equivocaciones; pero lo cierto es que ella echaba siempre por el atajo como se suele decir, é hizo en poco tiempo maravillosos progresos, porque no omitía cosa alguna para salir bien en lo que emprendía.

Ella enviaba con frecuencia algunas de sus labores á la condesa de la Verda, no solamente por motivo de reconocimiento, sino para darla el consuelo de que viese que sabia corresponder á sus cuidados y bondad, con su esactitud en aprovecharse de los que la prodigaban en el colegio. Ella llamaba á estos regalos *los tributos de su corazon*, porque no tenia mayor gusto que el de enviarla alguna produccion de su talento, y la condesa por su parte, que la amaba como si fuese su hija, los recibia con una satisfaccion imposible de explicarse.

Con motivo de estas labores la sucedió una aventura rara que os contaré á su tiempo y que manifestó muy á las claras la constancia de su fé, y á cuanto llegaba su despego por las grandezas de este mundo. En fin, hasta ahora os he habla-

do de las tres circunstancias de Adelaida, que fueron, como os he dicho, el dichoso fundamento sobre el cual trabajó la madre Sor Gabriela para hacer de ella una perfecta señorita. Repítoles para que no las olvideis. Su sinceridad, su docilidad y su laudable deseo de instruirse. Cuando una niña tiene estas disposiciones, hace muy rápidos progresos en el camino de la virtud y no sale del colegio sin una educacion que la merezca la estimacion y respetos de todo el mundo; pero ¿de qué la serviria este aprecio general si por lo tocante á Dios no se hiciese digna de sus misericordiosas gracias por una verdadera devocion? En vano nos dispensan las criaturas sus aplausos, si no merecemos los de Dios. El homenaje del mundo entero no es mas que un sonido vano y un humo que se disipa en poco tiempo.

Fero tampoco son los talentos naturales los que nos hacen agradables á los ojos de Dios, sino la virtud y la religion. Hasta ahora he diferido el bablaros de la de Adelaida; olvidad aqui lo que os he dicho de sus buenas cualidades, para prestar toda vuestra atencion á su eminente virtud. Ella

es infinitamente más estimable por este lado que por otro cualquiera, y si no hubiera yo podido alabarla mas que por lo que el mundo la hubiese admirado, jamás os hubiera hablado de ello.

La madre Sor Gabriela me decia que habia comprendido ó presagiado, desde la infancia de Adelaida, que ella practicaria algun dia la virtud de un modo sobresaliente. Yo quisiera daros á entender en que lo conoció. Yo la observé, me decia, cuando ella entraba en el coro, y advertí que desde el instante en que ponía allí sus piés estaba penetrada de respeto delante del Santísimo Sacramento: que todo el tiempo que permanecía en él su postura era modesta y respetuosa; sin hablar jamás; sin apartar de allí su vista; teniendo en sus manos el ejercicio cotidiano ó su rosario, y sin dejar de rezar sus oraciones. Yo inferí, sin temor de engañarme, que tan pequeña como era ya, el temor de Dios habia penetrado su corazon y no dudaba yo que sosteniéndose en este saludable temor atraeria hácia su alma las bendiciones mas particulares del Señor. Los efectos correspondieron despues con mi es-

•peranza, y Vds. mismas han logrado ver á que
•alto grado de virtud llegó por último..

Todo salió al pié de la letra, y puede asegurarse que cuando murió Adelaida habia acabado santamente su carrera y llenado su medida de perfeccion. Este temor de Dios y este respeto en su divina presencia, ya fuese en la iglesia ó al tiempo de sus oraciones, estaban acompañados de un fuerte horror al pecado y del miedo continuo de poder cometerle.

Adelaida se hallaba en esta disposicion; en cuanto la madre Sor Gabriela habia dicho que tal cosa era mala, bastaba ya para que procurase huirla. Sobre algunas cosas la oia yo decir varias veces: •La madre directora dice que eso es pecado •mas quisiera yo morirme que cometerle. No era esto en ella un modo simple de hablar, sino que lo decia conforme lo sentia su corazon.

Sin embargo, no hay que creerse que con tan santas disposiciones dejase de cometer algun pecado. Toda criatura es muy frágil y su miseria muy grande para llegar á esta suma perfeccion. Mientras que estemos en esta miserable vida ten-

dremos que llorar una multitud de faltas que cometemos; pero así, (quiero decir, por aquella disposición.) Adelaida se apartaba del peligro de caer en culpa grave, que es el colmo de todos los males pues que apaga en nosotros la caridad, nos vuelve un objeto detestable, digno del odio de Dios, y si morimos en semejante estado, nuestra pérdida no tiene remedio; y además de que la referida disposición la fortificaba contra tan grande desgracia, ella le servia de preservativo para no caer tan fácilmente en las faltas leves; de modo, que tal vez no cometia mas que uno ó dos pecados veniales, mientras que otras caian en veinte ó treinta. ¡Qué dichosas son las jóvenes que poseen el santo temor de Dios, que se conservan huyendo del pecado en una pura inocencia, y que siguen en un todo el partido de la virtud! No pueden conocerse mejor estas utilidades que por la esperiencia. Cuando se toma el gusto al amor de Dios, se comprende la diferencia que hay de su servicio al del mundo.

Vosotras, hijas mías, podeis conocerlo mas

fácilmente con la asistencia de la divina gracia, ahora que os hallais en este colegio, donde á cubierto de los lazos del siglo se os suministran tantos medios para consolidaros en la religion. Si sabeis aprovecharos de ellos adquirireis una santa costumbre, y asi doctrinadas, si Dios os llamase para el mundo, como sucederá sin duda á muchas de vosotras, podreis sosteneros en él, y trabajareis en vuestra salvacion mientras que otras infinitas se pierden.

Acordaos sobre todo, queridas hijas mias, por Dios, y os encargo esto por las entrañas de su misericordia; acordaos de huir siempre del pecado mortal, y de anteponer mil veces la muerte á toda culpa grave: conservad en vuestra alma un horror á este monstruo, mucho mayor del que pudierais tener á todos los monstruos que vuestra imaginacion pudiera figurarse. No hay cosa con que poder comparar su fealdad: el mismo infierno, tan terrible como es, no es tan odioso como él. Sin embargo es arto fácil el cometerle. Pero aun-

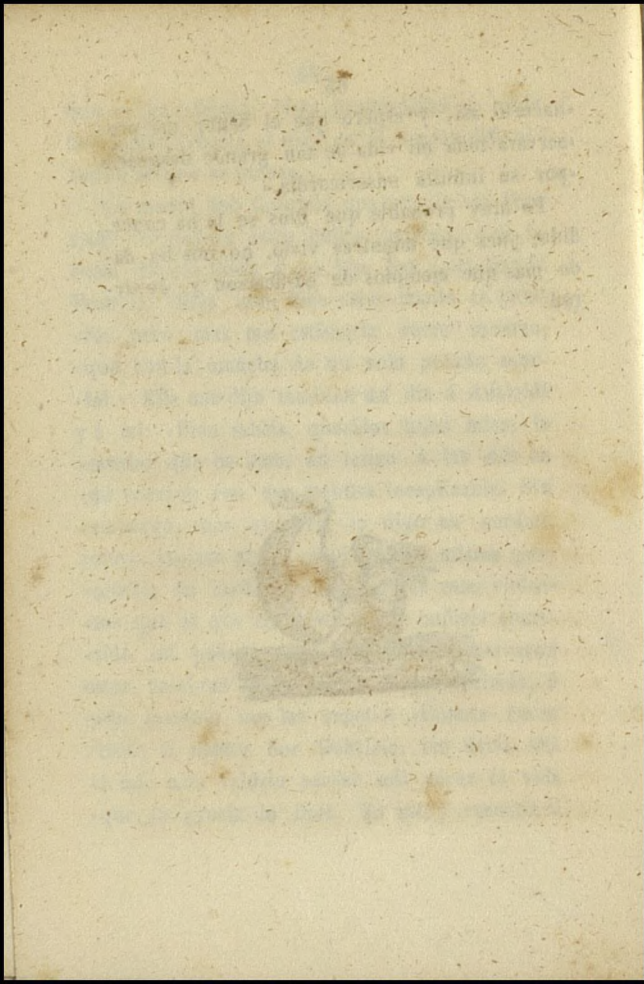
que es un abismo, cuya profundidad se mide fácilmente, cuesta el salir de él mayor dificultad de la que se piensa.

La madre Sor Gabriela nos repetía con bastante frecuencia estas bellas palabras que la reina Blanca decía á su hijo San Luis rey de Francia. «Hijo mio, Dios sabe cuanto te quiero; pero mas me estimaria verte muerto, que con la mancha de un solo pecado mortal.» Ella nos dijo tambien un dia á Adelaida y á mi: «Bien sabeis, queridas hijas mías, lo mucho que os amo, os tengo á las dos en mi corazon con una ternura inesplicable. Sin embargo, mas quisiera, lo digo en verdad, veros espirar juntas aqui en mi misma presencia, en medio de los dolores mas violentos que el que me dijese que habiais cometido un pecado mortal.» Jamás se borraron estas palabras de la memoria de Adelaida, á cada instante me las repetía. «Cuanta razon tiene la madre Sor Gabriela, me decía ella á mi, mas valdria perder mil veces la vida que la gracia de Dios. Yo estoy resuelta á

«hacerlo así, y espero que el Señor me pre-
«servará toda mi vida de tan grande desgracia
«por su infinita misericordia.»

Es muy probable que Dios se lo ha conce-
dido, pues que mientras vivió, no nos ha da-
do mas que ejemplos de edificacion y de vir-
tud.





SEGUNDA PARTE.

Ya habia dos años cumplidos que Adelaida y yo habiamos pasado á la segunda clase de nuestro colegio, cuando ella tenia el modo de esplicarse que os he dicho sobre el horror que la causaba el pecado. El dia que dejamos nuestras compañeras, noté que al despedirnos de ellas segun costumbre, lo sentia mucho su corazon; las lágrimas que se escapaban de sus ojos manifestaban el mucho cariño que las tenia, y no hubo entre ellas ni una sola que no la correspondiese con la efusion de las suyas; todas y cada una en particular se creian con razon que perdian una amiga que las estima.

ba, á proporcion de las muchas pruebas que en diversas ocasiones las habia dado de ello.

Ella hizo notable su entrada en la segunda clase por una prueba de su modestia que hizo ver á la nueva maestra la dulzura de su genio. La que íbamos á dejar, estando en el momento de entregarnos á sus cuidados, la habló de ella en estos términos: •No veo llegar sin todo mi dolor el instante en que tengo que entregar á V. nuestra colegiala, la señorita de Witsburi. Su modo de portarse en nuestra clase justifica el sentimiento que me cuesta el que ella la deje; nos será muy difícil el encontrar quien la sustituya allí dignamente. V. misma, señora, verá algun dia por experiencia cuan sensible debe serme su separacion, si Dios quiere que á su tiempo la conduzca V. á la tercera clase: su esmero en el cumplimiento de sus obligaciones ha sido mi consuelo; yo no tenia mas que mirarla para olvidarme de todas las fatigas inseparables de un cargo tan espinoso, como es el de la educacion de la juventud. Ni una sola hay entre todas sus compañeras que no la alabe incesantemente. Su políti-

«ca y su afabilidad la han hecho el objeto cariño-
 «so de todas, y su virtud las ha edificado. Por
 «tanto, aseguro á V. que se trae al dejarlas su es-
 «timacion y su afecto.»

Este elogio, lleno de verdad, hizo salir los colores al rostro de la humilde Adelaida. Ella no pudo menos de quejarse con modestia de aquella señora, á quien amaba por reconocimiento, tanto como era querida de la misma, á causa de sus bellas prendas. Despues de haberla dado gracias con las espresiones mas tiernas prosiguió diciendo así: «¿Y por qué, señora mia, en el instante en que se descarga V. de mi conducta tiende V. esos lazos á mi amor propio, por no mirar mas que á su misma bondad? Yo soy ya harto inclinada á la vanidad; no hay que'lisongearme mucho, porque es muy fácil que ella me arrebate. Ruego á V. con instancia que descubra á nuestra nueva maestra mis defectos, á fin de que me ayude á la enmienda con sus saludables consejos. Verdad es que no ha dependido de V. el que no haya yo salido perfecta, solamente ha consistido en mi; pero tengo buenos deseos y he to-

•mado mi resolucion, de modo que espero, con
 •la asistencia de Dios, hacer que me sean mas úti-
 •les las instrucciones que se me den en lo suce-
 •sivo..

Me parece que no puede hallarse un ejemplo de docilidad mas perfecto que este. Adelaida estaba muy distante de hablar así por hipocresia, como hacen las que quieren arrancar los elogios fingiendo que los reusan. Vosotras mismas habeis podido inferir, por lo que os llevo dicho de su sinceridad, si sus palabras podian ser sospechosas. No eran mas que el eco de su corazon y no hubo mas que el verdadero deseo de aprovechar en todo, lo que la arrancára aquellas espresiones.

Nuestra nueva maestra vió prácticamente en breve tiempo lo que la habia dicho la que dejábamos y se congratuló de tener á su cargo tan excelente persona. Adelaida era entre todas la que menos necesidad tenia de ser instruida, porque su aplicacion bastaba, y no ocupaba á su maestra mas que en el dulce consuelo de presenciar siempre sus grandes progresos. Era seguramente un motivo de santificacion para esta religiosa el ver-

la crecer, digamoslo así, á sus propios ojos, tanto en urbanidad como en la habilidad y virtud. Apenas habia estado en esta clase seis meses cuando estaba ya tan adelantada como cualquiera de las colegialas mayores de la tercera y me creo que se la hubiera puesto entre ellas si los estatutos del colegio no lo hubiesen prohibido.

Al año siguiente fué cuando se nos destinó á algunas para que hiciésemos nuestra primera comunión. Adelaida fué puesta, como de justicia al frente de todas. Ya hacia mucho tiempo que su devoción la hacia acreedora á esto, si es que puede llegarse á ser alguna vez digno de participar de tan santo misterio. Su fervor y su inocencia habian preparado ya en su alma, como de común acuerdo, una mansion que no podia menos de ser muy agradable á Jesucristo. Ved aquí lo que la madre Sor Gabriela, que daba frecuentes noticias suyas á la condesa de la Verda la escribió en esta ocasion. «La inglesita merece cada dia mas la atención de V. E. y su ternura. Ella tiene ya toda la mia. Pero ¿quién es capaz de dejar de amarla? Cada dia descubro en ella alguna nue-

•va virtud: cuanto mas su razon se vigoriza, mas
 •talento y devocion manifesta en todo. Si conti-
 •núa caminando con esta priesa, ninguna de sus
 •compañeras podrá alcanzarla. •

•Crea V. E., señora, que ella sobresaldrá en
 •todo y que no tiene una alma comun. Su candi-
 •dez, su docilidad, su cuidado en el cumplimien-
 •to de sus obligaciones y sobre todo, su devocion
 •particular y angelical me encantan. Yo no me
 •canso de dar gracias á su divina Magestad por-
 •que nos la ha traído aqui. Ahora la estamos pre-
 •parando, juntamente con algunas otras señori-
 •tas, para su primera comunión. Si fuese V. E.
 •testigo ocular de sus disposiciones, como lo soy
 •yo, pues tengo tanta parte en su confianza co-
 •mo su mismo confesor, lloraria V. E. de júbilo.
 •Ella lo hace asi y con mucha abundancia, cuán-
 •do la hablo á solas sobre la grande cosa que va á
 •hacer y al ver llorar sus hermosos ojos me cues-
 •ta mucho el retener mis lágrimas. Ella suspira
 •frecuentemente por el Domingo de Cuasimodo,
 •dia que tenemos destinado para esta santa comu-
 •nion y me pide algunas penitencias para dispo-

•nerse mas dignamente. Yo la propongo las que
 •creo mas propias para alimentar su fervor; pero
 •no se las permito, como no sean muy proporcio-
 •nadas á su edad. Y la encargo sobre todo, que
 •no emprenda cosa alguna por su propia volun-
 •tad, con el miedo de que llevada por el ardor de
 •su celo, que es muy grande, no pasase los lími-
 •tes de la discrecion y alterase su salud, que yo
 •quisiera conservar á costa de la mia..

•Bien ve V. E. que yo la contemplo, á fin
 •de poder conservar á V. E. este precioso de-
 •pósito, que me alegrára no tener que entregarle
 •jamás á V. E.: sin embargo, yo me guardo
 •muy bien de decir á ella nada de esto, á lo me-
 •nos de un modo que satisfaga mis deseos; me
 •someto muy gustosa á la divina providencia, y
 •dejaré que se cumplan sus altos decretos sin
 •quererme mezclar en ellos..

Desde el Miércoles de Ceniza se empezó á ha-
 •cernos ciertas pláticas sobre el Santísimo Sacra-
 •mento. Las dos maestras de la clase nos enseñaban
 •hacia dias, lo que debiamos saber, y la madre Sor
 •Gabriela procuraba escitar nuestro fervor con sus

devotas exortaciones, y particularmente con ciertas historias que nos conmovian mucho. Aun me acuerdo que entre otras cosas nos dijo estas palabras que jamás se borrarán de mi memoria:

- haced, hijas mías, de modo que cuando nuestro
- Señor Jesucristo venga á vosotras, os halle muy
- dispuestas para recibirle. Tened sumo cuido de
- hacer vuestra confesion general con cuanta exactitud podais. Dios os libre de la desgracia de ocultar ninguno de vuestros pecados, Ni tengais
- que contentaros con haberos acusado de cuanto
- remuerda vuestra conciencia; escitad mas y mas
- vuestro dolor, y formad una firme resolucion de
- enmendaros y de practicar la virtud. No basta
- que diga una sus faltas, asi como referiria alguna cosa indiferente; se necesita acompañar la
- acusacion con un sentimiento sincero, y proponerse el mejorar de vida; sin lo que hariais una
- mala confesion, que produciria una comunión
- sacrilega. ¿Y qué mayor desgracia podria sucederos, que el renovar la fea traicion del pérfido
- Judas? Si yo pudiera pensarme, que alguna de
- vosotras, queridas hijas mías, se acercase á la

•santa mesa en tan desgraciada disposicion, me
 •parece que aqui mismo me moriria de dolor; ¿có-
 •mo podria yo sufrir tal profanacion, sin que mi
 •alma abandonase mi cuerpo por el esceso de mi
 •indignacion ó de mi tristeza? Pero, hijas mias, á
 •quienes amo como á las niñas de mis ojos, yo
 •me lisongo con la persuacion de que ninguna
 •hay aqui capaz de cometer una maldad tan de-
 •testable. Si, yo estoy muy cierta de que solo el
 •pensamiento de pisar, digamoslo asi, la sangre
 •de nuestro Redentor Jesucristo, os estremece, y
 •que hareis los mayores esfuerzos para prepara-
 •ros á recibirle con la veneracion y el amor que
 •exige de vosotras. No omitais diligencia alguna
 •por hacerlo asi.

Tambien nos dijo; •acordaos de que la prime-
 •ra comunion influye mncho en las que se hacen
 •despues siempre. Si esta se hace con las dispo-
 •siciones convenientes, debe esperarse que suce-
 •derá lo mismo con las demás; y que no solamen-
 •te se vivirá en la virtud, sino que se harán en
 •ella unos progresos maravillosos. En lugar de
 •que si se tuviese la desgracia de empezar por

• una comunión indigna, así como de un abismo
 • se cae en otro, así tan enorme pecado acarrea
 • unas funestísimas consecuencias. El demonio
 • toma posesión del alma, lo mismo que se intro-
 • dujo en la del traidor Judas; él la cautiva, esta-
 • blece sobre ella su imperio, y la constituye el
 • teatro de la iniquidad. ¡Ah! que deplorable es el
 • estado de una alma semejante! No se puede pen-
 • sar en él, sin derramar sobre su desgracia mu-
 • chas lágrimas de sangre. ¡Qué odiosa debe de
 • ser delante de Dios! ¡Cuán horrible para sus án-
 • geles, y que deforme á los ojos de los santos!
 • ¡Ah! si nosotras la viésemos en tal estado de a-
 • bominación, como la ven, qué horror nos cau-
 • saria! Enemiga de Dios, traidora á Jesucristo,
 • objeto de la indignación de la Santísima Virgen
 • y de toda la corte celestial; vil esclava de Sata-
 • nás, destinada, si espirase en tal estado, á acom-
 • pañarle por toda una eternidad en los fuegos de
 • los abismos, ¿podeis hallar ni figuraros una co-
 • sa mas espantosa en toda la naturaleza? Ved
 • aquí el objeto de una mala comunión: ¿habrá
 • quien la haga, ocultando, por vergüenza, un

• sólo pecado mortal en la confesion? •

Asi hablaba la madre Sor Gabriela, y con tanto celo por nosotras, que vivamente penetradas de sus palabras, nos deshaciamos en llanto. Al salir de esta plática en que la buena madre nos habia dicho unas cosas tan preciosas, Adelaida me cogió por el brazo y me condujo á un parage retirado del jardin. Alli, viéndonos solas, me dijo deshecha en lágrimas. • Ay de mí! ¿qué es lo que • acabamos de oír? La madre Sor Gabriela me ha • estremecido toda. Si fuésemos tan desgraciadas, • que (¡lo que Dios no quiera!) hiciésemos una • mala comunión ¿qué seria de nosotras? La idea • sola de tan horrible pecado me atemoriza: ¿no • valdria mas morirse un millon de veces? No quie- • ro por mi parte dejar de hacer cuanto pueda pa- • ra hacer bien mi confesion general. Yo ruego • incesantemente al Señor que me conceda la gra- • cia de una verdadera contrición. Estoy resuelta • á esforzarme para ser virtuosa; pero aun asi si • V. me cree, nos juntaremos con las otras cole- • gias de la primera comunión y todos los dias • iremos á la capilla de nuestra Señora á cantar la

«letania, á fin de que su poderosa intercesion nos
«consiga todas las gracias que necesitamos para
«disponernos á un acto que interesa infinitamente
«á nuestra alma.»

A mi me habia conmovido tanto como á las demás el discurso de la madre Sor Gabriela, y lo que Adelaida me decia era para mi alma como el aceite que se echa en la llama y aumenta el fuego. Yo consentí en cuanto ella quiso: hablamos á las otras, que se prestaron á ello con igual gusto. Asi, ibamos todas, una vez al dia, á cantar la letania de la Virgen delante de su altar: y os aseguro que lo haciamos con mas fervor del que habiamos tenido hasta entonces. A lo último, Adelaida decia en voz alta un acto de contricion, que la madre Sor Gabriela habia compuesto espresamente para nosotras, con una oracion para alcanzar el verdadero arrepentimiento de nuestras culpas. Los viernes y sábados añadiamos á esto un ejercicio de humillacion, que nos inspiraba tales sentimientos de compuncion que no puedo explicar. Todo esto era segun el plan que Adelaida habia formado; y la madre Sor Gabriela asistia

tambien, tanto para autorizarlo con su presencia como para animarnos con su ejemplo; porque ella lo hacia todo igualmente que si fuese una de nosotras.

Ya estábamos á lo último de la semana de Pasion, y muy ocupada siempre Adelaida con su primera comunión y de los medios de disponerse para ella mas y mas; me llamó á parte cuando salíamos de la recreacion; me dijo con aquel aire alegre que la hacia tan amable: «se necesita que ahora mismo pasemos á ver á la madre Sor Gabriela para preguntarla en que quiere que nos empleemos esta semana Santa. Déjeme V. á mi hablarla; yo la propondré lo que creo que podríamos nosotras hacer, y despues ella resolverá. Con esto nos dispondremos mejor para nuestra primera comunión.» Buscamos en efecto la ocasion para hablarla á solas, y la logramos muy á nuestro gusto, porque aunque tuviese ciertamente esta buena madre la mayor bondad para con todas las colegialas y las tuviese abierta su puerta á toda hora, ella lo hacia en términos que siempre la hallábamos en estado de podernos satisfacer.

Adelaida entró la primera y la dijo con un aire gracioso: «tendrá V. á bien, señora, el darnos un instante de audiencia? Con mucho gusto oiré á Vds. hijas mías, todo el tiempo que gustaren, respondió la madre. Es muy justo que al acercarse tan grandes solemnidades, nos pongamos de acuerdo, y tomemos las debidas medidas para celebrarlas santamente. De esto es sin duda de lo que querrán Vds. hablarme, pues que estamos cerca de la semana Santa y de las Pascuas: me parece que no puede haber asuntos mayores ni mas dignos de la seria ocupacion de Vds.== Nuestra comunión se añade tambien á eso que V. dice, dijo Adelaida. A fin de prepararnos mas y mejor, venimos á buscar medios en los consejos saludables que V. tuviese á bien darnos.== Pero ¿qué quieren Vds. hacer? replicó la madre.==Cuanto V. guste, dijo Adelaida.==No, no; continuó la misma madre, yo no quiero insinuar la menor cosa: Vds. me manifestarán su intencion: yo me reservo solamente el quitar ó poner, si hubiese en ella algo que reformar.==Nosotras, quisiéramos (dijo entonces Adelaida) guarda!

• silencio toda la semana; tomar una disciplina el
 • miércoles; velar hasta la mitad de la noche el
 • Jueves Santo al Santísimo, y ayunar á pan y
 • agua el Viernes. •

La madre Sor Gabriela la oyó con la mayor atencion hasta lo último, y volviéndose hácia mi antes de responderla: •¿y V. me dijo, qué es lo
 • que intenta? ya habia yo dicho entre mi, en cuan-
 • to oí á Adelaida, que abarcaba mucho y yo me
 • sentia con bastante aliento para hacer otro tan-
 • to. Aun así, disimulando por mi parte, respondi,
 • que pensaba como mi compañera, sometiéndome
 • sin embargo, á lo que ella decidiese.—Pues cá-
 • pitulemos, dijo ella entonces á Adelaida. Vds.
 • me piden con demasia, y yo he de concederlas
 • lo suficiente: así cediendo sobre esto cada una
 • por su parte un poco, arreglaremos el justo me-
 • dio de discrecion, que el grande San Antonio
 • encargaba tanto á sus discípulos. Vds. son aun
 • muy jóvenes para poder usar de la disciplina.
 • Vaya este artículo fuera. Vds. no podrian velar
 • la mitad de la noche de Jueves Santo y estar al
 • día siguiente á pan y agua. Bien ven Vds. mis-

•mas, hijas mías, que escede esto á sus fuerzas;
 •enfermarias seguramente, y aun cuando así no
 •sucediese, tendria yo que acusarme por haberlas
 •espuesto á ello. Por lo tocante al silencio que
 •quieren Vds. guardar en toda la Semana Santa,
 •esto seria singularizarse de modo que todas sus
 •compañeras lo estrañarian; y ¿qué saben Vds. si
 •el infernal espiritu de la vanidad se aprovecha-
 •ria de esta ocasion para tenderlas un lazo: ó si
 •el de la discordia no se aprovecharia tambien de
 •ella para inspirar á las demas colegialas algunos
 •sentimientos de envidia ó de crítica sobre seme-
 •jante devocion?

•Jamás formen Vds. proyecto alguno de devo-
 •cion, sin hallarse antes en estado de poder prac-
 •ticarle sin esfuerzos demasiadamente violentos.
 •Cuando se quiere apretar el arco mas de lo que
 •se debe, es espuesto el que se rompa. Lo mismo
 •nos sucede regularmente. El espiritu demasia-
 •damente violentado no puede sostenerse mucho
 •tiempo en tal estado de rigor; y el cuerpo que
 •se ha agoviado indiscretamente con la austeri-
 •dad, se halla en fin sin fuerzas y hay despues la

«precision, para su restablecimiento de lisongear-
 «le otro tanto como se le quiso mortificar. El fer-
 «vor de Vds. me edifica ciertamente, pero no de-
 «ben llevar a mal que yo le modere. Tengan Vds.
 «en hora buena los sentimientos mas vivos sobre
 «el particular: no puedo menos de aplaudirlos,
 «pero no los sigan en la práctica, mas que con
 «mucha moderacion; sin esto Vds. caerian en la
 «ilusion. No hay duda de que son Vds. aun muy
 «jóvénes para pensar como yo; pero en lo sucesi-
 «vo, si perseveran sirviendo al Señor, tendrán
 «Vds. mas experiencia, y entonces comprenderán
 «que tengo razon en lo que ahora las digo.» =
 «Siempre creemos que V. la tiene (respondió con
 «mucha modestia Adelaida). Nosotras solamente
 «hemos querido proponer á V. nuestros deseos;
 «pero siempre sometiéndolos á sus órdenes.»

«Bien sé yo, hijas mias, prosiguió diciendo la
 «madre Sor Gabriela, que puedo contar con esa
 «sumision. Ni ignoran Vds. cuanto deseo su san-
 «tificacion. ¿Qué mayor motivo de consuelo para
 «mi, que el que Vds. practiquen la virtud? Su
 «salvacion tiene mayor precio para conmigo que

•mi propia vida. Yo la sacrificaría muy gustosa
 •cien veces al día, si fuese posible, por santificar
 •á Vds. dos, y á todas sus compañeras. Así no
 •hay que temer que cuando no consiento en to-
 •do lo que Vds. me piden, sea por falta de celo,
 •por el bien de sus almas, ni por apartarlas de las
 •sendas del Señor; sino mas bien, á fin de que Vds.
 •caminen por ellas con tanta mayor seguridad
 •cuanto la virtud de la discrecion sea el espíritu
 •que las dirija. En fin, concluyamos diciendo,
 •que convengo en que el Jueves Santo velen Vds.
 •al Santísimo hasta las diez. Que guarden silencio
 •desde el medio día hasta el Viernes Santo por la
 •tarde. Qué en la colacion del mismo Viernes no
 •coman Vds. fruta; y que en lugar de la discipli-
 •na, barran la capilla de nuestra Señora y la lim-
 •pien bien. Harto tenemos con esto • Yo á la ver-
 •dad me alegré interiormente con semejante de-
 •terminacion, porque si he decir lo que siento, ya
 •estaba yo sobresaltada, y sentia particularmente
 •aquella disciplina que no habia probado en mi
 •vida. Adelaida se sometió muy gustosa con una
 •dulce risita á cuanto mandó la madre Sor Ga-

briela: «Señora, la dijo ella. V. sabe muy bien obligar á capitular: no salimos de la plaza con todos los honores de la guerra, pero nuestra sumision equivaldrá á todo.»

El dia determinado para nuestra comunión fué, como antes dije, el domingo de la octava de Pascua. Quince éramos las destinadas para comulgar, y todas de comun acuerdo teniamos los ojos fijos en Adelaida que iba la primera y nos servia de guia en todo. Se nos hicieron hacer antes tres dias de ejercicios, cuyos actos regló la madre Sor Gabriela de un modo proporcionado á nuestra edad.

En fin llegó este dia tan deseado del domingo de *Cuasimodo*: el dia de nuestro triunfo, como le llamaba Adelaida. La ceremonia se hizo con todo el aparato propio á inspirarnos veneracion y ternura. Nos despojamos de nuestros vestidos morados y nos pusimos de blanco; se nos puso una corona de flores sobre la cabeza, con la que nos mantuvimos hasta despues de haber dado gracias y se nos mandó que la guardásemos toda nuestra vida en una cajita, para memoria de este

gran dia. Un celoso misionero nos hizo una corta plática, antes de empezar la misa, sobre la felicidad que lográbamos recibiendo á nuestro Señor Jesucristo. Nos acercábamos dos á dos á la santa mesa, acompañadas de dos maestras de nuestra clase. Todo sucedió con el mayor orden y edificacion. Nuestro fervor era tanto que rogamos á la madre Sor Gabriela que nos dejara todo aquel dia guardar silencio para coger mayor fruto de nuestra comunión. Adelaida fué la que se lo propuso: la madre tenia á los principios alguna dificultad, temerosa de que la demasiada aplicacion á los ejercicios de piedad perjudicase á nuestra salud; pero como ya no habia mas que la mitad del dia que pasar, cedió por último á nuestra súplica.

Yo deseaba con estremo saber como lo habia pasado Adelaida; y á la mañana siguiente me aproveché de la primera ocasion que tuve de poderla hablar. «Ya está V. muy ufana, la dije; se dignará V. ahora prestar su atencion á los habitantes de la tierra, despues de que se halla en el cielo; ¡Ah! ojalá que lo estuviese, me respon-

• dió ella con una sonrisa graciosísima, así no pe-
 • caria ya, y amaría á Dios á mi gusto. Pero ayer
 • despues de comer (proseguí yo diciéndola) no
 • se cansó V. de estar sola?—Qué, no; me dijo;
 • estuve leyendo un rato en el libro que me pres-
 • tó la madre Sor Gabriela; despues me puse á
 • meditar sobre la gracia infinita que Dios nos ha-
 • bia hecho, y estuve tan gustosa, que sentí que
 • llegára la noche.—Muy dichosa es V., volví á
 • decirla, en poder ocuparse con tanta facilidad
 • de las cosas celestiales; no todas podemos glo-
 • riarnos de tal privilegio.—¿Pues qué no ha es-
 • tado V. muy contenta? me respondió ella, ¿qué
 • motivo tiene V. para quejarse? ¿no ha logrado
 • V. de igual dicha?—Si, la dije yo, he tenido mu-
 • cha alegría, y mi corazón se conmovió al apro-
 • ximarse á la santa mesa; la idea de que iba á re-
 • cibir á Jesucristo me inspiró el mayor respeto,
 • y aumentó mi devoción; así es que he dicho las
 • oraciones de gracias con toda la atención que
 • me ha sido posible.—Ay Dios mío, dijo enton-
 • ces Adelaida, yo no sé como ha sido esto, pero
 • en el punto en que recibí á Dios fué tal la ale-

•gria de mi corazon que me privó de la palabra.
 •Yo hubiera querido morirme entonces. Asi es-
 •tuve por un rato, despues me eché á los piés de
 •Jesucristo, le he pedido el perdon de mis peca-
 •dos, y la gracia de no separarme de él en toda
 •mi vida; mas hasta que pasó esto, no pude de-
 •cir las oraciones de gracias que nos han ense-
 •ñado.»

El oirla hablar asi, me llenaba de admiracion.
 Sin embargo, la grande alegria con que ella me
 hablaba, me causó mucha inquietud, y di en ima-
 ginarme que era el efecto regular de toda buena
 comunión, y como yo no la habia experimentado
 en mí con la misma fuerza que Adelaida, llegué
 á temerme si habria yo hecho una mala comu-
 nion. Mi escrúpulo se aumentó con mis reflexio-
 nes; cuanto mas queria aquietarme persuadién-
 dome á que la habia hecho del modo mejor que
 me habia sido posible, menos me tranquilizaba;
 toda la noche estuve atormentada con esta pena,
 y en cuanto nos levantamos, corri á buscar á la
 madre Sor Gabriela para descubrirla mi cora-
 zon.

Ni lo hice así sin derramar un torrente de lágrimas, que me ahogaban la voz; no pude explicarme hasta después de que la madre Sor Gabriela me instó con mil caricias, á que me sosegara. En fin la manifesté el motivo de mi inquietud, y lo que mas admira es que al paso mismo con que se lo iba yo explicando, se aliviaba mi corazón. «¿Ha ocultado V. algo, me dijo ella, á su confesor? Dígame V. la verdad, pues que sabe cuanto la estimo. ¿Ha procurado V. pedir bien á Dios el perdón de sus pecados? Formó V. una firme resolución de la enmienda, proponiéndose el servirle fielmente en lo sucesivo; y ahora se siente V. con esta buena disposición?—Vaya! eso sí, la dije yo anegada en llanto, mas quisiera morir que cometer un solo pecado mortal: mi conciencia no me acusa de mi pasada confesion: y estoy firmemente resuelta á vivir bien y á imitar la virtud de la señorita de Witsburi.»

«Pues así hija mía, me dijo, abrazándome con una ternura, que restituyó la paz á mi alma, no tienes de que inquietarte; Dios te asegura por

•mi su espíritu de consuelo. Esa comunión ha-
 •sido sin duda buena. No es necesario para esto,
 •que haya V. sentido en ella las mismas dulzuras
 •que Adelaida, ellas son ciertos favores pasage-
 •ros que no concede Dios para siempre ni á todos
 •igualmente; ni debe la criatura ensoberbecerse
 •con ellas y ni aun fiarse con demasia; y en prue-
 •ba de lo que digo, pregunte V. á Adelaida cuan-
 •do haga otra comunión, en qué disposición se
 •encuentra, y verá V. como no tendrá tal vez el
 •mismo extremo de consuelo. •

Apenas me habló así cuando me senti ya co-
 mo descargada del grande peso que tenia sobre
 mi alma. Mi corazón oprimido de dolor se alivió
 entonces repentinamente con una alegría inte-
 rior, que me causó la confianza que ella me dió
 de estar yo bien con Dios. Me retiré muy con-
 tenta, y ví por esperiencia la verdad de cuanto
 me habia dicho, en la primera comunión que hi-
 zo Adelaida, pues sin embargo de que no dejase
 de sentirse con mucha devoción, me aseguró ella
 misma, que no habia tenido toda aquella alegría
 extraordinaria, que habia sentido en la pasada.

Es muy conveniente el aconsejarse de una

persona sabia, quando se padece alguna pena. Se necesita hacerlo con sencillez y abiertamente lo mas pronto que se pueda; porque quanto mas se abrigan en el interior semejantes cuidados, menos se puede desalojarlos. El demonio se vale algunas veces de la dificultad que nos cuesta el manifestarlos, para inquietarnos y desconcertarnos mas. Procura él asi llenarnos mas y mas de afliccion y de desaliento, y disgustarnos despues de la práctica de la virtud, á fin de que la abandonemos; pero descubriéndose la criatura á una persona de esperiencia y de religion, se desarma su malicia. Vuelve la paz al alma agitada: se siente el alivio, y por lo regular una resolucion mas firme de servir á Dios. Esto es lo que me sucedió en aquella ocasion: ella me sirvió de primera leccion para la conducta que debia tener en lo sucesivo en semejantes casos.

Pero si hemos de continuar hablando de Adelaida, despues de su primera comunion se notó en ella una grande mutacion, y de bien á mejor. Todas advertimos que se ilustró mas su espiritu; que ya no pensó como niña en las materias de

devocion; que su piedad se hizo mas sólida, y en una palabra, que se perfeccionó en la virtud. Sin embargo contaré á Vds. una indiscrecionsilla, en que cayó despues, por haber obrado sin consejo, lo que prueba que debe siempre desconfiarse del propio humor, para practicar el bien, y que se puede cualquiera engañar fácilmente cuando se entrega á él aun con un buen motivo.

La madre Sor Gabriela nos tuvo un rato de conversacion, sobre la vida de una santa de cuyo nombre no me acuerdo; solamente tengo presente que habia hecho grandes austeridades. Adelaida, siempre fervorosa, lo era algunas veces tanto, que hubiera querido imitar cuanto oia decir de los santos. Acaso la ayudaba un poco la viveza de su natural, ó tal vez fuese efecto de su mucho celo, á lo que me persuado tanto mas, cuanto es constante que nada emprendia por otro lado sin pedir parecer á la madre Sor Gabriela, en quien tenia una entera confianza; sea como quiera, lo cierto es, que se separó de ella en esta ocasion, ya porque no reflexionase bien lo que iba á hacer. ó ya porque se temiese que

esta buena madre retuviese con demasia su celo, pero ella la pagó y yo tambien, pues me tocó mi buena parte.

En fin como la madre Sor Gabriela nos habia contado tantas penitencias de aquella gran santa dió á Adelaida una fuerte gana de hacerlas ella tambien. Comunicóme su pensamiento y me propuso que nos diésemos una disciplina, todos los viernes, en la capilla de nuestra señora á la hora en que creyésemos que no se nos podia oir. A los principios me costó mi trabajillo el acceder á su demanda; pero tenia tal talento para persuadir que triunfaba siempre su retórica. Habia entonces con nosotras dos colegialas, muy preciosas, pero á la verdad muy chismosas. No sé como se lo componian, pero lo cierto es, que sabian siempre cuanto nosotras haciamos, lo mismo que si lo adivinaran por nuestros ojos. No dejaba de ser este un defecto odioso. Por desgracia, mientras que formábamos nosotras nuestro plan, creyendonos estar solas, una de ellas nos estaba acechando, y no dejó escapar una sola palabra de lo que deciamos. Ella lo disimuló grandemente,

pero espiando el momento en que se creyó que íbamos á empezar nuestra operacion, se quitó los zapatos para no ser sentida, y puso su oído á la puerta de la capilla. Asi estuvo esperando á que émpezásemos: por último no pudiendo contener ya su risa, empezó á gritarnos por el agujero de la cerradura; *eso es ¡recio, recio indignas pecadoras, apretad sin miedo!* y echó á correr para esconderse. Su voz nos dejó sin aliento; inmediatamente suspendimos nuestra flagelacion: Adelaida que despreciaba los respetos humanos, soltó una carcajada, y yo estuve para caerme muerta.

•¿V. se rie? la dije yo con un tono condolido.
 •¡Dios mio! perdidas somos! Nuestras compañe-
 •ras lo sabrán al punto, y se burlarán de noso-
 •tras. •=• Mejor, me respondió Adelaida, ¿qué se
 •le da á V. de eso? Lo que estamos haciendo no
 •es ninguna cosa mala, con que no tenemos de
 •que avergonzarnos. Si alguna me hablara de
 •ello, la convidaré á lo mismo. • Por Dios, la dije
 yo, no hable V. mas de esto, y vámonos, antes
 que venga alguna otra. Asi nos retiramos: Ade-

laida muy sosegada, y yo con el mayor sobresalto deseosa de que aquella curiosa loquilla me diera palabra de guardarnos el secreto: me lo prometió en efecto, despues de haberse reído mucho conmigo y de mi, que no tenia gana de reir, pero no me cumplió la palabra, mas que hasta la primera ocasion, en que pudo darlo á entender á las otras, haciéndolo como sin intencion.

La madre Sor Gabriela la dió motivo inocentemente á los tres días siguientes. Nos estaba contando la historia de un santo y entre otras cosas nos dijo, que todas las noches se disciplinaba. Nuestra espia nos miró entonces sonriéndose, y dijo á la madre. «Ese santo lo hacia por la noche, pero hay algunas buenas almas en el mundo, que lo hacen por la tarde en la capilla.» Yo bajé los ojos, y me puse muy encarnada; pero procuré callar con disimulo. Sin embargo el color de mi rostro me descubrió, y la madre Sor Gabriela, cuyo ingenio era muy fino, comprendió al punto todo el misterio. Continuó ella con su historia para precaver que las demás colegialas pudiesen comprenderlo, y se reservó el decirme-

lo para un tiempo mas favorable.

En cuanto ella me envió á llamar, empezó mi corazon á dar ciertos latidos. Al punto adiviné de lo que me iba hablar. Me encontré á Adelaida en su cuarto con la otra colegiala. Ya lo sabia todo la madre, pero no nos gruñó, ¡qué mucho! si nuestra accion en si misma habia sido buena; ella hubiera querido solamente, que no lo hubiésemos hecho sin su consejo. Nos preguntó, si lo habiamos propuesto á nuestro confesor. La respondió Adelaida, que no, y lo mismo me sucedia á mi. •Tambien sé que tampoco me lo han dicho •Vds. Sin embargo no lo desapruero en un todo, •pues respeto mucho esta costumbre que se mantiene en vigor en las religiones mas regulares, •y la que han practicado con mucho fruto diferentes santos. Pero Vds. son aun muy jóvenes •(pues aun no teniamos doce años) y cuando menos, debian haberlo consultado con su confesor. No deben emprenderse tales cosas por la •voluntad propia. Si el confesor de Vds. se lo •hubiese permitido, además del mérito de la buena obra, hubieran Vds. logrado tambien la ben-

•dicion que sigue á la virtud de la obediencia.
 •Pero en lugar de que se lo haya á Vds. concedi-
 •do, ha permitido Dios que se las haya interrumpido, á fin de que sepan por esperiencia, que el
 •sacrificio de la voluntad propia es preferible á
 •la disciplina. Por último, queridas hijas mías,
 •en lo sucesivo, si Vds. tuviesen el buen deseo
 •de hacer alguna penitencia corporal, cuiden de
 •no emprenderla sin permiso, ni ejecutarla sin
 •discrecion. • Adelaida, que realmente era humilde, se acusaba de su imprudencia; pero yo
 que tenia poco de eso, me llegué á picar mucho
 de que se hubiese sabido. •V, tiene razon, se-
 •ñora, (dijo ella á la madre Sor Gabriela) nos he-
 •mos portado como unas niñas: yo sola soy la
 •culpable porque se lo propuse á la señorita de
 •Veracruz, pero esta es la primera ocasion en
 •que he obrado sin consejo; aseguro á V. que se-
 •rá la última. • En efecto lo hizo así, pues des-
 pues, jamás emprendió cosa alguna sin tomar pa-
 recer de esta ilustre madre.

A la loquilla, nuestra espia, tambien la re-
 prendió con severidad la madre Sor Gabriela. •V.

ha cometido, la dijo, dos faltas: la una por espiar
 •á las compañeras, y la otra por publicar su se-
 •creto, habiendo prometido guardársele. Si no
 •hubiera yo tenido mas prudencia que V. cuan-
 •do me lo dió á entender, todas las colegialas lo
 •hubieran sabido, y no ha quedado por V. el que
 •no haya sido asi. ¡Qué indiscrecion! En primer
 •lugar, es ageno de la buena crianza el andar es-
 •piando las acciones ajenas. Todos miran esto
 •como la cosa mas aborrecible. Y por otro lado
 •no es menos opuesto á la honradez el divulgar
 •lo que se sabe por secreto, mucho mas habiendo
 •prometido el silencio. En V. está bastante ar-
 •raigado este defecto: si no se enmienda, tendrá
 •V. sus ciertos disgustos con sus compañeras; y
 •si cuando viva V. en el siglo, se mantuviese con
 •este carácter, se hará odiosa á las gentes. Cuida-
 •do con que me vuelva V. á hablar de esto, por-
 •que en tal caso, ya no seria el secreto de estas
 •señoritas el que publicaria V. sino el mio; y pa-
 •ra que se corrija de un defecto que haria á V.
 •aborrecible en lo sucesivo, me veria precisada á
 •aplicarla unos remedios que me repugnan. »

Dije á Vds. antes, que en cuanto hizo Adelaida su primera comunión fué siempre de bien á mejor. Las resoluciones, que formó entonces, lo prueban claramente. Yo me las encontré escritas entre unos papeles suyos que me entregó, después de su muerte, la madre Sor Gabriela; los he leído tantas veces para mi propia edificacion, que puedo decirlos de memoria. Oiganlo Vds. sin faltar una coma. El manuscrito se intitulaba:

•Resoluciones que he tomado desde mi primera
•comunión aprobadas por la bondad de la madre
•Sor Gabriela. •

•Os doy gracias, oh Dios mio; padre infinitamente bueno y digno de ser amado, porque me
•sacasteis de mi patria, donde hubiera podido
•caer en los errores que la infestan, y donde á
•lo menos aunque hubiese conservado mi fé, no
•hubiera tenido tan fácilmente los medios de ser-
•viros que tengo en esta casa de bendición,
•donde vuestra providencia me ha traído ¿Con
•qué he de corresponder Señor á tantas gracias,
•y particularmente á la mayor de todas que me
•dispensais, entregandoos á mí por la santa co-

•munion? ¡Oh bondad inefable de mi Dios! No
 •puedo pensar sin arrebatarme de admiracion y
 •reconocimiento de que vos en cuya presencia
 •no soy mas que una nada, os dignais abatiros
 •hasta el punto de entrar á estableceros en esta
 •triste morada. Perdonadme ó Dios mio tantos
 •pecados como he cometido; defendedme de los
 •enemigos de mi salvacion; hacedme la gracia de
 •que os sirva fielmente toda mi vida, y dignaos
 •aceptar en accion de gracias las resoluciones si-
 •guientes, que hago á vuestros sagrados piés, las
 •cuales quiero firmar con mi sangre en prueba
 •de la sinceridad del deseo que tengo de obser-
 •varlas, con vuestra divina asistencia.

4. •Me entrego toda entera á vos ¡oh Dios
 •mio! pues que os habeis dignado de entregaros
 •todo á mi. Yo os entrego mi espiritu para que
 •no piense mas que en vos. Os doy mi corazon
 •para que no pueda amar mas que á vos. Os doy
 •mis sentidos para no poder usar de ellos mas
 •que para vuestro amor, y os dedico todas mis
 •acciones para que no pueda yo obrar sino por
 •vos y para vos.

2. •Quiero en lo sucesivo con la ayuda de vuestra divina gracia procurar hacerme muy vigilante en la oracion, para cuyo efecto nunca hablaré cuando vaya al coro ó á la capilla con mis compañeras, ni cuando salga de alli; esforzándome para recogerme en mi interior, á fin de no distraerme ni perder el fruto de mis oraciones.

3. •En lo sucesivo seré mas obediente que hasta aqui á todo lo que se me mande. Me someteré á todo con docilidad; recibiré la correccion con reconocimiento; no escusaré mis faltas convendré en ellas de buena fé y tendré para con mis maestras el respeto y la sumision que su empleo, su estado sagrado de religiosas, y su grande mérito exigen de mi.

4. •Me llegaré siempre con confianza á la madre Sor Gabriela para que me aclare mis dudas, y tomaré sus consejos; no haré cosa alguna, por pequeña que sea, sin consultarla con ella, pues que me hace el honor de quererme dirigir.

5. •Observaré con todas las colegialas to-

• das las reglas de la caridad cristiana, y de una
 • buena politica. Nada las diré conociendo que
 • pueda disgustarlas, no me burlaré de ellas, ni
 • las satirizaré; las daré la razon en todo; las ser-
 • viré en cuanto pueda del modo mas atento y a-
 • gradable. Si sucediese que alguna me dijera ó
 • me hiciese alguna cosa que no me acomodase,
 • lejos de pensar yo en vengarme ó en tomar re-
 • sentimiento, la disimularé con buena voluntad
 • y de ningun modo me daré por sentida.

6. • Me ocuparé siempre en alguna cosa útil
 • y me impondré la ley inviolable de no estar
 • nunca ociosa sabiendo (como se lo he oido á la
 • madre Sor Gabriela) que la ociosidad es el ori-
 • gen de todos los vicios. Me esforzaré por hacer
 • todas mis labores con paciencia y por el amor
 • de Dios y por consiguiente con la mayor per-
 • feccion que me sea posible, como que trabajo
 • para un Señor tan grande.

7. • Quiero dedicarme á la correccion de mis
 • defectos, y particularmente de esta grande vi-
 • veza, de esta precipitacion, con que lo hago to-
 • do y que me ocasiona tantas faltas, tantas lige-

•rezas y tantas imprudencias.

•Derramad Señor vuestra santísima bendicion
•y vuestra divina gracia sobre estos propósitos
•á fin de que yo cumpla fielmente con ellos, y de
•que no sean para mi, algun dia, el motivo de
•mi condenacion; asi os lo ruega vuestra sierva.
•=*Adelaida de Witsburi.*•

¿Quién podria creerse que fuesen formadas, y compuestas estas resoluciones por una niña de doce años? Pues no tenia mas Adelaida, y aunque son á la verdad un poco generales, manifiestan á lo menos el plan de conducta sólida y juiciosa que se propuso. La madre Sor Gabriela á quien se las comunicó, la cogió una copia para enviársela á la condesa de la Verda, con una carta concebida en estos términos: •He hecho un robillo
•á nuestra inglesita, y quiero, señora mia, que
•V. E. participe de él. La llamo nuestra por
•cuanto por mas ternura que V. E. la profese no
•cedo á V. E. en este particular. Tan mia la creo
•yo como V. E. puede juzgarla suya. Me persuado á que no me pondrá pleito por esto, y aun
•cuando asi fuese y lograra V. E. á su favor la

•sentencia, jamás me conformaría yo. Sigamos
•cada una de nosotras con su derecho sin pedir
•mas: V. E. la ama, yo también; ella lo merece,
•con que basta. Acaba de hacer su primera co-
•munion: ¡pero válgame Dios, señora, con quan-
•to fervor! No puedo explicarlo suficientemente.
•V. E. conocerá los efectos por el papel adjun-
•to que la remito, y él es el robo de que dije an-
•teriormente que quiero que las dos participe-
•mos. Ella me le ha dado para que yo se lo exa-
•mine, y he dilatado el volvérselo con el pretes-
•to de quererle ver despacio, á fin de poder que-
•darme con esta copia. No creo que ninguna de
•nuestras colegialas mayores se atreviera á glo-
•riarse de formar sus resoluciones, ni mas san-
•tamente ni en mejor orden; pero ¿se persuade
•V. E. á que se contentará ella con haberlas es-
•crito, y ni aun con practicarlas ella sola? Nada
•menos que eso, las ejecutará fielmente, y su ce-
•lo las hará comunes para con las demás. Yo no
•sé como ella se lo ha hecho; pero ya sea con su
•ejemplo, con sus conversaciones, ó con su gra-
•cioso atractivo ha logrado el poner á sus com-

• pañeras sobre tal pié de devocion que no tene-
 • mos aqui que pensar mas que en impedir que no
 • se escedan. •

La condesa de la Verda que recibia frecuentemen-
 te semejantes nuevas de Adelaida, no cabia en si
 de alegria. Miraba como un favor muy particular
 del cielo el verse cargada del cuidado de una cria-
 tura tan perfecta. Asi es que respondió lo siguien-
 te á la madre Sor Gabriela. • ¡Qué feliz me juzgo
 • porque se ha dignado la providencia confiarme
 • una niña tan santa! Cuanto V. me dice de ella
 • señora mia, me arrebatá y encanta. Carezco de
 • términos bastante enérgicos para manifestar á
 • V. mi alegria. Esto aumenta en mí los deseos
 • extraordinarios que tengo de verla. Mi hija, ca-
 • sada poco ha de un modo sobresaliente en Ma-
 • drid, y que es por su devocion admirada gene-
 • ralmente, no desea menos que yo el abrazarla.
 • Hemos resuelto de mancomún quitársela á V.
 • por el espacio de un mes, y no creemos hacer
 • poco con volvérsela tan pronto. Permitame V.
 • la diga esto, ya que V. me disputa el derecho
 • de su amor. Pero no hay que asustarse de re-

•pente: esto no se puede verificar hasta el año
 •siguiente; así tendrá V. el tiempo de preparar
 •poco á poco ese buen corazón para que sobre-
 •lleve la falta con menos quebranto. Sobre todo,
 •hace ya tantos años que V. la posee que nadie
 •tendrá por injusto el que nos la ceda por algu-
 •nos días.

Veán Vds. hijas mías por este rasgo de la historia de Adelaida que recomendable se hace la virtud. Si no la hubiese ella poseído hasta tal punto ¿creen Vds. que estas dos señoras, de un discernimiento tan prudente, se hubieran disputado entre ellas el derecho de amarla como lo hacían? Sin duda que no. Verdad es que siendo ellas mismas tan virtuosas no debe admirarse el que amaran en Adelaida la misma cualidad que ellas profesaban. Pero créanme Vds.: la virtud tiene el privilegio no solamente de hacerse estimar de los que la practican, sino que á escepcion de algunos libertinos declarados que constituyen en el mundo una especie separada, y que se mira justamente como el oprobio del género humano, todas las personas que se pican de al-

gun honor y de providad la prestan el homenaje de su estimacion, aun cuando ellas mismas no la practiquen. Mas digo aun, no las verán Vds. alabar las cualidades naturales sin que doren su elogio con la misma virtud. Sola ella pone á cubierto de la censura á una doncella, y si no la posee, podrá muy bien la lisonja prodigar el incienso á su persona, á su talento ó á sus gracias: pero el corazon desmentirá estos elogios, condenando secretamente su conducta, y tal vez no será esto con tal secreto que deje de llegar á noticia de diferentes personas,

El espiritu de la gracia de Jesucristo, de cuya dulzura habia Adelaida gustado en su primera comunión, habia hecho sobre su corazon unas impresiones tan vivas de fé, de veneracion y de amor por el santísimo Sacramento, que algunas veces pedia á la madre Sor Gabriela que la dejase ir á pasar delante del tabernáculo largos ratos de adoracion, particularmente en los domingos, y fiestas; y si esto no se la hubiese concedido, se la hubiera privado del mayor consuelo del mundo. Una vez me encajé muy despacio sabiendo

que ella estaba allí sola, y la cogi con su rostro en tierra, creyendo que nadie la veia. No puedo decir el tiempo que estaria en tan humilde postura, porque despues de haberla yo observado por el espacio de una *Ave-Maria*, me retiré callandito, temiéndome que al alzarse viera que yo la espiaba, y la causase sentimiento.

Sin embargo, si he de decir la verdad, no me creo que hubiera tenido mucho, porque cuando se trataba de alguna buena obra no conocia respetos humanos, Al contrario, siempre se declaraba del partido de la virtud, y tanto como sus intenciones eran puras para practicarla, otro tanto se hacia superior á los comunes reparos que impiden á varias personas el ejercitarla. Asi se vió en la ocasion de que voy á hablar.

Una de nuestras compañeras habia criticado á otra sobre cierta obra de devocion, en que la habia sorprendido. Esta lo habia sentido bastante y se lo manifestó asi á Adelaida: pues oigan Vds. la respuesta que la dió: «No se aflija V.: esa colegiala no la ha dicho todo eso con la intencion de disgustar á V.: su corazon es bueno, y solo ha

• intentado tener con V. un rato de chanza: sin
 • embargo, obremos bien y dejar que hablen:
 • podrán tal vez reírse un rato, pero llevándolo
 • con paciencia, y aun riendo tambien sencilla-
 • mente con tales gentes, en lugar de manifestar-
 • las disgustos, ellas se cansarán pronto de con-
 • tradecirnos y nos dejarán en la plena libertad
 • de poder obrar: así lograremos para con Dios la
 • gloria de haber triunfado de los respetos huma-
 • nos, y ellas se quedarán con la vergüenza de no
 • haber conseguido cosa alguna. •

Yo me he detenido de intento en manifestar á Vds. este buen modo de pensar de Adelaida, para enseñarlas con su ejemplo á no chancearse jamás de nadie sobre asuntos de devocion, y á no temer la chanza hasta el punto de dejar de hacer por miedo de ella alguna buena obra. Estos dos defectos son muy comunes entre las jóvenes. Las hay de ellas que quisieran ser devotas; pero el miedo de servir de objeto de risa las contiene: no se atreven á declararse, y tal aprension manifiesta á lo menos una alma débil y pusilánime, cuya virtud está en manos de los demás, sin que pue-

dan practicarla mas que cuando se lo permiten. ¿Es posible que pese mas una criatura que los derechos de Dios? ¿Debe temerse menos lo que él dirá que lo que dicen unos atolondrados? Las palabras de estos espíritus ligeros ¿son mas temibles que sus sentencias? Por otra parte, las que con sus fastidiosas chanzas separau á las otras de su obligacion: ¿es poco enorme el pecado que cometen? Suele tal vez tenerse por una bagatela; pero Adelaida no lo miraba asi y los comparaba con el mismo diablo, porque ¿qué pretenden ellos con tentarnos mas que el impedirnos de hacer el bien induciéndonos al mal? ¡Monstruosos genios! No podrán decir que es falso el paralelo.

La entrega que Adelaida habia hecho de sí misma á su Dios en sus dichas resoluciones la renovaba tres veces al dia: por la mañana en cuanto se despertaba, por la tarde al empezar la hora de recreacion, y por la noche antes de acostarse. Y no era esto de un modo superficial ó por costumbre, sino por una renovacion de su fervor. A los principios se contentaba con hacerlo sola.

pero despues acostumbró ya á algunas; estas lo comunicaron á toda nuestra clase, y últimamente fuimos todas á suplicar á la madre Sor Gabriela que nos lo hiciese practicar en lo sucesivo como parte de la regla.

Tal era la persuacion en que se estaba del poder que tenia Adelaida sobre nosotras, que en una junta de la madre abadesa y de las maestras, donde se trataba de lo concerniente al buen orden de las clases, la segunda maestra de la nuestra dió asi su parecer. «Lo mejor sería el establecer esta costumbre (no sé yo cual era de la que se trataba) y si cuesta trabajo á las colegialas el recibirla, yo he caido segun me parece en el modo infalible de que la acepten. No tengo mas que proponérselo á la señorita de Witsburi: su docilidad es estremada y muy celosa de todo bien; basta que yo la diga que se intenta esto á mayor honra y gloria de Dios, para que ceda al instante. Ella hablará de esto á las otras, y como la estiman tanto en su clase y posee tambien el talento de persuadir, verán Vds. como brevemente la siguen las demás. De este modo tendremos

•el consuelo de ver establecida esta cosa, como
 •si ellas mismas la hubieran ideado, y nos reser-
 •varemos nuestra autoridad para cualquiera otra
 •ocasion mas necesaria.»

Con arreglo á sus resoluciones se habia Ade-
 laida impuesto tambien la ley de no hablar cuan-
 do íbamos en comunidad al coro á oír misa, ó á
 algun otro ejercicio. Un dia que iba yo á su lado
 vi delante de mí una de nuestras compañeras que
 andaba haciendo unos pasos de mil monadas; yo
 la dije chanceándome, vea V., vea V. que modo
 de andar tiene aquella. Bajó los ojos, lejos de mi-
 rarla, y me respondió sonriéndose: «¡calle V. pi-
 •carilla! eso es querer disponerse para la oracion
 •faltando á la caridad.» En otra ocasion la pre-
 gunté de que provenia que era tan rigurosa en
 guardar silencio cuando íbamos al coro ó salia-
 mos de él. «Se necesita, me respondió ella, pre-
 •pararse anticipadamente para la oracion, y pro-
 •curar cojer su fruto despues de haberla hecho.
 •Para esto, uno de los mejores medios es el de
 •recogerse en su interior antes y despues. Si se
 •va á ella riendo ó jugueteando, no se debe espe-

•rar el hacerla con mucha atencion. Se llega con
 •un espiritu distraido, ¿cómo ha de poder pasar-
 •se repentinamente del uno al otro extremo? Lo
 •mismo si en la oracion se ha formado un buen
 •sentimiento ¿cómo se ha de conservar, distra-
 •yéndose al punto con palabras ociosas ó con
 •chanzas? Con tanta facilidad llegará á olvidarse
 •como hubiera podido aprovecharse de él; pues
 •un poco de silencio remedia á estos inconve-
 •nientes. •

He hablado á Vds. de la modestia con que
 ella estaba en el coro, y voy á contarlas sobre
 esto mismo un caso que la hace el mayor honor.
 No sé como habia sucedido que algunas perso-
 nas de fuera llegaron á notarlo; sirvió esto de
 conversacion en una tertulia de la ciudad, donde
 elogiando la admirable modestia de Adelaida (á
 quien llamaban con el nombre de la estrangera)
 se dijo además, que su hermosura podia disputar-
 la con las mayores de España: pues el mundo es
 de tal naturaleza que no alaba, por lo comun, si-
 no las cualidades peligrosas; así llamo yo á la be-
 lleza corporal, origen continuo de la ruina de in-
 finitas almas.

Quiso Dios que una madama de las de nuevo cuño se hallase presente. Por supuesto que era de aquellas que imbuidas enteramente del espíritu del mundo, tienen su cabeza llena de tocador, trages, juegos, teatros, y cuya religion no podría adivinarse, si no se la viera de cuando en cuando en la iglesia por algun instante. No necesitó oír mas para picarse de curiosidad; ya quiso asegurarse por sus propios ojos, y un día de trabajo se vino, contra su costumbre, á nuestra iglesia, con pretesto de oír misa, y se puso para esperarnos frente por frente de la reja del coro. Sin embargo de que veníamos tantas, al punto conoció á Adelaida por el retrato que de la misma la habian hecho. Su modestia y su hermosura se llevaron inmediatamente toda la atencion de la dama; y todo el rato que duró la misa, en lugar de pensar en Dios, como hubiera debido, no dejó de mirarla y de examinarla cuidadosamente.

Su satisfaccion hubiera sido incompleta si no hubiera podido hablarla. Apenas se concluyó la misa cuando echó á correr al locutorio para hablar á la abadesa y á la madre Sor Gabriela. ¿Qué

• pensarán Vds. de mi, señoras? las dijo; creo que
 • me van Vds. á tener por muy curiosa; pero las
 • ruego que me concedan una satisfaccion. Tie-
 • nen Vds. entre sus colegialas una señorita que
 • me ha parecido estrangera, y cuya belleza es es-
 • tremada. Confieso mi flaqueza, ella ha sido el
 • objeto de mi atencion durante la misa; me atre-
 • ví á presagiar á Vds. que tal vez no será esto
 • del todo en vano, pues su modestia me ha so-
 • brecogido tanto como sus mismas gracias; y si
 • mis ojos se han llegado á cebar en sus encan-
 • tos, no ha sido menós viva la impresion que su
 • virtud ha causado en mi corazon. Suplico á
 • Vds. que no me nieguen el delicioso consuelo
 • de que yo la hable por un rato. Sé muy bien lo
 • delicadas que Vds. son en cuanto á esto del lo-
 • cutorio, y no desapruebo su proceder; pero aun
 • que sea yo una muger del siglo, no la hablaré
 • sino conforme al modo que sé, que tiene de pen-
 • sar; y tal vez, ¡que sabemos! tal vez su ejem-
 • plo procurará á Vds. la gloria de haber hecho
 • una conquista para Dios. •

Las dos madres cayeron fácilmente en que

hablaba de la virtuosa Adelaida: la hicieron llamar inmediatamente, y la madre Sor Gabriela me aseguró despues que parecia que Dios habia querido renovar en su favor el prodigio de Judit delante de Holofernes. Jamás habia parecido tan hermosa ni tan amable. La señora, mucho mas admirada que antes, se quedó un poco sorprendida, y como que tartamudeaba al saludarla; pero Adelaida muy sobre si, respondió perfectamente á sus cumplimientos con una presencia de espíritu, y con una gracia que nadie hubiera podido esperar de su corta edad. Sostuvo lo mismo lo restante de la conversacion sobre diferentes preguntas que se la hicieron, y satisfizo á ellas con tanta prudencia, modestia y urbanidad, que la dama no podia dejarla.

No fué este el mayor fruto que sacó de esta conferencia; ella se marchó con una agitacion secreta, de parte de su conciencia, al verse tan distante de la virtud de una jóven. Esta inquietud la indujo en unas reflexiones mas serias, y obrando la divina gracia poderosamente en su alma, antes de dos meses hizo ya una confesion gene-

ral: se apartó de las diversiones del mundo, se asoció con ciertas damas virtuosas, y sirvió de tanta edificacion al mundo, como la misma Adelaida. Desde entonces la señora venia por lo regular una vez al mes á visitar á la madre Sor Gabriela, á quien pedia como por gran favor el ver á nuestra santa inglesa, que asi es como la llamaba, en lo que recibia siempre el mayor consuelo.

Despues de haber muerto Adelaida, sabiendo ella que yo habia sido su íntima amiga, y la depositaria de sus secretos, me hizo el honor de visitarme algunas veces, y jamás me habló de nuestra colegiala sin derramar un torrente de lágrimas. • ¡Oh quanto la debo! me dijo un dia. • Despues de Dios, ella fué la que me hizo renunciar á las locuras del mundo. ¡Cuánta era mi ceguedad! Desde el instante en que la ví, como • que oí una voz, que decia á mi corazon: mira en • la virtud de esta criatura la condenacion de tu • conducta. ¡Qué inocencia en ella! y en qué abismo de iniquidad te sumerjes tú! Esta acusacion • secreta de mi conciencia me desconcertó ente-

•ramente. Sin embargo yo no me avergoncé en-
 •tonces, cuando en cualquiera otra ocasion me
 •hubiera confundido, por no haber aceptado á
 •representar mi acostumbrado papel de bello es-
 •píritu, pero las virtudes de aquella alma angeli-
 •cal me cegaron y me senti en tan estraña y con-
 •fusa situacion que tuve en fin que rendirme y
 •hacer las paces con mi Dios.»

Aquí es preciso que haga yo notar á Vds. hi-
 jas mías, que aunque esta dama fué tan munda-
 na antes de su conversion, tenia sin embargo tres
 preciosas cualidades. Era la primera, la de no ser
 amiga de hablar mal del prógimo. La segunda, la
 de ser muy caritativa y tierna con los pobres. Y
 la tercera, la de ser muy devota de la Santísima
 Virgen, á quien jamás dejó de rezar su rosario.
 Yo no dudo que estas escelentes cualidades ha-
 yan dejado de ser las que la acarrearón las gra-
 cias particulares, que la condujeron por último á
 su perfecta conversion. Despues vivió quince
 años mas en este estado de devocion, y murió
 en fin, como una santa.

Este espíritu de devocion que penetraba á

Adelaida cuando asistia á la iglesia se estendia tambien sobre todo lo tocante al culto divino. Para ella no habia mejor recreo que el ayudar á las sacristanas, cuando se lo permitia la madre Sor Gabriela. La alegría que entonces la arrebatava, se echaba de ver en su rostro y en su diligente actividad.

Para satisfacer á esta devocion suya, la madre Sor Gabriela la habia encargado el cuidado del oratorio interior que se habia erigido en nuestro claustro, dedicado á nuestra Señora de la Asuncion; pero ¡cómo he de poder decir á Vds. todo lo que ella hacia allí! Aquel era el objeto principal de su celo, despues de haber cumplido con sus obligaciones, y como la mansion de sus tiernas delicias: note mos que Adelaida apreciaba mucho el buen orden, y por consiguiente anteponia siempre las obras obligatorias á las de consejo. Desde el principio se dedicó á conservar esta capilla con una limpieza que daba gusto; además, como ella era rica, y la condesa de la Verda la enviaba cantidades considerables, empleaba mucha parte de ellas en adornarla, y la puso en

términos que estaba magnífica. Colocó en ella entre otras cosas, cuatro preciosas reliquias, custodiadas en unas cajas de ébano guarnecidas de plata. Las pudo conseguir por medio del Nuncio de su Santidad, á quien á su solicitud las habia pedido la condesa de la Verda, y despues las hizo ella poner en los términos que llevo dicho.

Este mismo espiritu de devocion producia tambien el efecto de que nunca hablase de Dios sin una veneracion que se comunicaba á los demás, y que manifestaba la grandeza de nuestra santa religion. No haya miedo que se chaceara nunca con las cosas santas, ó que las entreverase con cuentos jocosos ni ridículos. Con el mismo respeto oía las lecturas devotas que se nos bacian, las pláticas de la madre Sor Gabriela, y de las demás maestras, y particularmente los sermones que nos predicaban entre el año. Si la hubieran Vds. visto con sus ojos bajos y su exterior grave aplicar toda su atencion á la divina palabra, como una alma la mas fervorosa; de modo que como tenia tambien una memoria tan feliz, la hubiera

sido muy fácil el repetir, sin quitar ni poner cuanto el predicador habia dicho.

Sucedió un año, que uno de los encargados de un sermon, no sé de qué dominica de Cuaresma, cayó malo pocos dias antes, y no pudo hacerlo. Como el tiempo era tan corto, no permitia el pararse á escoger, y hubo que echar mano de un buen viejecito en quien no habia ya mas talento que el de su buena voluntad. A la verdad que nos decia algunas cosas de tan poco fuste que algunas de nosotras tuvo que desamparar el campo para que él no conociese nuestras risas. Adelaida fué la única que se mantuvo seria hasta lo último: ello es cierto que tambien hubo pasage en que se sonrió un poquito, pero ¡qué mucho! No podia suceder otra cosa, á no ser entre estátuas. Este santo hombre esplicándonos el Evangelio del milagro de Jesucristo le da la idea y nos encaja un eterno discurso sobre la usura, y el monopolio: y lo peor fué que apoyó su doctrina con la fábula aquella del perro, que soltó su pedazo de carne por haber querido coger la del que se pensó ver en su sombra, probándonos

nuestro predicador así, que cuando se intenta agarrar el bien ajeno, se espone uno á perder el suyo propio. Al llegar á esta proposicion eché una mirada á Adelaida y noté en sus labios, que se esforzaba terriblemente para no dar con su seriedad en tierra. Si que la duró esto muy poco, pues inmediatamente volvió á compenarse, y continuó escuchando con la misma serenidad.

«¿Cómo ha hecho V., la dije yo despues, para
 «no reirse? Me ha costado á mi tanto el contener-
 «me que no creo volverme hallar en tan buena
 «ocasion. Ay hija mia, me respondió ella, ¿pues
 «no es la palabra de Dios la que se nos predica?
 «Esto solo basta para escitar nuestra veneracion.
 «¿Qué nos importa que sea ó no con elocuencia,
 «con tal que nos digan la verdad? ¿No es ella muy
 «digna de toda nuestra atencion, dejando aparte
 «las espresiones nuevas ó antiguas? Pero volvi
 «á decirla, es preciso á lo menos que nos instru-
 «yan en nuestra obligacion y no en la de los ne-
 «gociantes. Se nos debe esplicar el Evangelio, y
 «no las fábulas. Nosotras no ejercitamos el co-
 «mercio, y no hay por consiguiente necesidad de

•precauciones contra el monopolio; ni tampoco
 •en la cátedra del Espiritu Santo viene bien el
 •lenguaje de Esopo. Mucho discurrir es eso, me
 •dijo ella; se debe dísimular mucho á un viejo la
 •composicion anticuada. ¿Quiere V. que un señor
 •de ochenta años refunda sus sermones para li-
 •songear esos oídos, y que cante á la moda?=
 •Pues vaya que bien noté yo que tenía V. su
 •cierta gana de reir cuando bajó la cabeza.=Ver-
 •dad es, me añadió, que aquello de la usura y la
 •fábula me causaron mi tentacioncilla; pero luego
 •caí que la misma fábula nos conducia á la ver-
 •dad, y que se debia pensar de nuestros pecados,
 •cómo aquel santo hombre hablaba de aquel vi-
 •cio: esto es, que debemos detestar los que po-
 •demos cometer, asi como él nos hacia advertir
 •que se debia tener horror á la usura. En fin, con-
 •fieso que lo que á mi me mantuvo seria fué la
 •reflexion que me ocurrió de que hay muchos
 •católicos en Inglaterra que están privados de
 •oir la palabra de Dios, y que debo tenerme por
 •muy dichosa, porque sin merecerlo yo, me ha
 •cabido mejor suerte..

La escelencia de la devocion de Adelaida se fundaba sobre la de su fé; pero de una fé constante y activa que la servia de regla en su conducta y á la que hubiera ella sacrificado el mundo entero. ¡Ah, cómo habia recibido su plenitud cuando se la confirió el sacramento de la confirmacion! Aun no he hablado á Vds. de esto. Estábamos en la primera clase cuando le recibió. Pero no quiero esplorar dia por dia todas las acciones de su vida. Vds. podrán conocer por un solo pasage cuanto estimaba la conservacion de este precioso depòsito, y si tenia bien penetrado su corazon.

Ya dije á Vds. que solia ella hacer algun regalo de sus labores á su tutora la condesa de la Verda. Habia poco tiempo que la habia enviado un bordado de oro y sedas, que era una obra perfecta. A todas las personas de distincion á quienes lo enseñó la condesa, pareció tan escelente que el embajador de Inglaterra en cuanto lo vió escribió á la condesa de Ecfor, dama de honor de la princesa de Gales, quien conocia, tambien como él, la familia de Adelaida. Al punto deseó

S. A. ver estas labores, á cuyo efecto se escribió al embajador, el cual lo consiguió facilmente de la condesa de la Verda, la que hizo aun mas de lo que se la pedia, pues que á nombre de Adelaida remitió una obra completa como un homenaje de respeto que ella ofrecia á la augusta princesa.

En Londres no se mereció menos admiracion que en Madrid. La princesa de Gales le halló de tanto gusto que se lo enseñó á la reina delante de sus damas. Se elogió mucho, y generalmente á su autora, sin olvidar el referir la historia trágica de la muerte de sus padres. La vió S. M. con la mayor atencion, y se sintió penetrada en términos que dijo en la preocupacion de sus errores: •es mucha lástima que una cristiana tan completa haya sido la víctima de la credulidad de sus padres; si ella quisiese volver á Inglaterra, yo tomaré á mi cargo el cuidado de su fortuna. Estas palabras dichas por la reina, con el tono enérgico de la bondad, obligaron al gran Canciller que se hallaba presente á escribirselo así al embajador, y le participó que deseaba que insis-

tiese con fuerza para que Adelaida se aprovechase de la buena intencion de S. M.

Este ministro, que no se habia creido que la cosa pasára tan adelante, se halló comprometido en un asunto que no podia desempeñar sin valerse de la condesa de la Verda, la que conocia él muy bien, que jamás se encargaria de aconsejárselo á Adelaida por motivo de la religion. Mientras que pensaba interiormente en el modo de obedecer á su corte, llegó á saber que la condesa tenia que venir por Adelaida para tenerla á su lado uno ó dos meses, de lo que hablaremos luego, y esperó á entonces para procurarse la ocasion de hablarla. Logróla en fin bastante favorable y la cogió, como suele decirse, al aire. Procuró hacerla saber lo que la reina de la Gran Bretaña habia dicho acerca de ella. La lisongeó con la seguridad de sus promesas, y con la amistad de la princesa de Gales. El presentó á sus ojos todo el resplandor que suelen encontrar las jóvenes entre la distincion de vivir en la corte. En fin señorita, la dijo, yo hablo á V. en virtud de las órdenes terminantes que he recibido. No hay

•mas que aprovecharse de la ocasion; está en ma-
 •nos de V. el resucitar en Inglaterra la gloria de
 •los Witsburis. Allí logrará V. de la proteccion
 •de S. M. y del fruto de los méritos de sus ante-
 •pasados. Es muy justo que se recompensen en
 •V. sus servicios, pues que logra juntar en su
 •persona todas las prendas que los hicieron ama-
 •dos de su soberano y de su patria.»

Adelaida habia oido este lisonjero discurso
 con una modestia que dejó admirado al embaja-
 dor, y le respondió con tal politica y prudencia,
 que acabó de escitar á su favor el respeto del mi-
 nistro. «Conozco muy bien Exmo. señor, le dijo
 •ella, lo mucho que me honra S. M. Quisiera ver-
 •me ahora mismo en su presencia para arrojar-
 •me á sus plantas, y demostrarla mi humilde gra-
 •titud; pero ruego á V. E. tenga á bien escusar-
 •me con S. M. pues que me es imposible el aprove-
 •charme de sus gracias. Al morir mi amada ma-
 •dre me hizo española, encargándome entonces
 •encarecidamente que no dejase este reino. Yo la
 •prometi al espirar, que una misma tierra cubri-
 •ria nuestras cenizas. Si me volviese á mi patria,

• me separaría demasiadamente de su sepulcro,
 • y lo sentiría con el mayor tormento mi corazón.
 • La religión que profeso, y que es la misma que
 • la de mis padres, me lo prohíbe igualmente. Yo
 • me vería allí en la dificultad de no poder cum-
 • plir con sus santos ejercicios sin grandes obs-
 • táculos, aun cuando se me la quisiera permitir.
 • Mi fé se encontraría con pocos socorros y sin a-
 • poyo. Se vería como aislada, y me temo que pu-
 • diera resfriarse por la falta de medios que la
 • sostuviesen, y mas quisiera yo sacrificar la mas
 • brillante fortuna, que esponerla á que se debili-
 • tase. Tengo gracias á Dios suficientes bienes
 • para sostenerme aqui con arreglo á mi estado;
 • hasta esto á mis deseos. Verdad es que no vivo
 • en mi patria, pero no carezco aqui de consue-
 • los. En cuanto se arrojó de ella la verdadera fé
 • se me desterró á mi tambien. El embajador co-
 • noció por esta corta respuesta que estaba demás
 • el insistir. Asi se lo manifestó al Canciller y á la
 • duquesa de Ecfort, pero no pudo menos de aña-
 • dir al mismo tiempo un magnifico elogio de las
 • virtudes de Adelaida. La princesa de Gales á

quien se le leyó, admiró mucho su constancia; mandó decir á Adelaida, que la habia agradecido mucho la espresion de su obrilla, y la envió su retrato guarnecido de diamantes, de un valor considerable.

Otra prueba no menos relevante dió de su fé con motivo de haber tomado á su cargo el cuidado de una niña turca que la providencia trajo á nuestro monasterio por una rara casualidad. Entonces manifestó no solamente el celo que hacia fructificar tambien esta virtud en su alma, sino igualmente el talento que ella poseia para comunicarla y sostenerla en los otros. Sin duda que han oido Vds. hablar de aquel famoso caballero Fernandez de Gama. Aunque ha varios años que ha muerto, no dejará de hablarse de él por muchisimos siglos. Era sin duda el marino mas célebre que habia en la España. El solo tenia aterrados á todos los corsarios de Berberia. Con un solo vagel de cincuenta cañones se batió una vez contra cuatro de los turcos, que el que menos era de cuarenta. Por último á dos echó á pique, y apresó á los otros dos, con los que se vino á Málaga.

Despues de esta dichosa espedicion, que le hizo llamar el *Nuevo Cid*, como á otro célebre Rodrigo, le llamó el gran maestre, desde Malta, para que montase el vagel mayor de la religion. Mientras que él corria los mares de levante, insultando á los infieles, se encontró con dos sultanas de Constantinopla, que conducian una de las mugeres del gran señor á la Meca con su hijo y una niña, como de unos siete años, y que llevaban al sepulcro de Mahoma unos magnificos regalos de parte de aquel principe.

Sin embargo de que estos dos buques fuesen muy fuertes y de un numeroso equipage, no pudieron defenderse contra el valeroso Fernandez; este les atacó y se los llevó en triunfo á Malta, desde donde corrió la voz de esta heroicidad por toda la Europa. El gran maestre, cuya generosidad no era inferior á su nobleza, se valió de todos los medios para consolar á la ilustre cautiva. La prometió además, volverla á poner en Constantinopla, por cange de algunos de sus caballeros; pero no bastó esto para que se la dejase de encontrar muerta á los tres dias en su mismo lecho, lo

que fué efecto de la su na tristeza que se habia apoderado de su corazon.

Su muerte introdujo la vida en el alma de sus dos hijos. Se propuso el gran maestro hacerlos educar en la religion cristiana, y dividió entre ellos el producto de la venta de las dos sultanas, y de los regalos que ellas llevaban al sepulcro del falso profeta: lo que los puso en estado de que se pudiesen sostener en el mundo de un modo casi proporcionado á la grandeza de su nacimiento. El niño fué conducido á Civita-Vechia, en el galeon del bailio francés *Rotencour* donde le cogió el embajador de la religion en Roma para presentárselo al Papa, y ponerle en el colegio de la *Propaganda*; y la niña á solicitud del general Fernandez se llevó por él mismo á España, y se la puso para su educacion en esta misma casa. Apenas arribó á Barcelona, cuando le dijo el virrey que la reina queria sacar de pila á la niña turca, pues aun no estaba bautizada, y se la plantó á toda priesa en el Escorial. Esta ceremonia se hizo con la mayor solemnidad. Se la mudó el nombre de Fátima en los de Carlota,

Cristina, Teresa, Luisa y Lorenza, que eran los mismos que los de la reina é infantas, y el rey la condecoró con el título de princesa de Santa Fé.

El general Fernandez era sobrino del conde de la Verda, hijo de su hermana. El se habia quedado sin madre, y sabiendo lo mucho que la condesa su tia hacia por Adelaida, suplicó á la reina que concediese á la misma señora el honor de traer á este colegio la princesa cristiana nueva. Todo se determinó asi; pero cayó enferma la condesa y en su lugar la duquesa de Campo Alegre nos la trajo aqui con un numeroso acompañamiento de oficiales. Aun asi la reina quiso que siguiese siempre la condesa de la Verda con el cuidado de la educacion de la neófita. La envió tambien á decir que la declaraba su tutora, con la mira de que la atendiese tanto como á la señorita de Witsburi.

En cuanto Adelaida vió á la jóven princesa, considerando la gracia que Dios la habia hecho de abrirla las puertas de la iglesia por el sacramento de la regeneracion y arrebatada de una a-

alegría extraordinaria, llena de celo, suplicó á la madre Sor Gabriela que la confiriese á ella el cargo de su instruccion. La demanda no tenia ejemplo; esta respetable funcion era propia de las religiosas y no de una colegiala, pero supo tan bien pleitear su causa, que ganó el pleito.

•Yo tengo, dijo ella, igual derecho á esta niña que si fuese mi hermana, pues que mi señora la condesa nos sirve á las dos de madre. Este es un título decisivo que ninguna razon puede anular. Constituida asi en maestra de la jóven princesa, no se contentó con enseñarla solamente los primeros elementos de la doctrina cristiana, sino que se empenó en sacarla perfecta, y como se decia en el convento, en quererla hacer otra misma Witsburi. Es increíble lo mucho que le costó esto. Su discipula no sabia mas que su lengua turca; ni la entendiamos, ni nos entendia. Pero la caridad de Adelaida supo vencer estos obstáculos, y antes de los dos meses se entendian ya las dos suficientemente para que la discipula fuese capaz de recibir sus instrucciones. Las primeras palabras que la hizo pronunciar fueron

los santos nombres de Jesus y Maria, para inspirarla hacia ellos veneracion y respeto; al tiempo mismo que los imprimia en su idea, la hacia hincar de rodillas, con las manos juntas sobre su pecho; ponía delante de sus ojos una hermosa imagen de nuestra Señora con el niño Jesus en sus brazos, y se la hacia besar infinitas veces. Despues la hacia pronunciar sus santos nombres á voz alta, y por último la prodigaba mil caricias y la daba alguna recompensa con que la dejaba muy contenta.

Con semejantes industrias pudo conseguir el hacerla aprender toda su doctrina haciéndola sus lecciones igualmente útiles que agradables. Asi se fué atrayendo todo el afecto de la criaturita de modo que no podia ya perder de vista á su querida maestra, tanto que la seguía hasta cuando iba al coro, y se ponía siempre á su lado, mirándola algunas veces con la mayor atencion, y guardando las mismas posturas que ella: lo que nos daba gana de reir, en diferentes ocasiones, viendo como, por imitar á Adelaida, ella ponía su cuerpo derecho, sus ojos bajos, los brazos cru-

zados, y copiaba toda su actitud enteramente.

Desenvolviéndose ya su razon con la misma edad, ofreció mas campo á Adelaida para que pudiese fundamentarla en la devocion. Ella la hacia hacer algunos ejercicios, proporcionados á su infancia. La hablaba del cielo, del amor de nuestro Redentor Jesucristo, de la belleza de nuestra Señora y de la felicidad de los bienaventurados. La inspiraba horror al pecado. La representaba la virtud con todos los rasgos que podian hacerla amable. En fin, con sus saludables instrucciones, ella infundia en su tierno corazon la semilla de una virtud activa y afectuosa.

Solamente Adelaida era capaz de poder conseguir esto como ella lo logró. Se necesitaba su celo, su caridad, su paciencia, su dulzura, la eficacia de sus palabras, y aquel modo gracioso que la hacia triunfar de todos los corazones para formar santamente una criatura que al parecer no tenia las mejores disposiciones, pues, aunque por otra parte era hermosa, no dejaba de notarse en su rostro cierto aire de fiereza y de orgullo, que demostraban su

origen, y que contenia en sus venas la sangre otomana, enemiga irreconciliable del cristianismo. Pero la incomparable Adelaida, á la que todo cedia la fué atrayendo poco á poco á sus fines y la hizo subir, digamoslo asi, de escalon en escalon hasta el grado de virtud que ella queria. Por último, se verificó que hizo de la turca otra tal como ella misma.

La madre Sor Gabriela, que estaba viendo esto, admiraba interiormente el maravilloso talento que manifestaba Adelaida para la educacion de las jóvenes señoritas, y la prudencia muy superior á su edad, que la hacia escoger tan bien los medios proporcionados para dirigirlas á la virtud. Esto la hizo desear que se quedase para siempre en nuestro monasterio, pero sabia muy bien, que toda vocacion debe ser obra de Dios, y no de las criaturas; por lo mismo se contentaba la madre con pedirselo á Dios con fervor, aunque por otra parte con toda la sumision debida tambien á su divina voluntad.

Acabaremos ya con la historia de la colegialita turca. Esta caminó constantemente por las

huellas que la trazaba Adelaida, á la cual habiendo muerto despues, podemos decir que la hizo revivir entre nosotras. Habia cogido su espiritu, sus máximas, sus costumbres y sus acciones de tal modo que la copia se semejaba tanto al original que cualquiera podria equivocarlás. Dios la concedió la gracia preciosa de la vocacion religiosa. Supimos tambien que su hermano habia entrado en la órden de Santo Domingo: ella deseó á imitacion suya tomar el velo en un convento de la misma órden y la reina quiso que fuese en Madrid para tenerla cerca de su persona, donde vivió veinte y cinco años en una virtud continuada.

Esta prueba del celo que tenia Adelaida por la fé cristiana da mayor evidencia del ardor de su caridad. Pero ¡de cuántos modos se hizo admirar esta esencialísima virtud en esta preciosa criatura! Yo pudiera decir á Vds. sin la nota de exageracion, que ella residia plenamente en su bella alma, y se manifestaba en todas sus obras. Adelaida no tenia defecto alguno de aquellos que pueden alterar la caridad. Al contrario, poseia todas las cualidades que la hacen perfecta. Nunca

se la pudo acusar de haber obrado con deliberado intento, ó de un modo grave, contra sus constituciones, y puede certificarse, que cumplió con ellas exactísimamente.

Ella era enemiga declarada de la murmuracion. Jamás podia, no solo oirla con gusto, sino, ni estar donde se murmurase. Pero, ¡cómo no estaria bien distante de poder murmurar de nadie, cuando no sabia juzgar mal de los otros! Segun ella todos tenian grandes talentos, virtudes admirables, intenciones muy puras; en una palabra, todo el mundo era perfecto. Si en su presencia se hablaba de algun defecto de sus compañeras, al punto estaba pronta para escusarle. Si se empezaba una conversacion poco favorable á alguna de ellas, tenia la habilidad de cortarla ó hacerla caer sobre otro asunto, ó si no habia medio para paliar la falta, ella le encontraba siempre para compensarla con mil cosas buenas, que hacia notar en la misma persona. «La caridad, me decía ella, debe escusarlo todo en el próximo, y nada en nosotros mismos: este es el medio para tener la paz interior, y corregirse de sus defectos.»

Un dia habia yo tenido cierto choque con una compañera nuestra, hija de un nuevo noble de Lisboa, que era el primer fidalgo de su familia. En la fuerza de mi resentimiento, pues yo era de un genio terrible, se me escapó esto; la buena señorita se piensa venir aquí á representar el papel de primera dama con su nueva geneologia y puede ser que sea hija de cristianos nuevos. •Va ya! ¿qué es lo que V. dice? me respondió Adelaida toda conmovida, ¡Ay, comete V. un gran pecado! No sea V. colérica, y observe mejor lo que la mandan su religion y su razon. ¿Por qué se la ha de echar en rostro lo que no ha dependido de ella? ¿Consiste en nosotras el que nacamos de una casa mas ó menos ilustre; ni el descender de moros ó de cristianos? Esa réplica que V. la hace, cae sobre la providencia, que determina nuestro origen, y que ha hecho nacer á V. española como á ella portuguesa y á mi inglesa. •

Esto me hace hacer una reflexion, que tal vez se me hubiera pasado, y es que Adelaida era muy modesta acerca de su nobleza, y no tenia el de-

fecto de ciertas gentes, que á cada instante saltan con la suya. Sin embargo, todas sabíamos que era su casa de las mas antiguas de Inglaterra, y muy ilustre en todos tiempos, por los grandes empleos que sus antepasados habian tenido en aquel reino. Ella habia tomado esta máxima de modestia de las instrucciones de la madre Sor Gabriela que era tambien de una gran familia.

- Jamás se vanaglorien Vds. de su sangre, nos decia aquella buena madre, ni se tomen la libertad
- de despreciar la de los otros. Vds. destruirian
- con semejante vanidad la grandeza de alma, que conviene á la verdadera nobleza, y se degradarian tanto, como quisieran degradar á los demás.
- Tampoco sean Vds. de aquellas que no saben hablar sino de su hidalguia y de sus alianzas de familia, porque no consideran que tal ostentacion las hace ridículas, y solo adquieren el
- desprecio, en lugar del respeto que solicitan.

Adelaida no ponía diferencia entre las personas chanceras y las murmuradoras. • Todas, decia ella, son igualmente enemigas de la paz y de la caridad; y aun algunas veces hiere mas una chan-

•za que una injuria: porque puede decirse que
 •esta, en el primer impetu de ira, pasa, y no
 •manifiesta falta de estimacion por la persona á
 •quien se le dice; pero la chanza demuestra me-
 •nosprecio, y nadie sufre con paciencia que se le
 •desprecie: á lo menos se necesita mucha virtud
 •para permitirlo. Es tan poco comun, decia ella
 •tambien, el chancearse de una persona, sin o-
 •fenderla, que lo mas seguro es el abstenerse de
 •ello. Regularmente se empieza por una chanza,
 •que choca un poco, pero se pasa pronto á otras
 •que disgustan; y una conversacion que se tomó
 •para alegrarse, pára en varias discordias ocasion-
 •nadas por una chanza pesada. •

Voy á añadir á Vds. lo que nos decia tambien
 sobre esto la madre Sor Gabriela, á fin de que
 detestásemos las chanchas picantes. •Cuidado,
 •hijas mías, pues las chanzas son por dos lados
 •injustas. 1. Por cuanto ofenden á las otras por
 •su desprecio y por lo comun las llenan de ver-
 •güenza volviéndolas ridiculas. 2. Porque las
 •mas dadas á la chanza son por lo comun las me-
 •nos capaces de sufrirla. Observen Vds. una chan-

•cera: vuélvana la chanza por chanza, prontamente se la verá pasar de la alegría á la seriedad, de esta á la tristeza, desde aqui al despecho, y tal vez sin poder contenerse, responderá con alguna injuria grosera. • Asi es; y tenia razon aquella buena madre, muchas veces lo he visto por mis propios ojos.

Un dia, mientras la recreacion, nos estábamos chanzeando varias de nosotras; pero sin intencion, y únicamente por pasar el rato. Juntóse con nosotras una de nuestras compañeras, gran chancera, y que no sabia reir sin zaherir. Como ella nos vió tan engolfadas en nuestro recreo, quiso tambien tomar parte, y acometió al punto á otra que tenia tanto talento como ella, y aun manifestó mas en aquella ocasion. Ella la mordió ya un poquito, Esta respondió sobre el mismo tono: la replicó por no ceder; pero la réplica que ella se ocasionó fué tan superior á la suya, que no pudiendo sufrir mas, la vimos á los principios ruborizarse con una sonrisa seca y maligna que procedia de rabia, y de alli á un instante echó á llorar á lágrima suelta, á pesar de los esfuerzos

que hizo por contenerse. Ella se avergonzó tanto de verse vencida como de no haber podido disimular su confusion, que hubiera querido en aquel instante haberse podido ocultar en alguna profunda caverna de las montañas de Asturias. Su misma confusion la sirvió de época de eterna memoria, y desde entonces no pensó mas en sus chanzas.

Adelaida detestaba tambien con horror todo chisme, como origen verdadero de innumerables discordias y disensiones. Jamás pensó en contar á una colegiala lo que otra habia dicho de ella, como no la fuese favorable. Si se habia hablado en su contra, lo callaba con tanto esmero como si hubiese prestado un juramento. A las chismosas las llamaba ecos del diablo. •Porque, decia ella, el espíritu maligno pone en boca de las murmuradoras las palabras que dicen, y ellas las repiten como unos ecos. Una colegiala de la tercera clase se habia burlado de su devoción. Otra vino á contárselo lisonjeándola con que ella habia tomado su defensa y lo habia sentido mucho. •Gracias á V., la respondió Adelaida, por la

• parte que V. á tomado en mi defensa; pero su-
 • plico á V. que si volviese á suceder lo mismo
 • no me lo diga, porque contándomelo pudiera tal
 • vez tomar yo algun resentimiento y no quiero
 • tenerle de nadie. »

Ella miraba tambien el rencor como un senti-
 miento indigno de un corazon noble, y mucho
 mas de un corazon cristiano. « Es preciso, decia,
 • tener muy poco espíritu para resentirse de una
 • palabra ofensiva. ¡Y qué mal puede causarnos
 • una palabra! ¿nos hace peores de lo que somos?
 • Ojalá que á cada instante me dijese tantas que
 • me hiciesen mejor de lo que soy, si sirven para
 • ello. La palabra pasaria, y el bien que me causá-
 • ra se quedaria conmigo. Tambien solia decir-
 • nos; cuando se nos ofende ó es por odio, ó por
 • desprecio, ó por inadvertencia. Si es por odio,
 • se necesita vencerle con la caridad, si por me-
 • nosprecio, hacerse estimable con un perdon ge-
 • neroso, y si por inadvertencia, no hay cosa mas
 • digna de excusa. La que causa un sentimiento á
 • otra es mas digna de compasion que esta; por-
 • que al causarle ella se hace cómplice de un pe-

«cado que sufriendole la otra con paciencia es un
«acto de virtud.»

Su misma caridad era la que la hacia insop-
tables los defectos que la hieren, y por la misma
razón no omitia diligencia alguna para mantener
entre nosotras aquella paz, aquella concordia tan
estimable que debia conservarnos juntas, y la
cual, únicamente por sus cuidados, no se altera-
ba sino rara vez, y se restablecia casi en el mismo
instante. Dios la habia dado el talento de recon-
ciliar los espíritus desunidos, y de ahogar en su
nacimiento las pequeñas altercatas, inseparables
de una numerosa comunidad, pues entonces no
estábamos menos de cuarenta colegialas en la se-
gunda clase. Sin embargo, nunca se oyó que nin-
guna fuera con quejas de sus compañeras á las
maestras en todo el tiempo que estuvo aquí Ade-
láida. Apenas se suscitaba la menor disputa cuan-
do á toda prisa la apaciguaba, y lo lograba ma-
ravillosamente.

Esto provenia de la confianza que su virtud,
y mas particularmente, su afabilidad, la habia ad-
quirido de parte de todas. Cada cual se lisongea-

ba de que ella la amase; todas nos creíamos que ella se interesaba tanto en nuestros asuntos como en los suyos propios, y que no tenia aversion ni antipatia por nadie. Siempre la hallábamos pronta a complacernos; no habia ni una sola para quien no estuviese muy servicial, de suerte que su mérito y nuestro agradecimiento contribuian á darnos una entera confianza en ella y á hacerla juez de todas nuestras disputas. Me acuerdo que paseándonos las dos juntas un dia por el jardin, vimos venir hácia nosotras una colegiala con su rostro todo encendido y alterado. Apenas se nos acercó, conocimos que estaba muy agitada.

•¿Qué tiene V., la dijo Adelaida, la ha sucedido á V. algun disgusto?—Y muy grande respondió ella deshaciéndose en lágrimas, y asegurado á V. que como la señorita N. se atreva á ponerse delante de mi, verá lo que le pasa.—Valgame Dios, dijo Adelaida, ¡qué! ¿querria V. pagarla en la misma moneda, si ha causado á V. algun sentimiento? ¿Es posible que la idea de vengarse halle lugar en un corazon tan bueno

• como el de V?—No, no, replicó ella, jamás la
 • perdonaré; se necesita hacerla ver alguna vez
 • que la entendemos. No quiero en mi vida tener
 • nada que ver con ella; esta es la mayor gracia
 • que puedo hacerla. No tiene que esperar de mi
 • ni aun los buenos dias. Un mal genio como el
 • suyo debe huirse y ser abandonado de todo el
 • mundo.

Sosíéguese V. por el amor de Dios, la dijo
 • Adelaida, que tal vez no habrá sido la inten-
 • cion de esa señorita la de enojar á V., y aun a-
 • caso se babrá equivocado; y aunque suponga-
 • mos que haya hecho mal, Dios lo habrá permi-
 • tido para probar la virtud de V. y que ejercite
 • su paciencia. Si se irrita V. del mal modo de
 • tratarla que ha tenido esa señorita, vuelva V.
 • hácia Dios su rostro y no se queje de él, ofen-
 • diéndole con su resentimiento; todas nosotras
 • vivimos en la mejor inteligencia ¿querria V. por
 • una falta de esa señorita romper tan buena ar-
 • monia? Vaya, deme V. palabra de que la perdo-
 • nará si hago de modo que Vds. se junten. • La
 dijo estas palabras con un acento tan espresivo y

gracioso, que por mas irritada que estaba la tal colegiala, no pudo menos de echarse á reir aunque sus lágrimas corrian por sus megillas. •Jesús! la respondió ella, no se puede una negar á todo lo que V. quiere: si yo lo hubiera sabido, no haya miedo que hubiese venido aqui.==¿Y por qué? replicó Adelaida; yo hubiera sentido que V. no lo hubiese hecho. Deme V. sus poderes, y si traigo aqui á la señorita N. prométame V. no desamparar el campo ni ponerla mala cara. ¿Se habia de quedar clavada la espina en un corazon tan bueno como el de V? Esta la prometió cuanto quiso, y partió Adelaida para buscar la ocasion favorable de hablar á la otra.

De ella misma supe yo despues toda esta historia, cuando habiendo muerto ya Adelaida, hablábamos juntas de sus varias virtudes. •Ella se llegó á mi, me dijo esta, con aquella dulce risita que sabe V. que tenia, y me dijo con aquel aire amable; yo tengo una gracia que pedir á V.; me daré por muy ofendida si me la niega, y tendrá V. que concedérmela despues, para reconciliarse conmigo.==Yo me eché á reir, y la

•respondi, eso se llama pedir con pistola en ma-
 •no; pero ya sabe V. que puede disponer de mi
 •como de si misma.»

•Ya tengo prenda, dijo ella entonces, ya no
 •puede V. volverse atrás. Yo quiero hacer un fa-
 •vor á la señorita N., y que V. me ayude si gusta,
 •y cogiéndome de la mano me hizo echar andar.
 •Ya sabia yo entonces qué era aquello, y confieso
 •que no tenia yo razon; pero disimulando, por
 •mi parte; la decia riendo ¿dónde me lleva V?=
 •Si, si, me decia ella. ¡qué buena criatura es V!
 •Tan bien lo sabe V. como yo, pues que ha ha-
 •blado bastante recio para hacerse oir. Vamos
 •claros, la señorita N. está enfadada contra V. y
 •tiene razon; se necesita obligarla á que V. vuel-
 •va á su amistad.—Ella me hacia continuar an-
 •dando apriesa para no darme tiempo á que re-
 •flexionara, y en cuanto vió á la otra colegiala,
 •empezó á gritarla con aquella autoridad que la
 •daba el amor que todas la teniamos. ¡Digo! a-
 •cérquese V. señorita, y no hay que tener ren-
 •cor. Ya no se trató mas de aquella cosa, nos hi-
 •zo abrazar sin que hablásemos una palabra, y

•que nos prometiésemos una grande amistad;
•pero que fuese eterna. •

Además de esto era Adelaida tan oficiosa y activa, que hasta se olvidaba de si misma para dedicarse á servir á las otras. Era siempre nuestro seguro y único arbitrio y la hallábamos constantemente dispuesta á servirnos con una política y una afabilidad envidiables. Algunas veces la encontré rodeada de cuatro ó cinco colegialitas de la primera clase, y que cada una de ellas la pedia una cosa diferente; una la pedia que la enebrara su aguja; otra que la explicara un artículo de su catecismo: esta que la enseñase las letras y aquella que la dibujase una flor: en fin ella estaba en medio de aquellas criaturas sin el menor movimiento de impaciencia, y procurando complacer á todas con una alegría y una afabilidad admirables. Otra vez me la vi sitiada por ocho ó nueve de ellas lo menos; yo la dije: •¿cómo tiene •V. paciencia para sufrir las impertinencias de •esas niñas?—Y me respondió, mucha mas tiene •Dios conmigo. •

Estos son verdaderos actos de caridad, de una

grande consecuencia, y los cuales he querido contar á Vds., hijas mías, porque á lo menos servirán para su instruccion en lo sucesivo. Como dije á Vds. á los principios, Adelaida se habia quedado única heredera de todos los bienes de su casa, que era poderosísima, pues que además de las letras de cambio que habia su madre salvado del naufragio, habia recibido despues remesas muy considerables de Paris, donde sus padres antes de salir de Inglaterra, habian tenido la precaucion de enviarlas para no esponer sus riquezas en el l'agel que los conducia á España; de modo que junto todo la habia compuesto un fondo, cuyo producto anual ascendia á mas de veinte mil pesos, por el cuidado que habia tenido la condesa de la Verda de emplearlos en posesiones ó imponerlos á ganancia.

Esta señora la enviaba todos los años hasta seis mil pesos, ó mas si ella pedia, y Adelaida muy económica para si propia, empleaba lo que la quedaba en buenas obras. La madre Sor Gabriela hacia de su limosnera mayor; asi se lo habia ella rogado, conociéndola muy capaz de des-

empeñar el empleo, y la decia que no economizase su bolsillo. Sin hablar de las distribuciones de menor consecuencia, que no dejaban sin embargo de subir mucho, entró diferentes doncellas en algunos monasterios, y dotó tambien otras para que se colocasen en el siglo. Añadan Vds. á estas las dádivas ocultas que repartia por tan seguras manos en favor de los pobres vergonzantes, las cuales se absorbian la mayor parte de sus rentas.

He dicho á Vds. esto, no como un ejemplo que puedan imitar, porque ¿qué colegiala hay que pueda disponer á su arbitrio de cinco ó seis mil duros anualmente? Esto es tan poco comun, que Adelaida puede mirarse en el particular como la única, dependiendo su situacion de ciertas circunstancias, que apenas en dos siglos podrán verificarse una vez sola. Sin embargo, como la mayor parte de las señoritas tienen por lo comun algun dinero que sus padres las dan para sus alfileres, nunca serán harto alabadas cuando empleen una parte en el alivio de los pobres. Este acto de caridad es muy meritorio ante los ojos

divinos, y las acostumbra con tiempo á dar limosna: inclinacion que asi toma despues aumento, cuando hallándose en el siglo tienen esta obligacion, de las que las señoras mas pudientes suelen dispensarse por una dureza de corazon aborrecible, y por una ceguedad la mas deplorable.

A mi me ha causado siempre la mayor admiracion un rasgo de la generosidad de Adelaida, que prueba bien cuanta era su bondad y la ternura de su corazon para con los necesitados. Esto sucedió con tres de nuestras compañeras que estaban mal equipadas y á las cuales supo proveer de todo secretamente, y sin que hayan jamás ellas sabido que lo debiesen á su generoso cuidado. Estas tres colegialas eran hermanas, de una de las casas mas antiguas de Castilla; pero tan pobres por la mala conducta de sus antepasados, que sus padres, cargados además de otros cinco hijos, no hubieran podido tenerlas en el colegio á no ser por su tio, canónigo de Sevilla. Ellas eran por otro lado, de escelentes circunstancias, tanto por su virtud como por su talento. Adelaida

las estimaba mucho y la correspondían. Ella llegó á notar que debajo del vestido morado del colegio llevaban una ropa vieja y mala, y quiso regalársela decente; pero para ahorrárselas la pena que temia causarlas ofreciéndolas su bolsillo, descubrió su intento á la madre Sor Gabriela. «Señora, la dijo, me causa sentimiento ver á las señoritas de N. tan mal vestidas, próximas ya al invierno ¿cómo se han de libentar del frio?». La madre que sabia mas que ella misma sus verdaderas necesidades, no tardó en aprovecharse de su oferta. «Déjeme V., la dijo ella, la libertad de tomar de su escritorio lo que se necesite para esto, y descanse V. acerca del secreto y la prudencia. Pues delas V., añadió Adelaida, aun mas de lo que necesiten; es preciso que queden equipadas, y bien, para muchos años.» La ejecucion correspondió perfectamente con su generosidad. La madre Sor Gabriela las hizo á todas tres un completo equipage, que pudo servir las para muchos años y para todas las estaciones, y lo hizo en términos, para que quedase desconocida su bienhechora, que se creyeron siempre

debérselo á su tío el canónigo.

Pero ya que se ofrece la ocasion de hablar á Vds. de estas señoritas; el dichoso destino que lograron despues las hará ver á Vds. que es propio de la virtud únicamente el hacer á las damas estimables. Un caballero muy rico de la corte, bastante jóven, lleno de religion, y estimado de su príncipe por su grande mérito, tuvo la desgracia de perder su muger, que murió sin dejarle sucesion. Esta pérdida le fué tan sensible que agoviado de tristeza resolvió el viajar, á fin de distraerse. Pasó casualmente por el antiguo palacio de los padres de estas señoritas, situado en cierto pueblo, á donde se habian retirado habia mucho tiempo por no poder sostenerse segun su clase en la ciudad, y se valió de esta ocasion para usar con ellos de la politica de preguntarles si querian hacerle algun encargo para sus hijas, porque se proponia descansar en Valladolid por algun tiempo. Una carta que le dieron fué un pretesto legitimo para pasar á hacerlas una visita. Encontró en ellas tan buenas circunstancias, que desde entonces formó el proyecto de casarse con

la mayor. Apenas se habria cumplido el año, cuando volviéndose á Madrid pasó otra vez por la casa de sus padres para pedírsela. Una proposicion tan inesperada no pudo menos de sorprenderlos. •Pero la virtud, les dijo el caballero, es un grande dote; yo encuentro completa la señorita que pido á Vds., y en cuanto se presente en la corte se la tributará un aplauso general. •No exijo mas que su persona, pues ella me basta para arreglar un matrimonio que me desquitará de mi pérdida, y me hará feliz. •

El asunto se finalizó prontamente, y la señorita se presentó en Madrid, donde tenia su marido uno de los principales empleos. La Providencia lo dispuso así, sin duda para que sus excelentes circunstancias fuesen generalmente conocidas. En efecto, llegaron á ser tan notorias, que otro personage no menos rico y honrado que el primero, noticioso de que la menor tenia un mérito igual al de su hermana se casó tambien con ella. No causó menos admiracion en Madrid que la mayor, y la publicidad de estos sucesos fué tan favorable á la mas jóven que quedaba soltera, que

varios señores la desearon para el mismo efecto; pero Dios la tenia destinada para esposa suya, y se entró religiosa á los seis meses de las pruebas, con que quisieron experimentar sus padres su vocacion, despreciando todas las esperanzas del siglo con que se procuraba lisongearla.

La madre Sor Gabriela, por quien sé lo que estoy contando á Vds. me hizo sobre esto estas buenas reflexiones. «Vea V., me decia ella, lo que es la virtud! Si estas señoritas no la hubieran tenido, ¿quién habia de haber pensado en ellas siendo tan escasa de fortuna? ¿Y qué hubiera sido de ellas? Apenas se las hubiera podido establecer en un convento, donde habiendo entrado sin vocacion, hubieran tal vez vivido sin el espiritu de su estado: pero su mérito ha ocasionado su fortuna, y las ha colocado con honor en el mundo. ¡Qué poco juicio tienen las que fijan todo su mérito en la hermosura, en la viveza de su ingenio, ó tal vez en un exterior demasiado libre! Qué dignas son de compasion cuando quieren aumentar su belleza con trages inmodestos, pensando hacerse asi mas

• amables! ¿Engañarán jamás por tales medios á
 • un hombre sensato? Ellas podrán cuando mas
 • seducir algun jóven loco, que no consulta mas
 • que con sus caprichos. Y de unos hombres de
 • semejante carácter ¿qué pueden esperar sino ge-
 • mir toda su vida? •

Para última prueba de la caridad de Adelaida voy á contar á Vds. un pasage que prueba la compasion que tenia de los males ajenos.

Teniamos en nuestra misma clase una colegialita vizeaina, como de unos doce años, de un genio tan vivo como si su cabeza estuviese llena de cascaveles. Una vez la sorprendi que bailaba sola en una sala con todas sus fuerzas, oyendo á un ciego que en la calle tocaba la guitarra; pero lo que en esto hay que estrañar es, que tenia la rara mania de subirse á los árboles, y lo hacia tan bien como una ardilla. Esto no debia permitirse por ser impropio en una muger, y porque estaba espuesta á alguna desgracia. La madre Sor Gabriela la habia ya reprendido diferentes veces, y aun la habia aplicado sus ciertas penitencias; pero la fuerza de su inclinacion podia mas que el castigo.

Un dia alcanzó á ver un nido de pardillos en un peral muy alto. Este cebo la tentó y mirando á todos lados, sin creer que la viesén se subió inmediatamente para alcanzarlo. Por su desgracia la llegó á ver la madre Sor Gabriela, desde una ventana que iba á cerrar, y bajó al jardín para salirla al encuentro. La pobre niña se quedó pasmada al verla, y hubiera querido escapar; pero no habia remedio. •Yo misma la he visto á V. la •dijo la madre, con que no puede excusar su falta. Esta es una cosa fea en una señorita, y vá •V. á pagarla: vengan al instante esos pajarillos •para que jueguen con ellos las colegialas de la •primera clase; y V. estará en un encierro todo •el tiempo del recreo. •

Para colmo de su desgracia, la ventana de la sala donde la puso, caia precisamente en frente del jardin donde nosotras nos estábamos divirtiéndolo que creo que habia hecho la madre espresamente á fin de que sintiese mejor su falta.

Adelaida advirtió que ella nos miraba con la mayor tristeza: su buen corazon se enterneció al

instante: se acercó á la madre Sor Gabriela, y la dijo; «tenga V. piedad, señora, de aquella colegialita; ¿cómo queria V. que nosotras nos divirtiésemos mientras que ella está tan apesadumbrada? Puede ser que esté muerta de miedo, al verse alli tan sola.» — «No, la resdondió la maestra, ahí defiende V. una mala causa.» Adelaida no se intimidó; siguió insistiendo siempre, y la madre por su parte persistia en su intencion. «En fin, la dijo Adelaida, á lo menos permitanos V. á las dos (señalándome á mi) que váyamos á acompañarla. Qué pesada es V! la respondió la maestra sonriéndose de su caritativa terquedad; «vayan Vds. á consolar á una niña tan prudente en su terrible desgracia; ¡cierto que lo merece!» Ella la cogió la palabra, y nos fuimos velando hacia la prisionera. «Dejémonos ya de tristeza, la dijo Adelaida al llegarse á ella, olvidémonos de la desgracia y vamos á divertirnos aqui, tanto como en el jardin las otras.» Ella puso alli, yo no sé que juego, que la alegró en extremo, haciéndola olvidar lo ocurrido.

¿Y en qué les parece á Vds. que vino á parar la

ligereza de esta colegiala? Pues despues fué una perfecta religiosa. Asi es que suele sacarse por lo comun mejor partido de las que tienen un carácter vivo, con tal que sean dóciles á la correccion, que de aquellos genios taciturnos y melancólicos, á los que la menor cosilla les hace sombra. La madre Sor Gabriela supo atraer á sus fines aquella colegiala, mezclando con una severidad discreta las prudentes amenazas; y como por otra parte tenia un escelente corazon, que no se obstinaba con el castigo, su viveza, que provenia únicamente de la fogosidad de su juventud, se apaciguó suficientemente en la tercera clase para dar lugar á la seriedad y á la prudencia. Ella se fué adquiriendo mucha virtud, y entró por último á los diez y nueve años en un monasterio, donde ha sido ya superiora, y una de las mejores religiosas, tanto por su conducta, como por su capacidad para el gobierno.

Comprenderán Vds. por este ejemplo, que la virtud de Adelaida, lejos de ser pesada para las demás como una virtud triste y molesta, estaba acompañada de cierta alegría y de un inocente

regocijo que la hacia amable; y su conversacion variada y graciosa era causa de que se la buscase con gusto. Si Vds. la hubieran visto divertirse en medio de sus compañeras, y escitarlas á lo mismo, aun cuando no tenian gana, hubieran alabado la discrecion con que inventaba mil juegos para su diversion, sin comprometer jamás su conciencia.

Pero apesar de todo esto no hay que creerse tampoco que fuese una juguetona de profesion. Aborrecia con extremo los juegos de manos, los abrazos y los besos, mirándolos como mas propios para acariciar á los niños que para servir de prueba de estimacion en la amistad. •Qué feo me parece, me decia ella, hablándome de esto. ¿No hay otros mil modos de probar que se estima? •Yo hallo en estos, no sé que de impolitico, que sirve mas bien para demostrar la pasion, que una verdadera amistad. • La adversion que tenia Adelaida por todas estas cosas nacia de la inocencia y de la pureza de su corazon. ¡Ah! ¡en qué sumo grado la poseia! En las demás virtudes escedia á sus compañeras, pero por lo tocante

á la pureza, como que se escedia á si misma y se elevaba á la de los ángeles. Jamás se la oyó ni la menor espresion con que pudiese ofender la castidad; y si por casualidad la hubiera oído ella misma, se hubiera estremecido. La sombra del mal, en este particular, era para ella un objeto insufrible que la hubiera hecho huir á lo último del mundo. Un día en que mientras el recreo andábamos jugando, una de nuestras compañeras usó de una espresion algo descompuesta, mas bien por ligereza que por efecto de meditada malicia, pues era muy prudente. Al punto volvi los ojos á Adelaida, y vi que se quedó corrida, y que repentinamente pasó desde su risa á una seriedad displicente. La que soltó la proposición, lo notó como yo, echó de ver su falta, y la reparó inmediatamente con innumerables excusas. En otra ocasion hablábamos algunas de nosotras sobre la santa comunión. A Adelaida se la ofrecieron tan buenas cosas que una de las colegialas presentes penetrada de su discurso, se arrojó á ella y la besó en la frente diciéndola: ¡oh bendito ángel! ¡qué santa es V! Todas soltamos una

gran carcajada de risa que pudo oirse á mucha distancia: pero Adelaida se quedó avergonzada, y la dijo como en un tono concolido: «Dios se lo perdone á V.; V. me alaba y me besa.» Ella se echó á reir despues con nosotras; pero comprendimos que esta suerte de caricias la disgustaba con estremo; y despues nadie se atrevió á usarlas ya con ella.

Toda su conducta estaba marcada con el sello de esta virtud. Sus palabras, sus gestos y acciones: todo era modesto en ella, é inspiraba el pudor. Bastaba mirarla para concebir cierto respeto y amor por esta amable virtud. Jamás se la sorprendió en una actitud poco decente, que estuviese sola ó acompañada. Aunque el vestido que Vds. traen y que es el mismo que traíamos ya entonces, sea muy proporcionado para evitar toda falta de modestia, puede suceder que al quitarlo ó ponersele haya algun descuido: pero la precaucion de Adeiada era muy vigilante. Ella desconfiaba tanto de sus propios ojos como de los agenos: y se portaba con el mismo respeto que si estuviese viendo en su presencia al ángel de

su guarda, y hubiese temido manchar sus castas miradas.

En la enfermedad de que murió, estuve yo siempre á la cabecera de su cama, y noté que tenia tanto cuidado de la modestia, que como que se olvidaba de su mal para poner sobre este punto toda su atencion. Un día la salió cierto tumor en una rodilla sin saber por qué, ó como. El miedo de tener que enseñarle, hizo que no se quejara por algun tiempo; pero la madre Sor Gabriela que llegó á notar que cogeaba un poco, quiso absolutamente saber la causa. Fué preciso que se valiese de toda su autoridad para determinarla á decirlo, y aun no pudo lograrlo hasta que despues de haber llorado muchísimo, la prometió que haria por sí sola y sin testigos este reconocimiento. Asi Adelaida, tan dócil y obediente para todo, solo se resistió en esta ocasion en defensa de una virtud que debe ser el tesoro de las mugeres.

Hacia tan poco caso de su hermosura, que si hubiera podido verse su corazon, se hubiera hallado en él, que tal vez la disgustaba. A lo menos

ningun caso hacia de ella. Por lo mismo jamás se la veia, como sucede á las mugeres pagadas de su bello rostro, contemplarse sin cesar delante del espejo. Jamás se miraba á él, mas que para ver si estaba decentemente vestida, y esto era por un corto instante. Un dia me dió la gana de decirle que tenia un rostro como una rosa. Al punto me volvió la palabra, que para otras hubiera sido muy lisongera, como si la hubiese dicho alguna simpleza. •¡Jesus! me dijo, mire V. lo que dice! Si la madre Sor Gabriela lo oyese, lo sentiria y con razon. La verdadera hermosura es la del alma: la del cuerpo no merece nuestra atencion. •

No sin causa citaba á la madre Sor Gabriela, pues esta nos habia hablado con frecuencia sobre esto mismo para rectificar nuestras ideas. •Acuérdense Vds. hijas mias, nos decia, que el honor que proviene de la virtud, es infinitamente superior al que se procura sacar de las prendas naturales. Una soltera medianamente hermosa, será siempre mucho mas estimada, si la acompaña la virtud, que otra que tenga menos

de ésta, con toda la belleza del mundo. ¡A cuántas ha sido perjudicial la hermosura! A cuántas ha perdido! De cuantos pecados ha sido la causa, tanto en las que se gloriaban de ella como en las insensatas que se hacían sus admiradoras! Esto es lo que resulta por lo común de una cualidad con que las simples se embriagan por una inconsiderada complacencia, Ella es como un lazo continuamente tendido para la pérdida del alma tanto para las que la poseen, como para las que por desgracia se dejan sorprender.

La indiferencia de Adelaida se estendia sobre su adorno, tanto como sobre su belleza. No es esto decir que se descuidara en vestir con decencia; sino que miraba la delicadeza demasiada y el frenesi de la vanidad, como la mania de un espíritu insensato, que carece de gusto, y de solidez. No sé yo, me dijo un dia, como hay quien se ocupe tanto de semejantes bagatelas. ¿Qué tienen las cintas o el peinado, de precioso, que tanto ciegan? Yo creeria envilecer mi corazon, si me empleara tanto tiempo en eso. Me pareceria que entregaba mi afecto á unas cosas bien

•frívolas. La sencillez cristiana es el adorno mas
 •conveniente á las doncellas. Si una señorita se
 •me presentase con un adorno exagerado, me
 •pareceria fea, como la muerte, porque si la na-
 •turaleza la ha dado ciertas gracias ¿qué necesi-
 •dad tiene de perfeccionarlas con el arte? Y si la
 •ha privado de ellas, aunque se adorne, es por
 •supuesto fea; lo que debe ser mas penoso, para
 •quien desea hacer ostentacion de unas gracias
 •que no tiene..

A mi me dió la gana de contradecirla, sin em-
 bargo de que pensaba como ella, sin mas que por
 oirla, y la dije: •Con que V. quiere que nos vis-
 •tamos como unas sotas; que váyamos puercas y
 •con el exterior grosero.—V. exagera mucho las
 •cosas; me respondió, tanto se peca por carta de
 •mas como por carta de menos. En el modo de
 •vestirse se debe observar la decencia del esta-
 •do; es verdad que no se pone la ropa para ha-
 •cerse risible ni para chocar á las gentes; pero
 •tambien se debe cortar toda afectacion señalada.
 •Yo veo tanta ridiculez en estar ciega por un la-
 •zo ó unas flores, como en echar por tierra el

•uso discreto, establecido por las personas de
•juicio. •

•Pero vamos la repliqué yo, ¿qué entiende V.
•por el gusto de las personas de juicio? Todas
•creen tenerle, y mucho mas, las mas apasiona-
•das á esos mismos adornos, que V. desprecia. =
•Yo entiendo el de la discrecion, que es el que
•da al estado lo que le conviene, sin quebrantar
•las leyes de la sencillez y de la modestia cris-
•tiana: ese es el buen gusto de que yo hablo.
•Pero el gusto, contrario á estas leyes, es capri-
•chudo, peligroso, y digno de reprobarse. •

Sobre esto Adelaida era de la misma opinion
que la madre Sor Gabriela, quien procuraba con
toda la fuerza de su retórica, precavernos de la
vanidad. Asi es, que nos decia; •hijas mias, yo
•no quiero en Vds. la ánsia de los vanos adornos
•del cuerpo, ni las modas afectadas. Los vertidos
•son para cubrirnos, y no para alimentar nuestro
•orgullo: son para conservar la modestia, y no
•para tender lazos al prójimo. Pero por otra par-
•te, tampoco deseo autorizar la pereza, y la de-
•jacion, con pretesto de condenar la vanidad.

•Aténganse Vds. fielmente á una urbanidad decente. No hay que separarse á la derecha ni á la izquierda. Tengan Vds. mas cuidado de la limpieza, que del adorno. La atencion sobre esto no se opone á la virtud. Al contrario, yo miro la limpieza exterior como una prueba de la buena conciencia. Pero el grande anhelo por sobresalir es tan ridiculo y peligroso, que no concibo como con él puede quererse hacer creer que se tiene solidez y juicio. •

Como aquella buena madre no tenia fin ni cabo quando empezaba á hablar sobre esta materia, he de referir á Vds. lo que nos decia en otra ocasion. •Ahora que Vds. están, hijas mias, en el colegio, el traje, que Vds. llevan, no tiene cosa que pueda escitar demasiadamente su vanidad, sin embargo de que este vicio pueda mezclarse con la tela mas modesta, independientemente del oro y del bordado. Pero, cuidado en lo sucesivo, particularmente Vds. las que se destinan para el siglo! cuidado, repito, con que se separen jamás, en quanto al vestido, de esta bella virtud que es el mejor adorno de las perso-

•nas de nuestro sexo! Dios libre á Vds. de entre-
 •garse á esas modas escandalosas, mas propias
 •para destruir la reputacion, ó á lo menos para
 •hacerla equívoca, que para atraerse la estima-
 •cion de las gentes de probidad. No hay cosa de
 •que deban Vds. huir con mas horror. Confieso
 •que no alcanzo, cómo hay quien se atreva á
 •presentarse en público con poca modestia. El ru-
 •bor debe inspirar tal retentiva á las mugeres,
 •que teman mas, atraerse una mala mirada, por
 •la profanidad de su trage, que un escopetazo ó
 •una puñalada. Tal vez se persuadirán Vds, á que
 •esta comparacion está exagerada; pero no temo
 •decirlo. El mal que se comete, y que se dá oca-
 •sion á que cometan los otros, es una herida
 •profunda, que se hace en su alma, mucho mas
 •funesta que la que haria un puñal clavado en el
 •pecho..

El aseo, que nos encargaba tambien la madre
 Sor Gabriela, era una de las buenas cualidades
 de Adelaida, y probaba al mismo tiempo la per-
 feccion de su juicio y la rectitud de su corazon.
 Porque, como decia muy bien aquella ilustre ma-

dre, «el cuidado que tiene una señorita de andar limpia, me hace creer que le estiende hasta su misma alma; y su exterior es para mi una señal de la limpieza de su conciencia.» Cuando menos este es un mérito de que debe picarse toda solterita. El se hallaba completamente en Adelaïda, y junto con sus demás virtudes nos la hacia mucho mas amable. En ella no había ninguna afectacion ni figureria, sino que todo era sencillo y natural; y esta amable sencillez la daba mas gracias de las que hubiera podido recibir de todos los lujosos adornos que ha podido inventar el arte para hermosear á una muger. Acuérdome que cuando yo la veia con aquella compos-tura noble que ella tenia, con aquella retentiva y aquella modestia, todo esto con un vestido siempre limpio, con una ropa interior muy blanca, y con un peinado gracioso, algunas veces me llevaba tanto los ojos que mi respeto por ella igualaba á mi amor.

Aquella misma limpieza de ropage se notaba tambien en todas sus cosas. Jamás se veia alguno de sus muebles estraviado. Cada cosa estaba en su

puesto y en un orden maravilloso. Un día (ya estábamos en la tercera clase) la dije entrando en su cuarto; «todo está aquí muy á compás. Nada hay que dé en rostro; bien se echa de ver que V. estima mucho la limpieza.»—Confieso á V. me respondió, que si no la quiero tanto, que pueda compararla con una virtud, á lo menos detesto la porqueria. Yo no podría estar en un cuarto donde mis trastos estuviesen amontonados unos sobre otros, ó repartidos por todos lados: así, como que me sofocarían. Arreglándolos como se debe, me hallo desahogada; no se echan á perder, y reina la limpieza. Además cuando necesito alguna cosa, la tengo muy á mano, porque en cuanto me he servido de ella, la vuelvo á dejar en su puesto.»

Esta exactitud de Adelaida debe servir á Vds. de instrucción. Yo no puedo estimar una colegiala, poco exacta en este particular: ¿Qué pensaría de ella, si cuando entro en su cuarto, lo hallo todo desarreglado: si no puedo sentarme en una silla, sin que haya que quitar algún trasto, ó si cuando ella misma necesita algún pañuelo, es

fuerza que lo esté buscando largo rato, y que no pueda encontrarle sino debajo de un monton de justillos, y de cubiletes; revuelto todo por los rincones? En tal caso, no diria yo, sino que es una descuidada, y que bastaria retratarla, para hacer el simbolo perfecto de la pureza. Todavia he de decir á Vds. y disimularán mi pesadez, lo que la madre Sor Gabriela nos decia sobre esto. •Las señoritas, así hablaba, que no se acostumbran con tiempo á arreglar lo que está á su cargo, •prometen muy poco para lo sucesivo; porque si •ahora, que todos sus cuidados se limitan á conservar cuatro mueblecillos, no cuidan de tenerlos en orden, ¿qué harán cuando establecidas en el siglo, y cargadas tal vez de mucha familia, •tengan que prestar toda su atencion al arreglo de los negocios domésticos? El mal hábito que •hayan contraido, durante su juventud, prevalecerá sobre la obligacion, y lo dejará todo en el •desórden y la confusion. ¡Ciertamente que esto •hará mucho honor á una madre de familia!•

Ya es tiempo de que yo haga entrar á Adelaida en la tercera clase, donde tuve la felicidad

de seguirla como buena compañera. Pero antes de llegar á esto, quiero hablar á Vds. del viage que hizo á Madrid, y de la conducta ejemplarísima que tuvo allá, al lado de la condesa que la servía de madre. Las dos estábamos haciendo labor cuando se la vino á decir que la madre Sor Gabriela tenia que hablarla. Inmediatamente se plantó en su cuarto, pues su obediencia era muy pronta. La madre la entregó una carta de la condesa, donde la decia que se dispusiese para partir dentro de un mes. Esta dilacion era precisa para darla el tiempo de que se hiciese ropa, propia para la corte, pues la condesa tenia que presentarla á la reina. La madre Sor Gabriela, á quien aquella señora habia tambien escrito, se encargó de todo esto; y aun me acuerdo que al probarla una bata la dijo en chanza: «¡ahora si que está V. bien vestida! ¿Qué tal? ¿Encuentra V. que sabe bien el esta asi? ¡Buena diferencia hay de este traje al de colegiala! ¿Qué dice V. de esto, mi querida Witsburi? Adelaida se echó á reir. Que me pierdo, dijo ella, en el laberinto de todo este aparato. Con esto habia para vestir

•bien á tres doncellas pobres; pero pues que es
 •preciso llevar este pesado yugo, sufrámoslo con
 •paciencia, porque aseguro á Vds. que para mi
 •esto es una esclavitud.=Tiene V. razon, repli-
 •có la buena madre, pero el mundo se ha abro-
 •gado el derecho de sujetar las gentes á ciertas
 •modas incómodas, y con lo mismo se hace de
 •ellas sus esclavos; la verdadera libertad es para
 •los hijos Dios. •

La condesa llegó aqui al tiempo señalado, y lo halló todo bien dispuesto por la esactitud de la madre Sor Gabriela. No hablaré á Vds. sobre lo que pasó en el instante en que se vieron la condesa y Adelaida. Viendo aquella señora lo mucho que habia crecido, desde que la habia perdido de vista, se echó á llorar, acordándose de su madre, á quien se parecia en un todo, y se quedó sin poder separar su boca de la de su hija de adopcion, regándola tambien con sus lágrimas y sin poder hablar. Adelaida por su parte no lloraba menos, á causa de su agradecimiento, de su alegría y de su ternura. La madre Sor Gabriela y yo nos enternecimos igualmente. Ambas llorá-

bamos por sentimiento, y no por monada, pues aseguro á Vds. que yo estaba penetrada de aquella escena.

La vispera de su partida la madre Sor Gabriela cogió á Adelaida en su cuarto. Yo que estaba alli quise retirarme para que pudieran hablar con libertad: pero no me lo permitieron, y presencié los avisos que la dió aquella digna madre. «Ea •hija mia, la dijo, ya va V. á dejarnos, ¿será para siempre?» Adelaida se quedó sorprendida, y su rostro se cubrió de palidez. «¡Pues qué! señora •¿la ha dicho á V. algo de eso mi señora la •condesa? Yo he creído siempre volverme á los •dos meses á lo mas. No, nada me ha dicho, la •respondió la madre, pero qué se yó si cuando se •vca V. en medio del siglo, se olvidará de este •colegio. Se forman muy buenas resoluciones •cuando se está distante del mundo; pero cuando •se está en él, desaparecen, y el encanto de sus •vanidades ofusca en términos que ahoga los •buenos propósitos.

•Verdad es, dijo Adelaida, que soy mas débil •que otra cualquiera: sin embargo, siento en mi

• si no me engaño, una firme resolucion de no de-
 • jarme arrastrar del espiritu del siglo. A pesar
 • del amor que profeso á mi señora la condesa
 • por lo mucho que la debo, confieso á V. que es-
 • te viage no lo hago tanto por mi gusto, como
 • por obediencia á su voluntad. Yo no tengo nin-
 • guna aficion por las delicias de la corte. A mi
 • me lisongea el honor de presentarme á la reina.
 • Tal es la disposicion actual de mi corazon. Es-
 • pero que Dios me concederá la gracia de man-
 • tenerme en este modo de pensar. No ceso de
 • pedirselo asi por la intercesion de Maria San-
 • tisima, y confio en que V. me ayudará tambien
 • con sus santas oraciones.

• De cuánta satisfaccion me sirve el oir á V.
 • hija mia, la dijo la buena madre abrazándola
 • con arrebató! Dios no desamparará á V., pues
 • que ha puesto V. en él su confianza, y enviará
 • su ángel que siga los pasos de V. para que con-
 • serve los mismos sentimientos de virtud en me-
 • dio de la corrupcion del siglo. La casa de la
 • condesa de la Verda es una de las de mejor con-
 • dueta en Madrid. No temo por lo mismo mien-

•tras esté V. en ella, pues que no verá sino buenos ejemplos: pero viéndose V. precisada á presentarse en la corte, este homenaje acarreará otras obligaciones de atencion. Entonces es cuando debe V. poner el mayor cuidado, á fin de no perder el espiritu de devocion que ha procurado V. adquirirse aqui.

•No hay cosa que yo mas tema que la primera vez en que una colegiala se presenta en el mundo para quedarse en él para siempre. Aun no está V. en este caso, gracias á Dios, pues que se tiene que volver aqui pronto; pero cuando una doncellita sin esperiencia hace su primera entrada en el mundo, los objetos seductores la rodean para distraerla y encantarla, de modo que comparados con la sencillez de su colegio es digna de admiracion, si no se enreda en ellos como la avecilla en las redes. Aunque no haya amado la vanidad estando encerrada en su colegio; aunque en él haya concebido los mayores sentimientos de virtud; aunque haya formado la firme resolucion de servir á Dios toda su vida, y se haya propuesto las reglas mas escrupulosas

• de conducta para vivir cristianamente; todo es-
 • to promete mucho á la verdad; sin embargo
 • ¿qué es lo que sucede? Se presenta en el mundo,
 • éste la ciega, y ella empieza á tomarle el gusto.
 • Poco á poco su corazon va haciéndose sensible
 • á los elogios que se la dan sobre su ingenio, so-
 • bre su persona, ó sobre otras mil circunstan-
 • cias frívolas que tiene, ó la atribuyen por adu-
 • lacion. El amor propio se apodera de ella. En
 • tonces las buenas resoluciones se disipan, los
 • ejercicios de devocion se omiten, y prontamen-
 • te se les olvida en un todo. Varias diversiones
 • de tertulias, juego, baile, teatro, etc. se susti-
 • tuyen á la práctica de las buenas obras, y vean
 • Vds. aquí á esta señorita tan prudente y devota
 • cuando era colegiala, constituida absolutamente
 • mundana como otras muchas. ¡Oh, qué paso es
 • tan peligroso la entrada de las solteritas en el
 • mun lo! ¡para cuántas de ellas ha sido muy fu-
 • nesto! ¡dichosas y mil veces felices, las que han
 • tenido bastante firmeza para no dejarse arreba-
 • tar del torrente!

He contado á Vds. esto, hijas mías, porque

conozco que puede servir las de instruccion, que
 las sea algun dia muy útil. En la última leccion
 que la madre dió á Adelaida la dijo: «encargo á
 •V. muy particularmente que se confiese á me-
 •nudo como aqui, este es el mejor freno contra
 •la distraccion. No deje V. de rezar todos los dias
 •su rosario, de hacer una lectura espiritual, el e-
 •xámen de su conciencia, y manténgase V. en el
 •santo temor de Dios. Aun me falta un consejo
 •muy importante que dar á V. ¡Cuidado con el
 •embajador de Inglaterra! (Como esta buena ma-
 •dre presentia lo que debia suceder, y conté á
 •Vds. ya), pudiera muy bien verificarse que él
 •se empeñara en querer inspirar á V. que se vol-
 •viese á su patria; pero no olvide V. jamás lo
 •que la encargó su difunta madre próxima á es-
 •pirar: las palabras de los moribundos son sagra-
 •das, las de una madre de tanto mérito deben ser-
 •vir á V. de regla, con preferencia á cuantas pro-
 •mesas lisongeras pueda hacer á V. la corte de
 •Inglaterra. Abracémonos hija mía ahora: yo
 •quiero que nos despidamos en este instante,
 •pues no pienso ver partir á V. mañana, por-

«que mi corazon no podria sufrirlo.»

Habiendo Adelaida llegado á Madrid, no se descuidó en participar sus noticias á la madre Sor Gabriela. Ella la escribió varias cartas, y me hizo tambien el favor de dirigirme algunas. Su modestia no la permitió manifestarnos aquellas cosas que la hacian mas honor. Ella aseguraba solamente á la madre el cuidado con que seguia sus buenos consejos; todo lo demás se reducía á espresiones de cariño y confianza; pero la condesa de la Verda nos dió parte de cuanto la ocurría. Por la misma supimos tambien las proposiciones del embajador de Inglaterra, y la respuesta que le dió Adelaida. Oigan Vds. lo que aquella señora nos escribió sobre esto: esta relacion acabará de instruir á Vds. sobre su conducta hasta que volvió al colegio.

•Ya hemos cumplido, mi querida madre, con
•las obligaciones de la corte. La duquesa de Medina Sidonia y yo hemos presentado nuestra inglesita á la reina. S. M. se dignó recibirla con la
•bondad que nos esperábamos. Ya sabia lo que
•la colegialita habia respondido al embajador, y

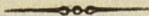
• la dijo estas mismas palabras; *me alegro de que*
 • *hayas preferido la España á la Inglaterra.*
 • *Las promesas que te han hecho desde Londres,*
 • *se cumplirán en Mabrid. Yo te estimo, y soy*
 • *bastante poderosa para hacerte una fortuna tan*
 • *grande como pudiera otra cualquiera.* La du-
 • quesa de Mendoza me ha contado tambien, que
 • la dijo la reina, que habia quedado muy conten-
 • ta de ver á la señorita de Witsburi; que hacia
 • honor seguramente al monasterio de Santa Eu-
 • genia; y que si la princesilla de Santa Fé apro-
 • vechaba otro tanto, saldria completa. Esto, se-
 • ñora, debe ser muy alhagüejo y glorioso para
 • Vds. pues que es obra suya. Tambien la hemos
 • presentado á SS. AA. la princesa de Asturias, y
 • las infantas, y por todas partes se ha llevado la
 • atencion; de modo que las infantas me han
 • hecho decir que querian volverla á ver antes
 • de que se marchase. En fin, señora, su discípula
 • ha desempeñado con tanta gracia todas estas vi-
 • sitas, que parecia que habia vivido siempre en
 • la corte. Su modestia; el sencillo rubor que se
 • asomaba á su rostro; el aire afable y sério al mis-

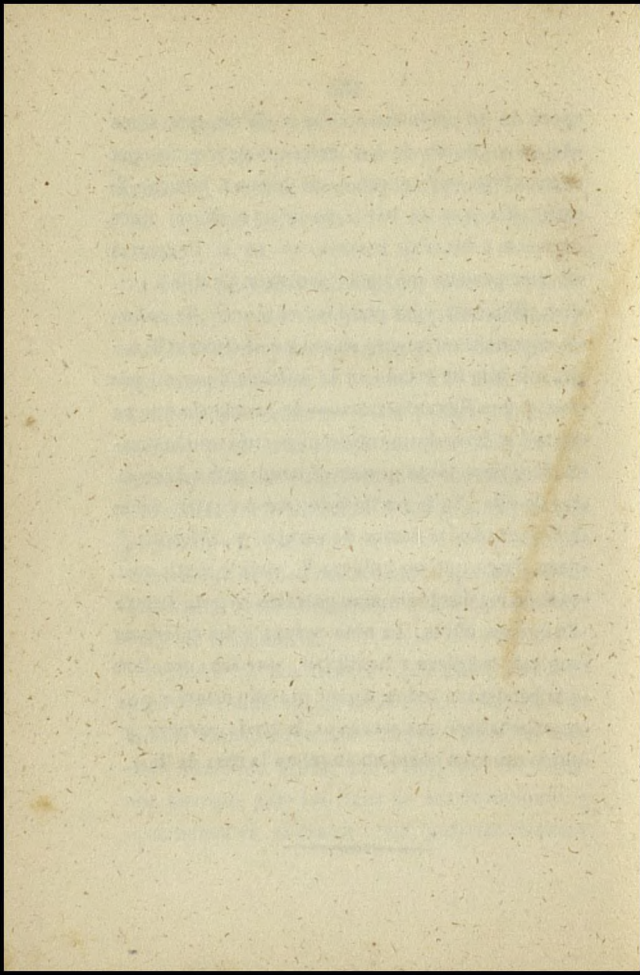
•mo tiempo; su amable presencia, y su porte
 •suelto y respetuoso se han atraído la atención
 •general y el afecto de todas las damas. Todas se
 •han apresurado á venir á darme la enhorabuena.

•Yo no sé como mirará Dios todo esto: pero
 •mi amor propio se ha visto muy lisongeado, y
 •necesito del mayor cuidado para no entregarme
 •á la vanagloria. Por lo tocante á la niña parece
 •que no haya pecado en Adán. Ninguna parte ha
 •tomado su corazón en las muchas lisonjas que
 •ha oído. Ella ha cumplido con los actos de la
 •urbanidad por obligación únicamente; y lo que
 •he notado es, que no ha proferido ni una sola palabra sobre el buen recibimiento que ha debido
 •á todos: al verla hoy, parece que se le haya borrado de la memoria.

•Ahora ya nos tiene V. con tranquilidad en casa. La conducta que tiene en ella es la misma
 •que si estuviese en ese colegio. Siempre á mi lado haciendo labor, me acompaña, sin dárme
 •me mas que para los ratos de sus devociones, y
 •aun nunca va al oratorio sin pedirme licencia;

• pero de un modo tan atento y afable, que si me
 • dejase yo llevar de los arrebatos de alegría que
 • siento, me parece que haria alguna locura. El
 • otro dia que se habia despedido de mi para
 • entrarse á rezar su rosario, no sé si llegaria á
 • oirme; pero no me pude contener, y dije á gri-
 • tos: ¡Dios mio, qué preciosa criatura! ¡De cuán-
 • to consuelo seria para su madre si viviera! Mi hi-
 • ja, á la que he criado en la inocencia por mi mis-
 • ma, y que lleva cuatro años de casada sin que su
 • virtud se haya desmentido, ni por un solo instan-
 • te, la quiere tanto que no sé como se ha de sepa-
 • rar de ella. Ya la ha llevado tres ó cuatro veces
 • á la junta de las damas de caridad y al hospital;
 • pero juzgo que no hubiera V. podido distinguir
 • enal de las dostenia mas práctica en esta suerte
 • de buenas obras. La niña servia á los enfermos
 • con tal limpieza y habilidad, que los consolaba
 • y la bendecian todos. Aquel pia loso exterior que
 • acompañaba á sus servicios la hacia parecer, y
 • que la mirasen como un ángel en la casa de Dios.





TERCERA PARTE.

La ausencia de Adelaida dejó el colegio en una especie de soledad, á que no podíamos acostumbrarnos. La echábamos de menos por todas partes. Hasta nuestros mismos recreos eran sin ella inspidos y frios. Continuamente estábamos importunando á la madre Sor Gabriela para que nos dijese cuando vendría. Ya en fin se verificó su vuelta; y nuestra ánsia por abrazarla fué muy

correspondiente á la suma alegría que nos causó su feliz arribo. Tres dias hacia que habia cumplido sus quince años de edad: por consiguiente la querian hacer pasar á la tercera clase; pero rogó ella misma á la madre Sor Gabriela que la dejase estar un mes mas en la segunda, á fin de desquitarse del tiempo que se habia visto privada de la amable sociedad de sus compañeras. Tal era la bondad de su corazon; unida con aquellas colegialitas por los nudos de una inocente y fina amistad, no creyó deber separarse de ellas sin darlas todavia esta prueba de su afecto y atencion.

Advirtamos que las colegialas de la tercera clase no están sujetas á las mismas reglas que las otras. Ya no se las trata como á unas niñas, cuyos pasos necesiten de una continua direccion. Se supone que unas señoritas de quince años que recibieron unos buenos principios de educacion. deben tener suficiente juicio, y el buen deseo de ponerlos en práctica, sin necesidad de una vigilancia rigurosa de parte de sus maestras: mucho mas, porque hallándose aun en el colegio, no es-

tán espuestas á las ocasiones peligrosas del mundo. Asi, el tránsito desde la segunda á la tercera clase, da cierto ensanche á las señoritas, del cual tampoco deben abusar, porque por otra parte tampoco dejábamos de velar sobre ellas bastante, á fin de que no se relajasen, á cuyo efecto nos valíamos de las advertencias mas prudentes, reservándonos por último arbitrio el entregarlas á sus padres, si ellas desprecian nuestros avisos.

Su estado tiene pues el medio entre el de la infancia, en que reina la correccion, y aquel en que se deja el colegio para entrar en el mundo. No se tiene ya todo el rigor que en el primero, porque siendo doncellas adelantadas, no estaria bien el castigarlas como cuando niñas y con este ensayo de libertad, de que no debe usarse sino para dar por si mismas el último toque de perfeccion á la educacion recibida, se preparan para hacer un buen uso de la entera libertad que adquieren al entrar en el mundo.

Ni fué esta abolicion de las reglas de las colegialas menores la que sedujo á Adelaida. Ella era muy amante de la dependencia y subordina-

cion, porque á fuerza de estar sometida á la voluntad de sus maestras habia perdido de algun modo el gusto de la suya. Lo que mas la agradó fué el tener su cuarto particular, donde estuviese mas á su arbitrio para poder entregarse sin testigos á los ejercicios de devocion; cuyo nuevo plan se habia ella formado mientras estuvo en Madrid,

Yo la acompañé cuando entró en su nuevo cuarto con la madre Sor Gabriela. La primera cosa que hizo fué incarse de rodillas delante de un crucifijo que alli habia, para pedirle la gracia de que bendigese su primera entrada en su habitacion, y la de que sirviera fielmente á su divina Magestad todo el tiempo que la ocupase. La madre Sor Gabriela no podia contener la alegría de su corazon, al ver á su discípula hacer tan pronto aplicacion de los buenos principios que la habia enseñado, y yo misma estaba tambien edificada de su buen ejemplo. Luego se alzó Adelaida y dijo muy contenta á la buena madre. «Señora, pues que me ha puesto V. ya en el número de las grandes señoritas: ¡no me tratará V. en lo suce-

sivo como á las pequeñas!—Eso es muy justo, respondió la madre sonriéndose, ya no obligaré á V. á que se ponga de rodillas en medio de la sala, aunque haga mal sus labores; me contentaré únicamente con exhortar á V. para que las haga mejor.—No quiero decir eso, señora; perdóneme V. pues me he explicado mal: siempre recibiré yo con igual sumision las penitencias ó los avisos; me creo con derecho de poderme considerar hija de V., pucs que hasta ahora ha tenido por mí la ternura de una madre. Pero quise decir anteriormente, que mientras estuve en las otras clases, no me permitia V. tantas meditaciones y buenas obras, y que ahora me las podría permitir, como á una señorita grande que debe aumentar sus prácticas de religion, asi como ha crecido en edad, y tal vez en juicio.

El corazon de la madre Sor Gabriela se desmayaba de júbilo al oirla hablar asi. ¡De qué dulce consuelo debe ser para una maestra el ver á su educanda con tan buenas disposiciones! La petición de Adelaida era demasidamente justa para que no fuese bien recibida; pero la madre, que

conocia el ardor de su celo, temia siempre no la arrastrase mas allá de los límites permitidos: ella la concedió algo, pero salvó los derechos de la discrecion. •Conformémonos sobre esto de comun acuerdo, la dijo ella, mi querida Witsburi. Aunque nos oye esta señorita (esto era por mi) no debe sernos sospechosas; si V. quiere, este asunto quedará decidido ahora.—Yo no quiero mas que obedecer (respondió modestamente Adelaida) pero ruego á V. que haga y tenga mas atencion por mis necesidades, que por su propia bondad: me temo que á fuerza de tener tanta consideracion por mi salud, deje V. de tenerla por mi alma. Yo sé que la intencion de V. no es la de impedirme la santificacion; pero es V. tan buena que me parece que lo es ya con demasia por lo tocante á la conservacion de mi cuerpo. •

•Conozco muy bien, respondió la madre, que V. tiene muy buena salud: y su complexion, aunque al parecer delicada, puede sobrellevar unos ejercicios mas considerables que los que V. hacia antes. Sé además que V. puede tener un dia de retiro de tres á tres meses.—Diga V. de dos á

dos, la interrumpió diciendo Adelaida, y no tendré mas que hablar.=Pues bien, vaya, dijo la madre, quedamos en eso.=Pero digo, replicó Adelaida, que esto es sin perjuicio del retiro espiritual del año, que deberá ser como antes de ocho ó diez dias.=Atengámonos á lo dicho, volvió á decir la madre, cuando venga ese tiempo nos arreglaremos prontamente sobre este último artículo. V. descanse que yo no quiero mas que verla muy virtuosa. •

Yo oia todo esto con la mayor atencion, y admirándome del fervor de mi amiga; pero yo estaba viendo interiormente que no faltaba alli que hacer, y que no habia ella de estar holgando. A los principios no quise decirla nada de esto: dejé pasar una semana para que me respondiese con conocimiento, despues de que ella lo hubiese visto por propia esperiencia. • Confiéseme V. la verdad, la dije entonces. V. debe estar ahogada con tanto ejercicio. El oficio entero de Nuestra Señora, meditaciones, adoraciones, lecturas y retiros ¿con que V. se pasa todo el dia en oracion? V. ha de sofocarse precisamente. •

•Nada menos que eso, me respondió ella, á mi no me falta tiempo, y tal vez me sobra. V. piensa que todo eso es de tanta ocupacion porque ha ido nombrando por retahila todos esos ejercicios. ¿No podriamos decir que en su ejecucion los unos dependen de los otros, lo mismo que cuando se los nombra de seguida? Cada cosa tiene su tiempo, y de la una á la otra hay unos intervalos tan considerables que me dejan lugar para poder hacer otras muchas obras. Mis labores de manos continuan como antes. Mi descanso es el mismo, el tiempo de recreo y de lectura tampoco es mas corto. Todo se hace despacio, cuando se hace en su propio tiempo. Con esto sucede como con los vestidos que se ponen en un guardarropa; si se les arregla alli con órden, ocupan muy poco puesto; pero necesitan el doble si se les tira con desarreglo. •

•Lo mismo podemos decir de los ejercicios devotos. Si V. se los representa por mayor, y sin el órden que en ellos debe observarse, parecerá á V. que deben tragarse todo el tiempo; pero haciéndolos en las horas señaladas dejan muchos

especios de tiempo para los demás asuntos.»

•Tiene V. razon, la dije yo, y como que me va inspirando aliento para que pruebe yo á hacer otro tanto como V.; menos el retiro de dos á dos meses, pues me parece que basta uno de tres dias al año.=¡Oh! me dijo ella, ¡qué pusilanimidad! Ya veo que V. no conoce bien sus propias fuerzas. Solo con que quisiese V. emprenderlo, hablaría ya de otro modo. Mas, ofrezco á V. que lo hagamos juntas, y si admite la propuesta, empezaremos el domingo siguiente.=Qué ligera es V. la respondi yo. No me admiro de que V. camine tan velozmente por las sendas de la perfeccion. Apenas forma V. un proyecto cuando pone manos á la obra: todo lo lleva de seguida. V. no dá el tiempo de respirar entre la determinacion y la ejecucion. Si yo me empeñára en seguir á V. me haria perder el aliento; no somos todas fervorosas Adelaida.»

Si ella se hubiera atrevido, me parece que me hubiera puerto la mano sobre mi boca para hacerme callar, porque yo la alababa: se contentó únicamente con sonreirse, llamándome pica-

rilla; y no insistió ya en quererme persuadir á que hiciese con ella el retiro. Por lo tocante á ella misma, puede asegurarse que él era su elemento; no hay duda en que se alimentaba con estos diferentes ejercicios de devocion como con un maná delicioso. Ella encontraba en su retiro espiritual una paz y un consuelo que no podria yo esplicar.

¡Qué feliz es la criatura que se entrega á Dios con todo su corazon, como lo había hecho la incomparable Adelaida! Retirada en su cuarto, ocupando su tiempo en sus labores, en lecturas y en los ejercicios de devocion; con su conciencia inocente, fijó todo su gusto en Dios, sin tratar con las otras, mas que por politica ó por caridad: no habia en el mundo ningún bien que pudiese compararse con la felicidad que disfrutaba; pero la senda de los justos tiene tambien algunos pasos dificiles. Serian muy dichosos si pudieran andarla sin tropiezo. Aunque su virtud entonces no se consolidaria tanto. Es preciso que se les pruebe, asi como se poda la viña para fertilizarla, ó se prueba el oro en el fuego.

Así la virtud de Adelaida tuvo que sufrir algunas pequeñas pruebas; verdad es que no sirvieron sino para darla mayor resplandor y aumentar su mérito á los ojos de Dios. La primera que experimentó, la vino de parte de algunas de sus buenas compañeras. Adelaida, tan amada en la segunda clase, no habia tenido amistades tan estrechas con las señoritas de la tercera. Allí sabian únicamente, que era muy devota, y que su ejemplo habia animado á las otras, infundiéndolas un gran fervor. En lugar de darse estas el parabien porque la tenian entre ellas, hubo algunas á quienes hizo sombra, como si porque pasase á su clase se temiesen que ella habia imaginado su reforma.

¡Qué poco conocían su modestia las que la atribuian semejantes ideas! Sea como quiera, despues supe por una de ellas que cuando la señora directora la presentó á ellas en la sala de comunidad, hubo hasta unas tres que se dijeron unas á otras: vean Vds. aquí una reformadora; pero si llega solamente á intentar el arreglarnos á su modo, se sabrá decirla claramente, que procure re-

redoblar su propio celo sin meterse á darnos lecciones. Por consiguiente, los primeros cumplimientos que se la hicieron, fueron ya bastante equivocados, y la política los produjo únicamente sin que el corazón tomase la menor parte.

Pero estas disposiciones se cambiaron prontamente, en cuanto llegaron á conocerla mas. Su dulzura, su cortesía, aquel humor siempre alegre é igual, aquella afabilidad con que procuraba complacerlas en toda ocasion, y su facilidad en ceder á todas, sin querer jamás que valiese la suya, todo esto desarmó tanto los ánimos, que ya no hubo quien dejase de hacer justicia á su mérito. Ya no se contentaron con su amistad. Empezaron inmediatamente á respetarla, y las mas de ellas á entregarla su confianza. Adelaida llegó á ser la depositaria de sus secretos, y la hablaban con tanta sinceridad de corazón como puede tenerse con la mayor amiga.

Esta primera contradicción, aunque de poca duración, fué como el preludio de otra, mucho mas penosa, donde no se necesitaba menos que una virtud tan sólida como la de Adelaida; para

dejar de entregarse á la impaciencia, y para evitar unas grandes discordias. Será muy útil que yo hable á Vds. de esto por menor.

Vds. saben que entre los artículos de nuestros estatutos, uno de ellos manda que no se reciban en este colegio señoritas que hayan cumplido los doce años. La esperiencia nos enseña el riesgo que hay en ponerlas entre otras á quienes se ha procurado educar bien. Aunque suceda el que se reciba alguna de ellas, que tenga moralidad, es muy espuesto el dar con alguna, que carezca de ella, y así como una oveja sarnosa es capaz de infestar todo un rebaño, tambien una persona pervertida pervierte fácilmente á otras muchas. Se suele recordar tarde para aplicar el remedio, y el mal ha hecho ya sus progresos, aun antes de que sea conocido.

El caso sucedió en mi tiempo, y nos confirmó mas y mas en la firmeza con que debemos observar nuestro estatuto.

En una ciudad, que no debo nombrar, había una señorita de una de las primeras casas del reino, cuya madre era muy virtuosa, y queria edu-

carla en nuestro colegio. Su marido, cuya cabeza estaba llena de ideas mundanas, persuadiéndose fácilmente á lo que cuentan varias relaciones que impugnan nuestro método de educacion, se temió que su hija no la recibiese aqui de un modo suficiente á la grandeza de su nacimiento, y quiso que se criara en un monasterio no reformado cuya abadesa era tia suya. Su muger, que previó las terribles consecuencias, no omitió diligencia alguna para contener el golpe; pero no estando, absolutamente en su mano, tuvo que ceder.

Lo que ella se temia sucedió al pié de la letra. Llevóse allá á la señorita, cuando solo tenia como unos ocho años. La abadesa, muy anciana, no pudo encargarse por si misma de su educacion, y se la confió á una jóven religiosa, por quien tenia la mayor consideracion; pero que aunque era muy buena señora, estaba asociada con otras de su edad, entre las que habia una que tenia de todo, menos del espiritu de su estado: ésta era una de las de esta especie de vocaciones, que llamamos de razon de estado, la cual procuraba desquitarse del fastidio de su forzada clausu-

ra, por medio de todos los entretenimientos esteri-
ores que podia procurarse, y que sin embargo
no la servian de mas que para hacerla su estado
mas penoso, y menos llevadero. La inaccion de
la abadesa, y la estrecha amistad de la jóven
maestra con esta religiosa causaron la pérdida
de la señorita, de que hablamos; ella trató con
igual intimidad con la misma religiosa, y las im-
presiones que recibió fueron tan funestas para
su alma que antes de que cumpliese sus doce años
estaba mas diestra que si hubiese leído una biblio-
teca de novelas, y no ignoraba el menor de los
resortes, que sirven para conducir una intriga
hasta el estremo.

La buena abadesa, mas ciega por su amor
propio que por su mucha edad, llegó á ver muy
tarde las malas inclinaciones de su sobrinita. Sin
embargo de que no fuese esta superiora un gran-
de modelo de moralidad, tenia aun bastante pro-
bididad y conciencia para no autorizar á lo menos
un mal tan grande, aunque todavia no conocia
ella toda su estension; mas á pesar de esto, no
creyendo fácil el remedio, y temiendo que se hi-

ciera enteramente incurable, escribió á su padre para que la sacase de allí sin perder un instante.

Este señor, corrido por no haber cedido á los primeros sentimientos de su esposa, procuró minorar su confusion, dejándola una entera libertad para que reparase su falta. Ella se esforzó en efecto para lograrlo del mejor modo posible; pero fué bien á costa de nuestro colegio. Como ella sabia nuestros usos, y costumbres, temió el esponerse á que la cerrásemos la entrada. Para evitarlo, se valió de una prima hermana suya, muy favorecida de la reina, y la rogó que venciese nuestra repugnancia. La conclusion de esto fué, que escribieron ambas á nuestras madres por el mismo correo, á fin de que juntas sus razones fuesen mas fuertes y menos sin réplica.

El primer efecto que produjeron en los ánimos de la madre abadesa, y de la Sor Gabriela, fué el de asustarlas terriblemente. Ya veian ellas las fatales consecuencias de semejante admision que iba á abrir gran brecha en nuestro instituto, y á empezar la obra fatal de su relajacion, ó tal

vez de su ruina, si se llegaba á abrir la puerta. En este apuro juntó la abadesa á las religiosas, y todas las maestras de las clases para que dieran su dictámen; y la resolución se redujo á decir, que la madre abadesa suplicase al señor obispo que determinára el punto, aquietándose la comunidad con lo que su ilustrísima resolviera.

Este respetable prelado, hombre prudente é instruído, examinó con madurez el asunto; y viendo que era imposible resistírse á la autoridad de los parientes de la señorita, fué de parecer de que era preciso recibirla por tres meses, á fin de experimentar su conducta, despues de los cuales si se juzgaba difícil su enmienda, se suplicaria á la madre que se la llevára. •Vds. saben (respondió su ilustrísima á nuestras madres) el mucho crédito que tiene en la corte la duquesa de N. No esperen Vds. á que una órden superior las obligue á recibirla. A esto vendremos á parar, si nos negamos ahora; con mas, que ya no tendrán Vds. la esperanza de poderla despedir, cuando la autoridad real la haya entregado á Vds. Quedémolos con un arbitrio para reparar el mal, que ella

pueda causar en esa casa, pues que no puede evitarse. Respondan Vds. á esas señoras, diciéndolas con mucha politica, que es su clase de muy alta gerarquia para que dejen Vds. de usar de distincion en favor de su hija; que si pudieran Vds. temerse el introducir un abuso con un ejemplo, no seria cuando se tratase de unas personas tan distinguidas, quemerecen siempre por la grandeza de su nacimiento que se las esceptúe de las reglas: que recibiran Vds. con gusto esa señorita por tres meses; en cuyo espacio de tiempo, si ella diese buenas esperanzas, la tendrán Vds. como á las otras, pero que si no se hallase medio para reformarla, las creen Vds. demasiadamente justas para que puedan exigir mas.

Esta respuesta, que se remitió á las dos señoras, fué recibida con grande satisfaccion; conformáronse con todo, y se trajo á casa la señorita. Como ella sobrepujaba á las demás por lo ilustre de su nacimiento, se fijaron sobre ella las miradas de las colegialas de la tercera clase (pues aun que mas jóven se la puso con las grandes). Todas se hicieron un honor de obsequiarla á porfia con

la mayor atencion, y concurrían á su lado á hacerla la corte. Estas distinciones suavizaron un poco la pena que ella tenia de no verse con tantos ensanches como los que disfrutaba en su pasado monasterio; y careciendo tambien de los entretenimientos de fuera, procuró desquitarse en el interior. Pero, ¡qué entretenimientos, Dios mio! Les he dado este nombre por prudencia, porque si hubiera yo de definirlos justamente, tendria que valerme de unas espresiones muy bajas. No la fué difícil el hallar entre sus compañeras algunas de un espiritu ligero é inconstante, y muy susceptibles de sus impresiones perniciosas. Ella las modeló á su gusto, y despues de haberlas fundido sobre su misma conducta, sacó unas cópias tan malas como el original.

A los principios se contentaron con ciertas distracciones: luego las inspiró el amor de la vanidad: y despues las disgustó de la devocion á fuerza de pintársela de un modo ridiculo. Ya no observaban la misma compostura durante la oracion, ni la misma modestia en las palabras en los ratos del recreo: en fin, la lectura secreta de las

novelas y las canciones amorosas acabaron la obra, y trastornaron la cabeza de estas pobres señoritas. Por grande que fuese la vigilancia de las maestras y particularmente de la señora directora para impedir el mal; se hacía con tanta destreza, que se lograba ocultarlo. La señorita, de quien vamos hablando, tenia un ingenio muy fino; era mas diestra para la ficcion y el artificio, de lo que podia pensarse en su edad. Su disimulo escondia profundamente sus tramas bajo de una politica la mas insidiosa. Ella aseguraba á cada instante á la madre Sor Gabriela, que aun cuando la conciencia no la obligase á seguir el buen ejemplo de las demás, miraria como una conducta, indigna de su nacimiento, el interrumpir la armonia de una casa tan bien reglada como la nuestra. Asi la engañaba, y cegándola con sus palabras, arrastraba mas seguramente á las otras señoritas hácia su mala inclinacion.

Sin embargo, la madre Sor Gabriela no se dejó engañar por mucho tiempo. Una madrugada llegó á notar que algunas colegialas habian introducido cierta moda en su peinado, que disminuía

su sencillez: esto la hizo sospechar, que aquello no se habia hecho de repente, y que habia alguna trama escondida. Ella quiso profundizar hasta el origen del mal; pero ¡Dios mio, quién pudiera esplicar á Vds. cuánto fué su dolor cuando lo conoció enteramente! Si no la costó la vida, fué porque Dios nos la quiso conservar por los ruegos de nuestra virtuosa Adelaida.

El medio, de que se valió para descubrir todo el misterio, fué el de llamar á parte á una de las colegialas, á quien el mal ejemplo habia ya seducido, y en la que conoció, por la agitacion que se manifestaba sobre su rostro, que estaba enteramente confusa por las acusaciones de su conciencia. Ella la cogió á solas en su cuarto; la habló con toda la afabilidad de una buena madre; la rogó por todo cuanto podia imaginar mas propio para mover su corazon: añadió á todo esto las lágrimas; y aquella criatura, que tenia por otra parte un buen fondo, no pudiendo sufrir mas, empezó á arrojar un torrente de llanto, é hizo una entera confesion de todo el mal que la nueva señorita habia hecho entre sus compañeras. Con-

vencida ya por la evidencia la afligida madre procuró contener los progresos del daño. Llamó también aparte á las otras, á las que pudo reducir fácilmente, manifestándolas por menor el conocimiento que tenia de su conducta secreta. En fin se dió aviso de lo que pasaba á los padres de la señorita, y tuvieron que enviar por ella.

Pero volviéndonos á hablar de Adelaida; no podría yo decir á Vds. lo mucho que tuvo que sufrir de parte de aquella mala persona, y el valor con que sostuvo sus asaltos. La señorita aquella conoció desde el primer dia la estimacion que nosotras teníamos á Adelaida, y ya no dejó de mirarla con unos ojos envidiosos, como al obstáculo que se oponia á la conquista que ella intentaba de nuestros corazones, ó como á una contraria de los designios que ella tenia de hacernos á sus máximas. Asi es que nunca oia hablar bien de Adelaida sin que procurase rebajar su mérito por algun correctivo artificioso: «Si; ella es muy devota, nos decia, y en esto es muy laudable, pero la verdadera virtud es tan rara, que nunca desconfia una bastante de las que se precian po-

seerla. Cuantas mas señales dan de ella, mas dudosas son las pruebas. Por lo comun toda esa esterioridad de devocion no es mas, que ciertos gestos estudiados. El beaterio no es mas que un velo que se echa sobre los defectos reales, para engañar al mundo, mientras que solo se merece su desprecio. Nunca se fien Vds. de esas jornaleras de la meditacion: Vds. las crerán muy ocupadas de Dios en sus oraciones, y ese es precisamente el tiempo que ellas emplean en repasar los defectos del prójimo: en lugar de pensar entonces en su propia reforma, no piensan mas que en engañar, ó en reprobar la conducta ajena: y sacando de su vilioso fondo las resoluciones malignas, todo el mundo tiene que probar despues su amargura. ¡Cuánto aborrezco yo las beatas, decia tambien, desde el ejemplo que he visto en la abadía de mi tia! yo no me fiaria mas de ellas aun quando mudáran en mi presencia un monte desde un parage á otro. Allí teniamos una señora que la habia dado por ser beata, y que queria que se la creyera sobre su palabra; pero su devocion se reducía á hacernos rabiar por mañana y tarde. No

podíamos ir al locutorio, sin que se apesadumbrá-
 ra, ni disfrutar del mas pequeño recreo, sin que
 viese en él dos mil pecados. Si yo bailaba, esto
 era para ella un crimen horroroso. Si se canta-
 ba, era un pecado enorme. Si trasnochábamos al-
 gunas en algun cuarto, la parecia que aquella
 era una asamblea de brujas. Un dia se me cayó
 por casualidad un librejo que yo tenia para en-
 tretenerme, porque tenia mil historietas, referi-
 das con mucha gracia, y que enseñaba en fin el
 trato de gentes. Por desgracia, venia ella detrás
 de mi, y en lugar de advertirme caritativamente,
 como deberia hacer una buena cristiana, se tiró
 de pronto al libro, que en sus manos llegó á de-
 clararse por una novela ponzoñosa, mas espues-
 ta que la caja de Pandóra, y capaz de inundar el
 universo de un diluvio de iniquidad. Vean Vds.
 la buena intencion de estas mogigatas; metió a-
 quella sobre esto tanto ruido, y me causó tal de-
 sesperacion, que yo hubiera querido clavarla un
 puñal en el pecho y sacudirme á mí otro golpe.

Todos estos discursos, declamados con arte y
 con cierto aire de confianza, produjeron insensi-

blemente varias preocupaciones contra la pobre Adelaida. Las colegialas que se dejaron seducir, empezaron á mirar su devocion como un beaterio despreciable. Dieron á los principios en desconfiar de ella, temerosas de que penetrase su secreto y le declarára á las maestras: su presencia las importunaba; su persona las disgustaba; su aire afable no era mas, segun su preocupacion, que cierta tentativa con que pretendia saber sus misterios para venderlas, publicándolos; ya no la miraban sin ceño, y aun evitaban su compañía con una impolitica disimulada.

Tenia Adelaida mucho talento para no conocerlo; pero deseaba el ignorarlo; y su buen corazon llegaba hasta darlas á entender, que no conocia sus modos é intenciones; pero se lastimaba en su interior, y cuando se presentaba la ocasion, procuraba servir las de un modo á que era poco acreedor el proceder de las mismas. Ella sostuvo con igual moderacion los choques mas molestos, cuando estos espíritus ligeros se declararon casi abiertamente contra ella; su afabilidad se sostuvo constantemente á pesar de los gestos de ellas, de

sus sátiras, de sus apóstrofes y de los traidores golpes que la sacudieron: jamás opuso á esto mas que el silencio, la politica, y la compasion. A la verdad que se fué separando de ellas disimuladamente, pero porque la pareció que las enfadaba su presencia. Nunca las habló, mas que delante de otras, para ahorrarlas el fastidio que las causaba su conversacion particular: pero tampoco era esto con aquel aire sombrío que demuestra el despecho, ni aun con la indiferencia que manifiesta, que está clavada la espina en el corazon.

Lo que mas me admiró es que jamás la oí la menor queja sobre esto, á pesar de la mueha confianza que la debí siempre: lo mismo sucedió á la madre Sor Gabriela, que hubiera podido aplicar el remedio. En una ocasion la di pié para que se explicára, y me respondió con estas cortas palabras: «dejemósla hacer lo que gusten; son mas acreedoras á nuestra compasion, que á ninguna otra cosa.» Y á proporcion de que yo insistia, manifestándola que la paciencia debia tener sus limites, y que ella se portaba como si fuese una estatua; me replicó: «no dejo de conocer, y aun

siento, el modo con que me tratan; pero ¿qué remedio? Ha de ser el de pagarlas en la misma moneda, ó el de una cristiana moderacion? Elija V. entre los dos; yo me remito al que su prudencia, la religion, y su conciencia dicten á V. Esta respuesta me cerró la boca, y acabé de comprender los muchos progresos que habia hecho Adelaida en el camino de la virtud.

Ni fui yo la única que lo conoció. La misma señorita que la habia suscitado todas estas contradicciones no podia ver su paciencia tan prolongada, sin admirarse. Tambien pasó desde la admiracion á la confusion, y desde ésta hasta el punto de tomar su defensa y hacer su elogio: la causa fué ésta en pocas palabras. Adelaida estaba sola en el coro rezando; la tal señorita que la vió cuando iba á entrar en él, quiso con algunas de sus compañeras acecharla para examinar si rezaba tan devotamente cuando estaba sola, como cuando la miraba la comunidad. Estuvo observando desde la puerta, y adelantando mas su locura, se entró con un aire suelto, y vino á decirle al oído para enfadarla: «inglesa esta tarde quiero

que vengas á jugar con nosotras. • Adelaida sin apartar la vista de su ejercicio cotidiano, la respondió en un tono bajo, pero firme á un mismo tiempo: «señorita, yo no he venido aquí desde Inglaterra para perder mi tiempo en esa clase de recreos que divierten á V. tanto: éste, en que ahora me ocupo, merece mas respeto y atencion que el que V. me proporcione. • Despues de esto continuó rezando con la misma tranquilidad que si no la hubieran distraido. La señorita conoció por esta flemática respuesta lo indiscreta que habia estado; ella se quedó como corrida, y volviéndose con sus compañeras, «¡caramba! las dijo, Witsburi tiene mas juicio que yo. Ciertamente que iba por su lana, y me ha trasquilado: con su airecillo de beata conoció la pesadez de mi chanza, y me ha vuelto las nueces al cántaro. •

Desde entonces ella la temia como á una muger de talento, cuya virtud la hacia mas respetable, por cuanto sacrificaba su defensa á su modestia, y un dia en que una de sus compañeras quiso empezar á hablar, mordiendo á Adelaida, ella tomó la palabra con una especie de viveza.

«Dejemos eso, la dijo, ella es seguramente virtuosa. Tengo varias pruebas de ello; y aunque no replica cuando se la acomete, no es por falta de talento, sino por su mucha virtud.» Estas contradicciones cesaron en cuanto la señorita salió del colegio, y no estando ya sus amigas sostenidas por ella se despertaron de su distraccion, asi como quien sale de un sueño. Vueltas entonces á su reflexion llegaron á conocer su conducta pasada, y mucho más el rubor que debia causarlas el haberse portado tan mal con Adelaida. Poco á poco se fueron acercando otra vez á ella, y no faltó ocasion en que la manifestaron su sentimiento por su antiguo proceder. Sin embargo, Adelaida no las dejaba hablar sobre esto. Su admirable afabilidad volvió á recobrar los derechos de estimacion y de amistad, que se habia adquirido sobre los corazones. La concordia serenó los espíritus y volvió á renacer la paz.

Diré á Vds. aqui para que sepan toda esta historia, lo que hizo la madre Sor Gabriela en cuanto partió la señorita. El orden de las cosas exigia que obrase ella con resolucion. Debía te-

merse que subsistiera el mal, á pesar de la ausencia de la que le habia causado: esta buena madre quiso arrancarle de raíz, sin que quedára la menor señal. Con esta mira hizo venir á su cuarto á todas las colegialas del pasado desliz, y las pidió tres cosas. 1. º Las novelas, comedias y demás libros de esta clase, que tenian escondidos. 2. º Las canciones amorosas, cuyas copias guardaban. 3. º Que digeran los sitios donde se metian para leer todo esto con plena seguridad.

Nunca la he oido hablar con mas firmeza. • Sé muy bien, las dijo, que aun tienen Vds. de esos libros y canciones. Al punto han de venir á mis manos, y espero que me digan Vds. inmediatamente donde tenian esas funestas tertulias que tanto daño han hecho á su alma. Ya oyen Vds. que me empeño en esto, y por cuanto hay en el mundo no he de dejar de ser obedecida. Si Vds. se niegan, lo haré saber á sus padres, y saldrán de aqui aunque se opusiera el mundo; quiero mas tener menos colegialas, pero que sean prudentes que el que siga aqui alguna, capaz de renovar mi afliccion. No hay que fiarse en mi bondad, pues

si supiera yo al cabo de un año, que faltaba algunas de Vds. á lo que ahora las pido, volveria á d'espertarse toda mi indignacion con la misma energia que en este instante.

• ¡Pluguiese á Dios que hubieran Vds. ignorado toda su vida hasta el nombre de esas novelas: de esas desgraciadas producciones de ciertos autores sin religion y sin rubor! ¿Qué podrian Vds. aprender en esas obras ponzoñosas, mas que el arte indigno de hacerse odiosas á los ojos de Dios y de deshonorarse en el mundo? ¿Hay en esos libros el menor indicio de la honestidad que debe ser tan indispensable en toda doncella? El amor profano es su principio, su argumento, y su fin. En ellos todo se dirige hácia un desenlace, cuyo pensamiento no puede sostenerse por la virtud, sin los infinitos resortes que la hieren. Desgraciadas mil veces las solteras que leen ni aun el titulo; la curiosidad las lleva prontamente mas adelante, y á pesar de los remordimientos interiores, sobrecogido el entendimiento por el gusto de los hechos que lo florido del estilo sazona, atrae el veneno al corazon, hasta que éste se pe-

netra, se infesta y se pervierte totalmente. Asi hablaba la madre Sor Gabriela, y con tal imperio que cada una de las colegialas, temiendo por si misma, se sometió á cuanto ella quiso.

No gozó Adelaida por mucho tiempo de la tranquilidad que la prometia el arrepentimiento de sus compañeras. Celoso el demonio de sus progresos, la suscitó otra prueba, mucho mas pesada, pues en efecto debe serlo para toda señorita que tenga honor y prudencia. Ella sostuvo la primera, con aquella invencible paciencia que sacaba su fuerza de su virtud; pero por el mismo principio combatió contra esta otra con mucha firmeza, y se armó contra ella de un horror muy laudable. Esta relacion que me contó la madre Sor Gabriela despues que murió Adelaida, servirá á Vds. de preservativo contra semejantes lazos, al mismo paso que las instruirá por su ejemplo sobre la conducta que debe guardarse en tales ocasiones.

Una de nuestras compañeras, que habia tomado aqui el velo, debiendo profesar, vinieron á la ceremonia sus padres en el dia señalado, y

con ellas un primo hermano de la novicia, al cual trajo á nuestra iglesia no tanto el espíritu de religion, como el deseo de ver á nuestras colegialas. Este jóven, gran lector de historias de galanteria, apenas entró en la iglesia, cuando rompió por entre el gentio para ponerse á la reja del coro y satisfacer su curiosidad. La volubilidad de sus miradas se fijó prontamente en la modestia encantadora de Adelaida; al punto le arrebataron sus ojos y se enamoró de ella.

El amor profano es una pasion funesta que cuando ha llegado á encenderse no es ya fácil el contenerla. ¡Desgraciados de los que se dejan apoderar de él! Este jóven fantástico formó en su idea el designio romancesco de escoger á Adelaida por su amante, y llegó su osadia á querer que ella lo supiese.

Era harto público que el franquear nuestros locutorios era tan difícil como si fuesen de unas religiosas descalzas. Las reglas que el estatuto prescribia sobre esto, eran tan notorias en el mundo que ningun petimetre se atrevió jamás á presentarse para hablar á las colegialas. Con esta

saludable exactitud estaban libres de los lazos de la parte de fuera, y ofrecían á las instrucciones de las maestras un corazón puro que la malicia del siglo no habia contagiado. ¡Amable inocencia! ¡Qué rico tesoro, si se la supiera conservar hasta la muerte!

Estando cerrada la puerta para este jóven, por lo tocante á las conversaciones, pensó en abrirla por medio del papel, y dió en trazar medios para poder lograrlo. La misma costumbre que le separaba de nuestros locutorios, prohibia á las colegialas el recibo de las cartas, como no fuesen entregadas por sus maestras. Para saltar la barrera no necesitaba menos que ganar á la mandadera, y la que entonces teníamos parecia tan adicta á las intenciones de la madre Sor Gabriela, que no habia que temer que faltase á su obligacion; pero me engaño; despues de haber sido muy fiel hasta entonces, se dejó seducir, y la desamparó su providad dando entrada á la avaricia.

A la primera propuesta que la hizo este caballero de encargarse de su carta, ella le rechazó con las palabras mas ásperas; pero unas cuantas

onzas de oro que él hizo relucir á sus ojos, la cegaron, ella empezó á suavizarse, y despues de una corta repugnancia para salvar las apariencias de su providad, se encargó de un paquete, prometiendo con vileza dejarle en el cuarto de Adelaida.

Esta mala criatura, poseida del espiritu de Judas, buscó por consiguiente, como aquel pèrfido, la ocasion de vender de nuevo á Jesucristo en la persona de su sierva. Ella entraba con bastante frecuencia en el colegio, y nos servia en varias cosas. Apenas se habian pasado dos dias, quando haciéndose la encontradiza con Adelaida la pidió la llave de su cuarto para barrérsele, y se valió de esta ocasion para dejarla el envoltorio de las cartas en el canastillo de su costura.

Adelaida que jamás sabia estar ociosa en su cuarto, apenas se retiró á él, quando llegó á verle; pero ¡cuánta fué su sorpresa quando al abrir el tal paquete halló en él el retrato del jóven caballero en una miniatura, con un billete donde la esplicaba sus sentimientos amorosos!

Su indignacion igualó á su sorpresa. Toda

consternada con una aventura inaudita hasta entonces en el colegio, lo estaba mucho mas por la consideracion de que ella misma servia de ocasion al primer ejemplo. Si hubiera creido á los primeros arrebatos de su celo, hubiera llamado en el instante á la muchacha para hacerla conocer el horror de su crimen: pero temiéndose no tuviese la ira mas parte en esta determinacion que la virtud, esperó á verse un poco mas tranquilizada para darla la correccion debida. Asi es como pasó lo restante del dia. A la mañana siguiente, hallándose mas sosegada, llamó á la culpable á su cuarto, y cerrando la puerta con un aire de autoridad, muy capaz de inspirarla terror, la habló de esta manera: «ayer mañana nadie mas que V. y yo entró en este cuarto. No estaba este paquete aqui cuando entregué á V. mi llave. En cuanto V. salió entré yo ¿con que quién ha podido dejarle en el cestillo de mi labor? No andemos con escusas. O me confiesa V. su falta, ó voy á usar del derecho que tengo contra V. por tal accion..»

La recadera, á quien acusaba ya su concien-

cia, no pudiendo sufrir las miradas de Adelaida, se valió del arbitrio de confesar su hecho, y se arrojó temblando á sus piés, pidiéndola perdon. «Señorita, la dijo ella, hace ya diez años que estoy en esta casa. Esta es la primera falta que he cometido. Nadie ha tenido que decir de mí la menor cosa. ¡Mal haya, amen, el instante en que encontré por mi desgracia á ese señor que me ha obligado á esto! Por Dios que V. lo olvide. ¡Qué será de mí si V. me denuncia! Sé me echará con ignominia del monasterio, y me quedo perdida.»

«Creo muy bien, la dijo Adelaida, pues que V. lo dice, que será esta su falta primera; pero ¿quién podrá asegurarme de que será la última? ¿Y en cuanto peligro están las señoritas de esta casa, si se mantiene en ella á una muger capaz de hacer lo que V. ha hecho? Mientras que las maestras no sociegan por apartar de nosotras los lazos del mundo, V., en quien la madre Sor Gabriela tenia tanta confianza, creyendo que era V. tan prudente como lo parecia, no se ha corrido de vergüenza al venir á tenderlos en mi cuarto? ¿Có-

mo ha tenido V. valor para determinarse á una traicion tan fea? Sin duda que han puesto mi alma á precio entre esas manos: han sobornado á V. con alguna cantidad grande. ó la han lisonjeado con enriquecerla si V. lograba el fin de encender un amor criminal en mi corazon. ¡Por esto ha desalojado V. de su idea la memoria de los castigos de Dios! ¡ha ahogado en su corazon todo sentimiento de honor y de religion, y anteponiendo el oro á su obligacion se la ha dado á V. muy poco de la pérdida de mi alma!

•¿Y qué haremos de V. aqui en lo sucesivo, habiendo sido ya capaz de semejante accion? Tendremos un lobo carnicero entre las inocentes ovejuelas, pues este nombre doy á las demás colegialas, y si por compasion callo yo ahora esto, ¿no deberé temerme que V. pierda á alguna de ellas? Sin embargo consiento en apiadarme de V. por no vengarme de una ofensa que me es personal; pero responda V. á ese, á quien ha servido á costa de su propia conciencia, que ha estado V. á pique de ser despedida con vileza de esta casa: que he desgajado su retrato y su fastidioso

cumplimiento; y que si persiste con su intencion echaré al fuego sus cartas sin abrirlas siquiera. • Mientras hablaba asi Adelaida, rompió en efecto la que habia recibido, y arrojó los pedazos á la lumbre. Despues prosiguió diciendo: •prohibo á V. absolutamente que vuelva á poner sus piés jamás en este cuarto. No necesito de ningun modo que V. me sirva. Me valdré en lo sucesivo, con mas confianza, de cualquiera otra que será mas prudente. A mi no se me engaña por dos veces. Cuidado como se porta V. en esta casa. Aunque de ningun modo publicaré yo la falta de V., velaré cuidadosamente sobre todos sus pasos, y si, lo que Dios no quiera, urdiese V. aun alguna otra trama, á la segunda no habrá mas perdon. Será V. echada de aquí, y sin esperanza de colocarse en otra parte, porque daríamos unos informes tan verdaderos, como propios para hacerla desgraciada. •

Adelaida la hablaba en estos términos, y todo el tiempo que duró la reprehension, dejó á la criminal que continuase de rodillas, cuando tampoco alzaba la cabeza por su mucha consternacion y

la vergüenza que la confundian. • ¡Alcese V. del suelo, la dijo ya por último, y cuidado con aprovecharse del perdon que la concedo, igualmente que de la correccion que á V. he dado. •

Acaso desconocerán Vds. á esta Adelaida tan dulce y tan sufrida, por las duras palabras que salieron de su boca; pero en esta ocasion, la severidad que ella tuvo fué un efecto de su caridad y de su prudencia. Contra los males de esta especie se necesita la mayor fuerza. La suavidad y la moderacion, lejos de destruirlos los dan aumento. En cuanto una doncella se manifiesta débil en semejantes ocasiones, no hace ya mas que enredarse, digamoslo asi, en el lazo. ¡Ojalá que todas imitasen la prudente severidad de Adelaida y que cerrando los oidos á los discursos lisongeros de los jóvenes, les quitáran la menor esperanza de ser oídos! La contemplacion los hace mas osados; mientras que una justa indignacion que les aterra al primer golpe, los auyenta para siempre; y haciendo á las doncellas inaccesibles, las presta toda su seguridad.

La que habia ocasionado á Adelaida esta

eruel disgusto, no se atrevia á ponerse en su presencia, tanto fué lo que la humilló su reprehension; y temerosa siempre de que la madre Sor Gabriela llegára á saberlo, tuvo la imprudencia de decírselo á otra criada, la cual servia á Adelaida, á fin de que la rogase, que no lo digera. El secreto, que pasa por mas de una boca, deja prontamente de mantenerse en el silencio; la confidente, en lugar de advertírselo á su ama, fué á contárselo todo con mucha reserva á la madre Sor Gabriela, la cual, tan resentida como mi misma amiga, hizo llamar á la delincuente, y no la dejó estar en el monasterio, ni siquiera veinte y cuatro horas por mas que Adelaida hizo para obtener su gracia.

Esta se tranquilizó enteramente despues de todas estas pruebas; pero tampoco fué mas que para dedicarse al amor de su Dios con un fervor nuevo. Ya dije á Vds. como al entrar en la clase de las señoritas mayores, quiso añadir á sus primeros ejercicios la meditacion, y el retiro; ya habia tenido sus ciertos ensayos en las otras clases; pero en la tercera llegó casi á igualarse en

esta práctica con las mismas religiosas.

La madre Sor Gabriela, que habia observado su fondo desde muy niña, la hablaba muy amenudo sobre el amor de Dios, la Gloria de los Santos y sobre otras verdades del cristianismo, y se las proponía de un modo proporcionado á su edad, formándola poco á poco á la reflexion, asi como se enseña á andar á un niño, haciéndole dar un paso despues del otro. Pero cuando Adelaida estuvo en la tercera clase, esta buena madre, que era testigo de sus progresos precoces, no la trató ya como á una jóven discipula, sino como á una amiga, cuya confianza era reciproca; y se escitaba tanto al fervor por sus conversaciones ascéticas, como Adelaida con las suyas. Muchas veces estaba yo con ellas, y no podia menos de admirarme de tan buenos sentimientos como tenia esta incomparable amiga, los que nos descubria á las claras en sus conversaciones.

Me hallaba yo tan distante de su virtud, que hubiera estado muy contenta de mi misma, si hubiera tenido su menor parte. Por esto mismo la preguntaba yo varias cosas muy amenudo, deseo-

sa de instruirme, y ocultando al mismo tiempo que queria que ella me instruyera, porque entonces su humildad se hubiera dado por ofendida. Sin embargo me aprovechaba de sus luces, y jamás me apartaba de ella, sin coger algo de nuevo para mi edificacion.

•Cuénteme V. todo lo que hace, la dije un dia, con una especie de tenacidad; ¿no ha de haber medio para penetrar sus misterios? Ella se echó á reir, y me dijo con un aire contento: yo no sé que halla V. en mi de extraordinario, que excite su curiosidad; no, no es mucho lo que hago. =V. hace, la dije yo, retiros espirituales, preparaciones para la muerte, adoraciones al Santisimo, oraciones sublimes. =Vaya, vaya, me interrumpió diciendo; V. merecia que la dejára sola. ¿Dónde ha ido V. á sacar eso de mis oraciones sublimes? ¿Tengo yo algunos raptos? cuando apenas sé andar por la tierra! =Si, la repliqué yo, cuando V. está en el coro, está allí inmóvil, mientras que á mi el menor ruidillo me distrae: me parece que aunque se disparára junto á V. de repente un cañon de á veinte y cuatro, seguiría como una

estatua; y si á V. la dejasen, se estaria alli todo el dia.

•V. exagera, me respondió ella; todavia no me veo en tan alto grado de virtud: el buscar el primero me cuesta mucho trabajo.—Pues sea como quiera, la dije, ¿cómo hace V. la meditacion? tenga V. la bondad de decirmelo un poco despacio: algo ha de hacer V. por nuestra amistad, que es tan antigua.—V. me acomete por el flanco, me respondió ella, ¿cómo podria yo negarme á lo que V. me pida á nombre de nuestra amistad? Cedo á todo cuanto V. quiere, porque no quiero cederla en afecto. Va V. á oir como hago, pues que me manda que se lo diga. Por lo regular empiezo mi meditacion por un acto de contricion, á fin de que humillándome delante de Dios, pueda yo atraer sobre mi alma las miradas de su misericordia. Hago luego un acto de fé sobre su Divina presencia; pido las luces del Espiritu Santo; invo co en mi ayuda á la Santisima Virgen, al Angel de mi guarda, á San José, y á todos los bienaventurados que gozan en el cielo de la gloria eterna: me junto con ellos en espiritu,

y les ruego me obtengan la gracia de que pueda hacer mi meditacion con fruto: hecho esto, leo el asunto sobre que quiero meditar, y procuro leerle con atencion y devotamente, á fin de que se conmuevan mi corazon y mi espiritu; despues me figuro que está Dios delante de mi; que es testigo de mis ideas, y de mis sentimientos; le pido en pocas palabras su asistencia; me reconcentro en él, cuanto me es posible, como si no hubiese mas que él, y yo en todo el mundo, y como si fuera la última meditacion de mi vida; cierro los ojos, y procuro pensar sobre lo que he leído.

• Pero todo eso es muy largo, dije yo: antes que V. haya hecho todos esos actos, se ha pasado ya la mitad del tiempo de la oracion.—No; me respondió ella, no es necesario que sean muy largos; ni pronunciarlos tampoco con la boca; basta el hacerlos interiormente con brevedad y con toda la espresion posible.—Pues bien, la dije, eso es por lo tocante á la preparacion, pero ¿cómo hace V. luego para estar pensando tan largo rato sobre una misma cosa? Pues yo siempre que he

querido hacerlo así, mi entendimiento nada ha producido, ó solo me ha procurado distracciones. Mi imaginacion vuela; corre todo el mundo; se la representan mi madre, mis hermanos, nuestras compañeras y cuanto hacemos; aun de varias cosas de que no me habia yo acordado en todo el día, me acuerdo entonces: todas me acometen, y me hallo á lo último de la media hora, sin haber reflexionado un instante sobre el punto de la meditacion.

• Por otra parte, cuando no me distraigo, y tengo presente el asunto, me parece que le he recorrido en el momento. Pongo por caso, cuando quiero pensar en la pasion de nuestro Señor Jesucristo, veo que este Dios tan bueno quiso sufrir por nosotros los azotes, la corona de espinas y la muerte de la cruz entre dos ladrones; pero en un instante he pensado ya todo esto. Yo sí: llegaré á decir: ¡oh Dios mio! Cuánta es vuestra bondad, pues que os habeis dignado padecer tantos trabajos por mis enormes pecados! Os prometo Señor no volver á ofenderos con la asistencia de vuestra divina gracia; pero cuando he di-

cho esto, ya no se me ofrece mas que poder añadir, y me quedo parada á secas.

Adelaida oyéndome hablar de este modo, dijo sonriéndose: V. me perdonará, si me atrevo á responderla, que me queda alguna duda sobre eso que V. me dice. O V. quiere humillarse un poco, ó fondearme mucho.—No; la repliqué, lo digo como lo siento; y así es que ruego á V. continúe diciéndome por menor como se lo hace.—Pues oigalo V., prosiguió ella, y pues que puso por ejemplo la pasión de nuestro Señor Jesucristo, vea V. como me parece que puede ella dar materia para una meditacion de mas de una hora: empecemos por lo que sufrió en el huerto.

Yo me le represento saliendo de la sala, donde habia comido el cordero Pascual con sus Apóstoles. Oigo que les dice que su alma está triste hasta la muerte. Veo que los deja para ponerse á orar á solas. Entonces entro yo con él en los sentimientos de su tristeza: considero que no es tanto la vista de la cruz, como la de los pecados de los hombres, y particularmente la de los míos lo que causa sus penas. Yo me arrojo á sus piés,

y le pido el perdón de ellos; detesto mi ingratitud; miro con horror el pecado; le hago una protesta bien sincera de evitarle con todas mis fuerzas; de aprovecharme para esto de las gracias que mi Redentor va á merecerme por la efusión de su preciosísima sangre, y de empezar una vida sacrificada á su amor y á su santo servicio. Continúo considerándole con su rostro caído sobre la tierra, y sudando gotas de sangre. Me entrego á la consideración de todo cuanto la vista de un objeto tan tierno puede inspirarme. Yo quisiera llorar amargamente al ver á mi Salvador tan humillado delante de su Padre Celestial. Adoro con mi idea la preciosa sangre que sale de su sagrado cuerpo. Lá aplico sobre mi alma para purificarla de sus faltas, y curarla las llagas que la causó el pecado. Le digo á Jesucristo cuán sensible soy y cuanto me penetra su desfallecimiento; que quisiera con todo mi corazón poderle aliviar, haciendo caer sobre mí su aflicción, pues que yo soy la culpable.

•Pues de ese modo, volvi á decirla, se puede hacer una meditación de muchas horas sobre la

pasion.=Y qué duda hay, me dijo Adelaida. ¿Pues no sabe V. que los santos se han ocupado dia y noche en este misterio y que no se cansaban de contemplarle? Ahora, si V. se contenta con echar de paso una mirada sobre el asunto de cualquiera meditacion, sin entrar en el pormenor de las circunstancias, que le acompañan, y sin añadir jaculatoria alguna, en el instante lo tendrá recorrido todo; mas esto será muy superficialmente, sin que haga impresion en su corazon y aun sin que quede el menor rastro de su memoria; pero se necesita representarse los misterios, como si V. se hallase presente, y como si pasára á su vista; y acompañar las reflexiones que V. haga con ciertos sentimientos y efusiones de corazon segun suministren á V. esas mismas reflexiones la materia.

•Pero añadi yo, ahora comprendo como puede meditarse sobre la pasion; ¿sucede lo mismo con el pensamiento de la muerte, del infierno, del juicio, de la gloria, etc? =Si, sin duda, dijo Adelaida. ¿Pues qué! Si se pusiese V. á meditar sobre la muerte ¿no sabria V. representarse á V.

misma como si en efecto no la quedasen sino muy pocas horas de vida? Como si el médico lo hubiese dicho así, y que su confesor de V. la anunciase esta triste nueva, y por consiguiente considerar al mismo tiempo los sentimientos é ideas que V. tendria en aquel caso? lo que quisiera V. haber hecho: como querria V. haber vivido: cuánto temblaria V. tal vez á vista de sus pecados pasados y de la sentencia terrible que prontamente habria de sufrir? ¡Oh cuántas reflexiones pueden hacerse sobre esto! No es este un asunto estéril del que pueda decirse que no es una materia bien larga y digna de meditacion. Ni hay asunto que por si mismo sea seco; nuestro espiritu inconstante es seguramente el qué, acostumbrado á revolotear de objeto en objeto, no sabe fijarse en las cosas sólidas, por el mal hábito que ha contraido ya de apacentarse sin cesar de un millon de imaginaciones.

•Ahora, ladije yo, comprendo muy bien cuanto V. me ha dicho: pero cuando ha pensado V. sobre todo eso ¿cómo se aviene para formar esas jaculatorias?—Eso nace del mismo fondo, me res-

pondió ella, cuando V. medita sobre el juicio final v. g. y le ha considerado V. con toda la atencion posible, como si se hallára en efecto en aquel mismo tribunal de Dios: sintiéndose ya penetrada de un terror saludable, empiece V. á hablar consigo misma; pregúntese V.: dígame á si propia: ¿ahora, qué es lo que yo quisiera haber hecho? ¿Cómo quisiera haber vivido? ¿Cuántas penitencias desearia yo haber practicado? ¿Qué alegre estaria en este instante si no hallára cosa alguna que remordiese mi conciencia: de haber sido devota, de hallarme con la práctica de las virtudes? Por consiguiente despues de estas reflexiones pide V. perdon á Dios de sus pecados: forma V. propósitos firmes de su enmienda: y entrando en el pormenor de sus defectos, ó de las virtudes de que V. carece, se propone la correccion de aquellos y la adquisicion de éstas, y forma ciertas resoluciones arregladas á estos actos. Por último, dá V. gracias á Dios por la infinita bondad con que la ha tolerado, pidiéndole su socorro necesario para el cumplimiento de sus resoluciones, é implorando la intercesion de Maria Santisima pa-

ra obtenerle, se da así fin á la meditacion. »

« Pero, volvi á replicarla, ¿cómo se ha de hacer cuando todas esas diferentes reflexiones de que V. me habla, se trastornan por una multitud de pensamientos inútiles que preocupan el entendimiento? ¿Cómo han de tenerse entonces buenos sentimientos, ni un ánimo propio para formar tales actos? Al contrario, todo se va en distracciones, y léjos de hallarse una conmovida, siempre de todo en su corazón, menos de un fervor ardiente. »

« A la verdad, dijo Adelaida, que somos dignas de lástima por tener esta imaginacion inconstante que se nos escapa en el instante mismo en que queremos retenerla: mas no por esto debemos desalentarnos; lo que entonces debemos hacer es recurrir á Dios, siempre que caigamos en la distraccion, pedirle perdon, y volvernos á nuestro asunto con una aplicacion nueva: Dios es misericordiosísimo, tiene cierta consideracion por nuestra flaqueza, y viendo nuestros buenos deseos, no deja de concedernos nuevas gracias. Pero si en lugar de recobrarnos de nuestras dis-

tracciones, quisiésemos ir en busca de cuanto se presenta á nuestra imaginacion, y entretenernos agradablemente, esta seria una grande irreverencia: ahora, cuando esto sucede sin quererse, y á pesar de nuestros cuidados, no debemos dejarnos abatir, ni dejar la oracion como si nada adelantásemos.»

«El discurso se acostumbra poco á poco á la reflexion, y los sentimientos nacen despues en el corazon. Si llega insensiblemente á encontrar cierto gusto en las verdades de la religion, por medio de su meditacion, y aun quando despues de diez años de ejercicio y de combate contra las distracciones, viniésemos á adquirir la facilidad de meditar y de hallar gusto en lo meditado, no hubiéramos perdido nuestro tiempo, y deberiamos creernos muy dichosas.»

Yo oía con la mayor atencion á Adelalda sin atreverme á interrumpirla: tanto era el gozo que me daba su explicacion. Ninguna maestra hubiera hablado mejor á mi modo de entender. Mis ojos estaban fijos sobre los suyos, que ella tenia inclinados hácia la tierra segun su costumbre, sin

que viese siquiera que yo la estaba mirando de
 ito en ito. Un hermoso color encarnado rosea-
 ba sus mejillas, lo que daba á su belleza natu-
 ral el resplandor de una fervorosa devocion, y yo
 decia entre mi misma: ¡que hermoso ángel!
 ¡Cuántos tesoros de gracia y de virtud encierra
 su alma! Yo no hubiera querido interrumpirla,
 para dar asi lugar á una total efusion de su cora-
 zon con semejante conversacion; pero en este ins-
 tante sonó la campana, llamándonos para un acto
 de comunidad, y todo lo dejaba ella para llegar
 la primera: tal era su puntualidad. No la ganaba
 en esto la mas perfecta religiosa.

Me reservé para el dia siguiente el hablarla
 del retiro espiritual, y cuando hallé la ocasion
 la di pié para que hablára, preguntándola si ya
 lo habia hecho. ¿Ahora está V. en eso? me dijo
 ella. V. querria saber tal vez como debe hacerse.
 Yo me eché á reir diciéndola que no podia ella
 desaprobarme mi curiosidad, pues que su objeto
 recaia sobre una cosa tan santa. Yo le hice, me
 respondió ella, el domingo pasado, que fué el
 primer dia del mes. = Pero, la dije yo, ¿para qué

sirven esos retiros?—Son utilísimos para quien quiere sostenerse en la devoción. Nos cansamos prontamente de nuestras mejores resoluciones, porque la naturaleza va decayendo siempre, y la virtud la oprime: así es preciso recobrar nuevas fuerzas de cuando en cuando: entrar en cuentas consigo misma, encerrándose en su interior, y renovar los buenos propósitos, que es lo que se hace en estos retiros espirituales; y pues que la madre Sor Gabriela me ha mandado que hable con V. francamente, voy á decirle lo que hay en esto.

• Este retiro no es con toda la solemnidad de aquellos que duran ocho ó diez días. La madre Sor Gabriela, me dijo, que podía yo asistir á los ratos de recreo como las demás, pues que somos muy pocas las que le hacemos.—¡Cómo muy pocas! la dije yo. ¡Pues qué! ¿Hay algunas colegialas que le hacen, y yo no? En V. ha consistido, dijo ella. Como V. me manifestó alguna repugnancia cuando se lo propuse, no quise insistir ni instarla.—Pero si V. me hubiera dicho que habia ya otras, me hubiera picado de honor y

tambien hubiera entrado.=¡Ah! Si, me respondió Adelaida chanceándose. V. se deja picar del honor. Quiere hacer el bien por la mera honrilla. Si este es el principio de las obras de V. ¿de quién espera la recompesa? De las criaturas probablemente. Pues espérela V. de ellas, que ya verá engeñadas sus miras. Las criaturas no tienen suficiente poder para recompensar á V., ni bastante agradecimiento para hacerlo, aun cuando pudieran. Hagamos las cosas por Dios, y estemos seguras de que él no se olvidará, porque puede y quiere. Pero ¿y cómo lo hará él? con la grandeza de un Dios, que es cuanto hay que decir.

•Tiene V. razon la dije, por lo tanto quiero juntarme con las compañeras nuestras que hacen este retiro; y quiero hacerle únicamente por Dios.=Aténgase V. á eso, y cuando V. le haya hecho como nosotras, V. verá que no tuvo á los principios mas que un terror pánico. Asi es como muchas se asustan cuando se las proponen esta especie de ejercicios, y lo mismo sucede generalmente con la devoción. Se forman ellas unas ideas tan exageradas, que al oirlas como que parece

que practicar la virtud y estar siempre sumergida en el fastidio, en la tristeza y en la misantropía es todo uno. Poco se conoce la virtud, cuando se piensa así de ella.

•Volvamos á nuestro asunto: oiga V. como hacemos estos retiros. No se trata mas que de un poco mas de silencio y de meditacion. Comulgamos aquel dia. Despues de dar gracias tenemos media hora de oracion mental; luego leemos un capitulo de un libro ascético. Tales son los ejercicios de por la mañana. Despues de la comida vamos al recreo con nuestras compañeras para evitar el singularizarnos. Concluido este, pasamos á la adoracion del Santisimo, y á un cuarto de hora de exámen de conciencia sobre la conducta que hemos tenido desde nuestro último dia de retiro espiritual. Hacemos otra media hora de meditacion desde visperas, á las que asistimos segun costumbre; y añadimos la lectura espiritual y el rosario. En fin, al anochecer vamos á completas, y á la oracion con las religiosas, y ahí está ya todo.=¡Pues no es nada! Dije yo gritando. Ahí ha dicho V. tantas cosas que me confundo al

oir las, qué será al ejecutarlas! = Pues todavía no las he dicho todas, volvió á decir ella. = ¿Con que aun hay mas? = Si, y es que por la noche antes de acostarnos hacemos la preparacion para la muerte: esto es, nos representamos como si fuésemos á morir. Rezamos las oraciones de la recomendacion del alma. Hacemos un acto de contricion sobre todos los pecados de nuestra vida. Nos aplicamos con la idea la sangre de nuestro Señor Jesucristo sobre nuestros sentidos, á fin de que ella nos purifique de los pecados que hemos cometido por tales órganos, asi como si recibiésemos la extremauncion; y en fin, encomendamos nuestra alma á Dios, como si al acostarnos fuésemos á dormirnos con el sueño de la muerte..

• ¡Dios mio! la dije yo arrebatada de la admiracion que me sobrecogió de repente: ¡qué dichosa es V. con hacer tan buenas cosas! Ya no me admira que se sostenga V. tan bien en la virtud. No me conservo como debiera, me respondió ella con mucha modestia. Dios tenga compasion de mi. Pero puedo decir con verdad, que alcontem-

plarme muchas veces como si estuviese sobre el punto de morir, esto me hace mas perceptible la nada de la vida, la vanidad del mundo, y la falta de la continua asistencia de mi Dios, y esto me alienta al trabajo de mi salvacion.

Yo quise que se estendiera algo mas sobre esto, porque comprendí que al hablarme asi se habia enternecido; y la dije para ver mas claramente las bellas disposiciones de su corazon: «me parece que el pensamiento de la muerte debe ponernos tristes y melancolizarnos: que no puede menos de llenarnos de susto; porque ¿hay mayor desgracia que la destruccion de nuestro cuerpo, ni mas temible que el juicio final? ¡Ah! Mi querida Veracruz, me respondió ella. Si amáramos bien á Dios, el pensamiento de la muerte causaria en nosotras las mayores delicias. Ella nos acordaria el tránsito dichoso desde las miserias de esta vida, que son bien grandes, á la posesion eterna de todo un Dios. = Si, la dije, cuando se le sabe amar como V. hace, puede considerarse la muerte bajo de ese punto de vista, y hacerse de ella un motivo de júbilo; pero.... No me alabe V.

tanto, no estoy tan adelantada como á V. le parece. Yo hablo de la muerte, como la miraban los santos, aquellos que estaban tan desasidos de este mundo, y que no suspiraban mas que por Dios. Por lo que á mi toca, me valgo de este pensamiento para convencerme bien de que no hay aqui abajo ninguna cosa permanente; que habrá algun dia que dejarlo todo; que aunque nos viésemos colocados sobre la mayor altura de los hombres, aun quando poseyésemos todo el oro que encierran las entrañas de la tierra, aunque gozásemos de todos los placeres del mundo: todo esto no durará sino muy pocos años, y tendrá su fin; de modo que nada hay de sólido debajo del cielo, y que si se quiere ser dichoso, se necesita fundar su felicidad en lo que nos seguirá despues de esta vida que es la práctica de la virtud.

Adelaida como que presagiaba que su vida no seria de larga duracion, pues que procuraba familiarizarse tanto con el pensamiento de la muerte. Se apresuraba por adelantar en el camino de la virtud, y aprovechándose de sus dias, completaba por la rapidez de su curso una vasta carrera,

pues que debe estimarse menos la duracion de la vida por el número de los años que por las buenas obras con que se les llena. Todo lo que no se emplea en servir á Dios merece llamarse pérdida de la vida, mas bien que duracion de ella.

Esto me hace acordar de dos sucesos acaecidos en aquel tiempo, y que forman un contraste muy capaz de suministrarnos muy buenas reflexiones. Una de nuestras compañeras de la segunda clase tomó aqui el velo á la edad de catorce años y medio, despues de que sus padres probaron su vocacion por espacio de seis meses, pues no querian á los principios á causa de su poca edad; de modo que tuvo diez y ocho meses de noviciado. Era una criatura de una suma inocencia, y de unas costumbres admirables, por que habiéndose criado en casa desde la edad de sus seis años se mantuvo sin conocer el mundo, y con el cuidado de la madre Sor Gabriela se habia acostumbrado al ejercicio de la virtud. Ella pasó el tiempo de su noviciado con un fervor increíble, y en fin, murió con sentimiento general de toda la comunidad á los dos años de su profesion; pe-

ro eran tan maravillosas sus disposiciones, qué, segun la madre Sor Gabriela nos contaba, como que espiró mas bien por un esfuerzo de amor de Dios que por causa de la enfermedad.

El médico, que conoció el peligro, se hallaba perplejo para anunciársele, creyéndose que debería ser muy sensible para una jóven dejar la vida, cuando apenas habia empezado á tomarla el gusto; pero la madre Sor Gabriela que habia educado á la enferma, y conocia á fondo sus piadosos sentimientos, le dió á entender que ella habia vivido de un modo que desearia mas el ver á Dios cuanto antes que continuar aun sobre la tierra; y que asi podia él esplicarse con lisura. En efecto, cuando se la dijo que su fin estaba próximo, haciendo ella un esfuerzo para levantar las manos al cielo, dijo asi gritando, con un rostro, donde se notaba su alegria: ¡oh Dios mio! ¡qué preciosa noticia! Y cantó de seguida este primer versículo del salmo 121. *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus.* ¡Me regocijo con lo que acaba de noticiárseme; con que en fin entraremos en la casa del Señor!

El mismo día que espiró, murió también en la ciudad una señora de setenta y cinco años; pero de un modo muy diferente. Ella había pasado toda su vida en los vanos entretenimientos del mundo, hasta hacerse tan conocida, por su conducta poco circunspecta, como ridícula, por su afición á los adornos exagerados que gastó siempre, queriendo parecer jóven, y vistiéndose con tanta afectación como si fuese una solterita de veinte años. Las enfermedades que acompañan por lo común á la mucha edad, no permitiéronla ya que se presentára en las tertulias con la frecuencia que deseaba; las trajo á su misma casa, tanto para distraerse del pensamiento de la muerte que la asaltaba muchas veces, á pesar suyo, como porque su corazón no podía arrancarse de los placeres del mundo, por la larga costumbre que había tenido de vivir con ellos.

Sin embargo, llegó su última hora. Que se quiera que no, el tiempo nos la trae. Cayó enferma gravemente, y tanto era su sentimiento que nadie se atrevía á hablarla claro. Infinitas amigas suyas venían á visitarla; pero las unas la da-

han buenas esperanzas, las otras no querían que se la hablase de los santos sacramentos, porque el miedo no apresurase su muerte, y algunas se valían de rodeos para insinuarla que sería bueno que pensara en su conciencia; pero esto era con tanta contemplación, que la enferma, propensa siempre á lisonjearse, ó no entendía lo que la decían, ó manifestaba que no quería entenderlo.

En fin, una señora muy cristiana de la ciudad, que antiguamente la había conocido mucho, sabiendo el peligro en que estaba su alma vino á verla, con pretexto de una visita de política, y la advirtió caritativamente.

¡Ay Dios mío! ¡Con cuánta razón se dice que la memoria de la muerte es dolorosísima para los que han puesto su esperanza en este mundo! Esta pobre criatura, viendo que ya estaba sentenciada, cogió la mano de su antigua amiga, y bañándosela con sus lágrimas: «¡Ay señora, la dijo, qué es lo que V. me dice! ¡Con que hay que resolverse á dejar la vida! ¿Y á donde iré yo que nada he hecho por la eternidad?» «Aun está V. á tiempo, la dijo la señora, yo voy ahora mismo y

la enviaré su párroco para que confiese á V. No perdamos el tiempo, no sea que nos falte. El señor cura vino pronto, pero lo que no puedo decir á Vds. sin estremecerme es, que espiró la enferma en el instante en que entraba él por la alcoba.

Un ejemplo tan terrible conmovió de tal suerte á algunas de las damas, amigas de la difunta, y compañeras hasta entonces de sus locuras, que ellas entraron en cuentas consigo mismas, y se prepararon para morir bien, dando á Dios el tiempo que las faltaba de vida.

Para hacer aplicacion de este suceso á lo que yo decia á Vds. antes, nuestro confesor vino á casa dos dias despues, nos juntó á várias de nosotras con la madre Sor Gabriela, y nos dijo: •Tengo señoras una dificultad que proponer á Vds. y á la primera que la resuelva, se la dará un bonito libro por premio. El caso es éste: dos personas han muerto en un mismo dia, la una tenia de edad setenta y cinco años, y la otra diez y nueve solamente. ¿Cuál de las dos ha vivido mas? •Nosotras empezamos á mirarnos, y á reirnos; por-

que era muy natural responder que la primera: mas considerando que nos proponía esto como un enigma, nos pensamos que no era el sentido que se presentaba á primera vista, el que debia resolver la cuestion.

Adelaida dió en el quid de la dificultad: «señor mio, dijo ella, me parece que antes de responder á la proposicion se necesita que V. se esplique sobre el modo de contar la duracion de los años. Si V. la entiende como se suele comunmente, no hay ninguna duda en qué la que ha muerto á los setenta y cinco años, vivió mas que la otra; pero si V. no entiende mas que del tiempo empleado en la práctica de la virtud, podrá muy bien suceder que la que murió á los diez y nueve años, haya vivido mucho mas que la otra. = V. ha penetrado perfectamente mi idea, la dijo el confesor, en ese último sentido es como yo lo entiendo. El caso es modernísimo. ¡Qué diferencia tan grande entre una vida pasada en la inocencia y el amor de Dios, y entre la que se ha gastado en el servicio del mundo! Asi es como habrá Dios pesado, en su balanza terrible, la vida de

Sor Luisa de Zamora, que acaban Vds. de perder y la de otra persona de quien se ha hablado mucho en la ciudad, y que ha muerto de una avanzada edad, sin dejar la menor memoria de alguna buena obra. •

Volvamos á hablar de Adelaida. En otra conversacion que tuve con ella, la pregunté como hacia sus exámenes de conciencia, sus lecturas de devocion, y otros varios ejercicios? •Yo no hago mas, me respondió ella, que lo que la madre Sor Gabriela nos ha enseñado á V. y á mi. • Apenas habia ella concluido estas palabras, cuando vimos pasar á una colegiala de la segunda clase, que habia hecho su primera comunion, aquel mismo año, y cuya devocion era muy sobresaliente. Adelaida la queria mucho á causa de su ejemplar virtud. En cuanto ella la alcanzó á ver, la hizo señas para que se llegára á nosotras. Las tres estábamos de un humor alegre, particularmente las otras dos, á quienes su buena conciencia causaba una santa alegria; pues que no la hay mas perfecta que la que proviene de la paz del alma con Dios. Adelaida la dijo: •Doy á V. mi enhorabuena

señorita, por la gloriosa visita que tendrá V. mañana: (era el día de la Asuncion de nuestra Señora y debíamos comulgar todas.) Si, la respondió la niña, para mi será una felicidad grande; pero tambien puedo dar el parabien á Vds. dos, pues nuestra ventura será comun. ¿Y qué espera V. hacer en honra y gloria de la Santisima Virgen, la preguntó Adelaida, pues que hará á V. tal obsequio por ser el día de su fiesta?.

La niña, tímida á proporcion de su corta edad, se paró al oir la pregunta, y dió á entender por su sonrisa, que no se atrevia á decirlo en mi presencia; llegué á comprenderlo y la dije: «no es justo señorita que sepa yo sus secretos; puede V. hacérselos saber al oido, á la señorita de Witsburi, que no lo tendré por impolitica.» Aun se quedó un poco dudosa, pero como yo insisti, ella se acercó al oido de Adelaida, y la dijo algunas palabras, que no entendi, y se retiró al momento. Esto hizo recaer nuestra conversacion sobre la comunión. Agradeci ciertamente á la colegialita el que me hubiese proporcionado una ocasion tan buena. Nosotras nos fuimos paseando

á lo último del jardin, y nos sentamos sobre una pradera para hablar mas cómodamente sobre esta importante materia. Me seria imposible referir á Vds. todo lo que ella me dijo; pero me acuerdo que se escedió á si misma: pues aunque su devoción la suministrase siempre excelentes especies para tratar de Dios, cuando hablaba de la santa comunión, se veia claramente que su corazón se exhalaba con tales sentimientos, que el mio se arrebatava, al oirla, de fervor y de alegría.

No haya miedo que se la pudiese tachar de una floja preparacion, ni de que recibiese sin fruto este pan de vida. La vispera del dia en que ella debia comulgar no pensaba ya su alma en ninguna otra cosa. Por la mañana en cuanto se despertaba, despues de haber dado á Dios gracias por el nuevo dia que la daba, y de haberle ofrecido su corazón, inmediatamente ponía su pensamiento sobre la felicidad que iba á tener aquel dia, recibiendo á su divina Magestad. Cuanto mas se acercaba este instante, mas se encendia tambien su corazón con vivos deseos y con sus sentimientos amorosos.

Ella se aproximaba á la sagrada mesa con una gravedad y un aire de dulzura y de modestia, que á todas nos edificaba. Despues que murió llegó á saber que algunas señoras muy virtuosas habian venido espresamente para edificarse y conmovearse al verla comulgar. En cuanto ella habia recibido á nuestro Señor Jesucristo, se retiraba hácia un lado y cerrando suavemente sus ojos se hubieran Vds. creído que no estaba en este mundo; su espíritu y su corazon se encerraban en el interior de ella misma para adorarle allí, admirarle, amarle y dar gracias á nuestro Señor Jesucristo; pero ¿con qué arrebató y con cuánta alegría! ¿Quién seria capaz de decirlo sino ella misma que lo sentia?

Despues de su accion de gracias la veíamos salir con sus ojos bajos, con mucho silencio, y penetrada enteramente por la divina prenda que acababa de recibir. Lo restante del dia lo pasaba con una compostura mucho mayor que la comun sin embargo de que la tenía grande siempre. Acostumbraba á ofrecer á nuestro Señor Jesucristo mientras daba gracias algun acto, que ella se pro-

ponia practicar todos los dias hasta su primera comunión siguiente, y consistia en alguna buena obra ó en alguna victoria sobre sus defectos; y tambien renovaba allí la resolución de perseverar mas que nunca en el amor y la fidelidad que habia prometido á su Dios.

Tales eran las admirables disposiciones de Adelaida al acercarse á los santos misterios; por consiguiente no debe ser extraño que los recibiese con fruto. Créanme Vds. hijas mías, no serian Vds. capaces de comprender los progresos que pueden hacerse en el bien, y con cuanta fuerza puede una sostenerse en él, recibiendo dignamente la sagrada comunión, y procurando desempeñar bien la acción de gracias, despues de recibirla. Si se hiciera esto, se saldria de la santa mesa con tanto amor y con un celo tan ardiente de su santificación, que se nos veria prontamente hacer rápidos progresos, tanto en la enmienda de nuestros defectos, como en la adquisición de las virtudes cristianas. Así es como Adelaida se sostenia desde una comunión hasta la otra. La primera la disponia aun mejor para la segunda, y

esta para la subsiguiente. Por lo mismo no se la vió parada en la senda de la virtud; mucho menos separarse de ella; no la sucedia como á ciertas personas que hoy están muy recogidas, y mañana estraviadas; que ahora quieren ser de Dios, y le olvidan al instante; que forman con frecuencia varias resoluciones sin que cuiden mucho de practicarlas; que gastan su vida en las alternativas de fervor, y de relajacion; ó cuyo fervor no es por lo comun mas que una emoción pasagera del humor, y la relajacion es el fondo, casi no interrumpido, de su conducta.

El modo de confesarse fué tambien el objeto de otra conversacion que tuvimos juntas: lo que me dijo entonces, podrá servir a Vds. de instruccion asi como me sirvió á mi tambien. Se hacen muchas confesiones, y se verifican pocas enmiendas. Se persevera en las faltas con tanto descuido de su correccion como es el poco cuidado con que se hace la acusacion de ellas. Esto me da tanto miedo casi por las frecuentes confesiones de algunos, como por las pocas que hacen otros; porque si por una parte las personas que se lle-

gán apenas dos ó tres veces en el año al sagrado tribunal de la penitencia se deben temer que el poco cuidado que tienen habitualmente sobre su salud las acompañe en sus confesiones, y las hagan malas, ó por falta de exámen ó de contrición: por otra parte, los que se confiesan muy á menudo deben tener gran cuidado con que su diligencia no degenera en costumbre, y que aunque exactas para declarar sus faltas, no lo sean bastante en formar un verdadero dolor de ellas.

No intento por esto probar que sea bueno el no acercarse á menudo al sagrado tribunal. Tenemos frecuentes caídas, se necesita por lo mismo recurrir frecuentemente al remedio; pero digo que nuestra continuacion no nos dispensa de hacerlo con exactitud, ni de que nos escitemos siempre á formar tanto dolor de nuestras culpas, como si no recurriésemos allí sino de tarde en tarde.

No dejemos de hablar de Adelaida. Desde la primera vez que se confesó, lo hizo á los principios una vez al mes. Desde su primera comunión se confesó siempre de quince á quince dias, y co-

mulgaba todos los meses. Asi estuvo como unos dos años. En fin, viendo su confesor que ella lograba aprovecharse de los santos sacramentos, la concedió licencia para que comulgara de quince á quince dias, despues todos los domingos; y por último, añadió tambien las fiestas y los jueves de cada semana, lo que duró hasta su muerte. No se miraba como cosa estraña esta conducta de Adelaida, aunque se distinguiese con ella de sus compañeras, que no comulgaban con tanta frecuencia; porque todas nosotras éramos testigos de su devocion, y conociamos, muy bien que su sobresaliente virtud merecia semejante distincion en la participacion de los santos misterios.

¡Pero con qué disposicion se llegaba al sagrado tribunal de la penitencia, y con cuánto dolor hacia alli la acusacion de sus culpas! Oiganme Vds. atentamente y procuren aprovecharse de esto.

4. ° Nunca dejaba de hacer todas las noches el exámen de su conciencia; esta ocupacion diaria la hacia tener presentes sus faltas, de modo que la era muy fácil el acordarse de ellas cuando ha-

cia el exámen para confesarse.

2. ° No se acercaba al confesonario sin una postura la mas humilde, y despues de haber pedido á Dios, por un tiempo proporcionado, el espiritu de compuncion, y de haberse escitado al dolor.

3. ° Se acusaba sencilla y suficientemente de sus culpas, sin decir mas de lo que era preciso, sin rodeos, ni contar historias que se refieren por lo comun mas bien para satisfacer el amor propio, minorando sus faltas, que para hacerse entender mejor del confesor.

4. ° Despues de que habia confesado sus culpas escuchaba con la mayor atencion los saludables avisos del confesor, como si salieran inmediatamente de la boca de Jesucristo, y penetrándose de nuevo de los sentimientos de contricion, recibia humildemente la absolucion del sacerdote. En fin, se retiraba del confesonario con la misma humildad, y recogíendose en su interior para dar gracias á Dios del perdon que la habia concedido por su misericordia, y para cumplir la penitencia que se la habia dado.

Acaso pensarán Vds, cuando las hablo del modo con que se acusaba Adelaida de sus pecados, en el como es que puedo yo decirlo con tanta seguridad, pues que solo su confesor era el testigo. En efecto, yo me hubiera guardado muy bien de escucharla cuando se estaba acusando, lo que hubiera sido en mi sin duda un pecado enorme; pero oigan Vds. como lo supe. Nuestra intima amistad habia llegado [hasta una mútua confianza de nuestros mayores secretos, y de los sentimientos de nuestro corazon. Teniamos tal franqueza una con otra, que nos contábamos, con tanta sencillez como facilidad, cuanto habia en nuestra alma. ¡Qué mas! Si un dia hicimos el convenio de advertirnos caritativamente, siempre que cometiésemos alguna falta, y lo haciamos sin el menor reparo.

Yo quise otro dia llevar mas adelante nuestra conversacion para que me aclarára cierto escrúpulo que me asaltó alli mismo. •Confieso á V., la dije, que lo que suele causarme cierta inquietud sobre mis confesiones es el miedo de que tal vez se carece de una verdadera contricion; porque si

tenemos un verdadero arrepentimiento ¿cómo es que recaemos con tanta facilidad en las mismas faltas? Ayer (pongo por caso) me acusé de distraccion en mis oraciones, y en la de hoy, ya la he tenido igualmente. A mí me parece que cuando hay sentimiento de haber cometido un pecado, no se debe volver á recaer en él. = También he tenido yo esa misma duda, me respondió Adelaida y fui á consultarla con la madre Sor Gabriela, quien me habló así: hija mia, la confesion no nos hace impecables, y es tal nuestra fragilidad que faltamos á nuestras resoluciones casi en el mismo instante en que las formamos. V. mire si cuando va á confesarse lleva alguna falta que no sienta V. haber cometido, y si quisiera recaer en ella cuanda llegase la ocasion. = ¡Dios me libre de eso! la dije yo. = Pues bien, prosiguió diciéndome la madre; V. entréguese en brazos de la misericordia de Dios y quédese tranquila. Yo me atengo á esta opinion, y estoy muy sosegada. »

Aun así, esto que me dijo Adelaida, no debe servir de pretesto á toda clase de personas. Ella tenia una verdadera devocion; trabajaba seria-

mente en la obra de su salvacion; se dedicaba á la práctica de las virtudes, como que era claro que los buenos propósitos que ella hacia en la confesion eran sinceros. Pero si una colegiala se aeusase siempre de que se reia y jugueteaba mientras la meditacion, sin que hiciese el menor esfuerzo para contenerse; puede presumirse que no hizo su acto de contricion mas que con el pico de la lengua, sin que la saliese del corazon. Por lo mismo, yo no diria á ésta lo que la madre Sor Gabriela dijo á Adelaída: *entréguese V. en brazos de la misericordia de Dios y quédese tranquila*; sino que la diria mas bien, no abuse V. de la bondad de Dios, y tema su justicia; porque aunque es bueno para con los pecadores que se convierten á él sinceramente, tampoco se abusa impunemente de su divina bondad, y nadie se burla de su misericordia, fingiendo sentimiento por haberle disgustado, mientras que no se está bien contrito de los pecados que realmente le desagradan.

Ni digo esto para derramar, sin venir al caso, la inquietud sobre la conciencia de Vds. y causar-

las escrúpulos, mucho mas cuando sé que no tienen (gracias á Dios) unas culpas graves, por lo que estoy contentisima; pero nunca estará demás que yo exhorte á Vds. á que cuando van á confesarse traten este grande negocio con tanta seriedad y cuidado, como el mas importante de la vida; á que cumplan con él con una veneracion, una humildad, y con una devoci on particularisimas; á que sobre todo se esciten Vds. á la contricion; salgan del confesonario con una verdadera voluntad de corregirse de sus defectos, y de servir á Dios siempre fielmente; pues aunque no se siga precisamente el que no deban Vds. volver á caer en las mismas faltas, á lo menos no será con tanta facilidad, y se levantarán de ellas con mayor prontitud.

Para que V ds. nada ignoren sobre la confesion de Adelaida, debo advertir á Vds. que habiéndola permitido la madre Sor Gabriela que hiciese al año un retiro espiritual de ocho dias, hacia ella entonces su confesion anual, y daba á su confesor una cuenta exactisima del estado de su alma.

No necesitaba para esto mas que una hora, y corta; su costumbre era la de no detenerse mas que para la acusacion de sus faltas y recibir las instrucciones del confesor en pocas palabras: pues no habia necesidad de exhortarla mucho para la práctica de las buenas obras: esto basta para las almas religiosas. Asi se lo habia prevenido la madre Sor Gabriela, y yo encargo á Vds. que se aprovechen de esta doctrina. «Los confesores, decia esta buena madre, son los ministros de Jesucristo: bajo de esta consideracion únicamente debemos recurrir á ellos: todo lo que no es respectivo á su ministerio debe ser mirado como propio del hombre: y mirados asi ¿qué podremos añadir á lo que dispongan? Valgámonos de su celo y de su caridad para el bien de nuestras almas; fuera de esto, cualquiera otra conversacion es una pérdida de tiempo para ellos y para nosotros.»

Por todo esto pueden Vds. conocer cuanto era el cuidado de Adelaida por conservar su conciencia en buen estado, y con qué piadosa solicitud procuraba la salvacion de su alma; eso es lo que

se llama tenerse á si mismo un verdadero amor: porque todo el mundo se lo tiene así propio: pero la mayor parte no se lo tiene mas que para perderse, y el amor propio, que causa el egoismo no se encamina mas que á seducirnos, y en fin, á precipitarnos en el abismo; cuando el cuidado que se tiene por santificarse es el verdadero, el único y el sólido amor que nos debemos tener, porque él causa nuestra felicidad eterna, que es el mayor bien que podamos esperar, y á que debemos aspirar.

Adelaida estaba perfectamente convencida de esta verdad, y ella era el modelo de su conducta. Su vivafé, que la ponía sin cesar delante de sus ojos las recompensas eternas, la desasía de todo otro cuidado, á fin de hacerse digna de ellas. Su salvacion era el objeto de su mayor aplicacion. Yo he conocido muchas señoritas educadas en esta casa, y de las cuales puede decirse con verdad que han trabajado seriamente para hacerse unas santas. Unas se entraron religiosas, y aun en las órdenes mas austeras; otras colocadas en medio del mundo, donde Dios las llamaba, se han man-

tenido allí constantemente en la verdadera virtud que habíamos procurado inspirarlas; pero al parecer que puede formarse por las apariencias, ninguna ha igualado á Adelaida en cuanto á esta fé viva, que separa de la tierra y hace trabajar por la eternidad.

Lo que mas realzaba su mérito es que ella tenia tambien cuanto pide el mundo para la conservacion de sus agrados. Adelaida era muy rica, dueña absoluta de si misma, y además de las cualidades exteriores de su rostro y bella presencia, tenia mucho talento, una erudicion muy sólida, una afabilidad encantadora, un corazon noble y generoso, capaz de sobrellevar sin alterarse las mas terribles adversidades, y para colmo de su mérito tenia todas las habilidades que pueden desearse en una jóven que se ha aprovechado de una buena educacion.

¿Qué no hubiera ella podido esperarse, hallándose tan colmada de dones, tanto por la naturaleza como por la fortuna? Si hubiera tomado el estado de la religion, hubiera sido mirada como el tesoro del monasterio, y si se hubiese esta-

blecido en el mundo, hubiera sido adorada de un marido, y deseada con ánsia en todas las tertulias. Sin embargo nada de esto se llevaba su atencion, que daba enteramente al cuidado de su alma, como el único negocio que merecia toda su aplicacion.

¡Qué felicidad la de tener este modo de pensar! ¡y qué venturosa es ya hoy ella, por haber practicado la virtud en el corto espacio de tiempo que vivió! ¿Qué la quedaria ahora de sus riquezas, si hubiera abusado de ellas; y de las grandezas del mundo, si hubiera estancado en ellas sus miras? Todo esto hubiera pasado con la rapidéz de un relámpago, que desaparece en el instante mismo en que deja ver su resplandor; y la desesperacion y el arrepentimiento serian los frutos desgraciados que recogería ahora en la eternidad.

Sin duda que Vds. advierten que en este caso seria muy digna de compasion. Vds. no podrian dejar de decir que ella habia procurado muy poco su felicidad, habiéndola fundado sobre la vanidad del mundo, en lugar de haber trabajado

para adquirirse la de los santos. Asi es como piensan regularmente de los que mueren, las personas mas apegadas á las máximas del mundo. Ellas los alaban, si siguieron durante su vida el partido de la virtud, y deploran la suerte de los que por desgracia han llevado el camino contrario.

Aquel por donde caminaba Adelaida fué á la verdad muy corto: pero recto, y ella se sostuvo en él fielmente. ¡Ojalá que nosotras hubiéramos podido aprovecharnos mas de sus buenos ejemplos! Si fuese permitido el formar unos deseos contrarios á las disposiciones adorables de la Providencia, los nuestros hubieran sido muy vivos para desearla infinitos años de vida: pero no merecíamos poseerla por mas tiempo, y ella habia ya llenado su medida.

Mientras estábamos nosotras muy tranquilas poseyendo este tesoro, ¡oh! y cómo Adelaida nos parecia de una perfecta santidad! Ella causaba nuestras delicias: la amábamos todas con un afecto increíble, y nada nos esperábamos menos que la desgracia de perderla: una enfermedad imprevista nos la robó violentamente: yo no podré con

tar á Vds. las circunstancias, sin que toda mi ternura se resienta; pero por mas doloroso que me sea este recuerdo, debo referirselas á Vds. por menor, á fin de que sepan como se muere, cuando se ha vivido bien, y de que Vds. se alienten para vivir bien si quieren morir lo mismo.

Un sábado, á tiempo que nos estábamos paseando juntas, hablando sobre la devocion con Maria Santisima, á la que Adelaida servia y amaba como á su tierna madre y su poderosa protectora, y cuyas maravillosas grandezas me estaba ella refiriendo con un celo y una perspicacia admirables, me dijo estas palabras que jamás han salido ya de mi memoria: «Siento en mi corazon tan ardiente deseo de ver, despues de Jesucristo, á la Santisima Virgen, en quien tengo todo mi apoyo y confianza, que si me entregára yo á mi voluntad, iria á cada instante á rogarla que me obtuviese la gracia de mi pronta muerte, á fin de poder irla á manifestar cuanto antes mi humilde gratitud en los cielos por las gracias que he recibido de su bendita intercesion.»

Despues de cenar fué cuando me habló asi; á

la mañana siguiente noté en el coro que estaba como pálida y decaída; y observé que se retiró inmediatamente contra la costumbre que tenia de quodarse alli un rato mas que las otras. Se lo fui á decir á la madre Sor Gabriela, que inmediatamente marchó á su cuarto, y la halló en un desfallecimiento general, con la cabeza muy pesada, muy pálida la tez, y un poco sofocada. A la caída de la tarde la sobrecogió un sudor frio, al que se siguió una fiebre violenta, con un dolor fijo y agudo á su costado, acompañado de la tos: lo que nos anunció una fatal pulmonia, que fué mas fuerte que todos los remedios, y nos la arrebató en menos de ocho dias.

Por todo este tiempo, la madre Sor Gabriela no la perdió de vista ni un solo instante, y no sé como no se murió tambien de tanta fatiga. No se separó ni de dia, ni de noche, de junto á la almohada de la enferma, sin consentir en que ninguna otra la asistiese; y el dolor que ella tenia de ver á su querida Adelaida en tan inminente riesgo de perder la vida, la agoviaba tanto como su ánsia por sacarla del peligro y aumentaba sus

fuerzas para poder servirla.

La enferma veía muy bien el exceso de la aflicción de esta madre, á pesar de la violencia que ella se hacia por contener sus lágrimas. Adelaida procuraba consolarla, pero cuanto mas á este efecto la decia, mas á la madre penetraban sus palabras, y asi se hacia mas profunda la herida de su corazon. En efecto ¿quién hubiera podido tener aliento para ver sin pena á una doncellita de diez y ocho años, y de tanto mérito, perecer al rigor de un mal tan repentino y violento!

Por lo tocante á ella, llena de confianza en su Dios, dejaba el mundo con un despego de parte de su corazon, que nos admiraba á todas. A mi se me permitió el estar junto á ella por el dia, y me parece que no hubiera sentido tanto que me arrancáran la vida, como que me impidiesen verla: bastante fué para mi el haber condescendido á no quedarme alli por la noche.

Al segundo dia de su enfermedad pidió ya su confesor, con quien hizo la confesion general; despues hizo su testamento legal, á favor de la condesa de la Verda, porque no tenia ningun pa-

riente, y el nombre de su familia se estinguia en ella. Como apenas la dejaba yo, fui testigo de sus sentimientos, y procuré retener cuidadosamente todas sus palabras. La pregunté si temia la muerte: «nada se me dá por dejar de vivir, me respondió, pero temo mi juicio final. Sin embargo, por mas que yo haya ofendido á mi Dios, lo espero todo de su infinita misericordia, confiando en los méritos de nuestro Señor Jesucristo y en la poderosa intercesion de la Santisima Virgen, á quien he tomado por mi abogada.»

La madre Sor Gabriela la preguntó tambien otra vez ¿si nó tenia sentimiento de dejar la vida? «Esta vida! dijo ella, ¿qué haria yo aqui? No hay en este mundo cosa que me le haga desear; cuanto mas se ve en él, mas culpas se cometen; con que ¿qué es lo que puede hacérmele apetecer. Por lo tocante á eso, puedo estar tranquila; y aun me temo, si lo estoy con demasia; tal vez haya algo de presuncion en esto, habiendo ofendido á Dios tanto como lo he hecho: pero me siento tambien con tanta confianza en su infinita bondad y con un deseo tan ardiente de verle, que mi co-

razon está rebosando de alegría.»

La buena madre al oirla hablar así, se volvió de espaldas con disimulo, para poder llorar, sin que ella la viese; yo quise consolarla, pero mi llanto empezó tambien á derramarse; ni una ni otra pudimos ahogar nuestros suspiros, tanto, que la enferma no los oyese. Al punto nos llamó, y dijo con un acento afable, que nos hacia aun mas sensible su dolorosa situacion. «¿De qué se afligen Vds? ¿Es porque van á perderme? Yo valgo muy poco: ¿es porque voy á ver á mi Dios? ¡Ay de mi! ¿Qué mejor cosa me pueden Vds. desear? Yo si, dejo á Vds. pero es para volverlas á ver al cabo de algun tiempo: porque nuestra fé no es una cosa vana; por último nos juntaremos en la eternidad; entonces nuestra union no estará ya sujeta al tiempo y durará tanto como Dios mismo. La madre Sor Gabriela la interrumpió para decirla, si no la incomodaba el hablar demasiado, pues aunque nosotras hubiéramos querido oirla continuamente, temiamos que la fuese dañoso al pecho: no señora, de ningun modo, la respondió Adelaida, antes el hablar de Dios me alivia:

con Vds. dos puedo yo desahogar mi corazon, y esplicarme sin miedo: tales conversaciones me escitan al amor divino.

Sin embargo nosotras nos ibamos con tiento, y solo la hablábamos por intervælos; pero estos cortos instantes no nos satisfacian enteramente, y si nos hubiéramos dejado llevar de nuestro deseo, no la hubiéramos dejado descansar un momento. Muchas veces nos creiamos que estaba descansando, y procurábamos dejarla: pero cerrando los ojos en cuanto al exterior, en lugar de entregarse al sueño, tenia ciertas jaculatorias con Dios. Yo me acercaba de cuando en cuando, muy despacio, y corria un poco las cortinas de su cama, para ver como estaba, y conocia yo, que se elevaba hácia Dios ya por medio de varios suspiros que arrojaba hácia él con muchisima violencia y ya por ciertos actos de contricion, ó bien entregándose en manos de la misericordia divina ó deseando su tránsito á la gloria.

Yo se lo repetia á la madre Sor Gabriela, y queriendo volverla á sorprender en tan santas disposiciones la buena madre se acercó conmigo,

y la vimos sus ojos levantados hácia el cielo, con un rostro sereno, y encendido á un mismo tiempo, como una persona que se abrasa con las activas llamas de la caridad. •¿En qué estás pensando ahora, mi querida Adelaida? la dijo la madre, bañada en lágrimas.—Pienso, la respondió, en la gracia que Dios me ha hecho con sacarme de Inglaterra, donde tal vez me hubiera yo perdido, y con haberme traído á esta casa, donde he tenido tantos medios para trabajar en mi salvacion. Esto despierta toda mi gratitud; y si me dejára llevar de estos sentimientos de mi corazon, me pondria á dar gritos con todas mis fuerzas: ¡qué bondad ha usado Dios conmigo, libertándome de tantos peligros, y conduciéndome aqui, donde todo es favorable abundantisimamente á mi alma! Si él se digna tener misericordia de mi, me parece que la eternidad no será de bastante duracion para que yo le cante los himnos de accion de gracias que le debo.

¿Te acordarás allá de mi, hija mia? la dijo Sor Gabriela, ¿Y de mi tamhien? la añadió yo.—Muy ingrata habia yo de ser, si llegase á olvidar á

Vds. despues de tanto como las debo.»

La señora abadesa que vino á la sazón, nos interrumpió. Ella la hizo una corta exhortacion sobre el desprecio del mundo y el sacrificio voluntario que debia hacer de su vida, si era la voluntad de Dios que muriese: porque se la podia hablar de la muerte sin que ella se asustase; antes debia temerse el afligirla, dándola esperanzas de vida. Adelaida la estuvo oyendo con un respeto y una humildad, que la enterneció tanto como lo estábamos nosotras mismas; allí no habia mas que la enferma, que se sostuviese firme.

La madre abadesa venia á verla, por lo regular tres veces al dia; las religiosas venian tambien sucesivamente, tanto para edificarse juuto á ella, como por visitarla; pues su virtud la habia adquirido, no solamente la estimacion, sino tambien el respeto y aun el amor de toda la comnidad; y si la madre abadesa hubiera condescendido con los vivos deseos de las religiosas, el cuarto de la enferma hubiera estado siempre lleno de gentes.

Ella pidió que la dejáran ver á las colegialas,

y hubo que llamar á todas las de las tres clases; fué dando la mano á cada una en particular, con una espresion hecha con la cabeza, con tanta gracia, que ni una sola de ellas hubo que dejase de llorar. La madre Sor Gabriela las habia prohibido que la habláran, porque esto la hubiera debilitado mucho; pero Adelaida no habiéndose quedado plenamente satisfecha con haberlas manifestado por señas lo que hubiera querido decirles, suplicó á la madre Sor Gabriela, que las juntase á todas, y las dijese de su parte, que si la debilidad en que su mal la tenia no hubiera sido un obstáculo á sus deseos, hubiera querido con todo su corazon echarse á los piés de cada una de ellas para pedirles perdon de los malos ejemplos y de los disgustos que las habia dado.

Cuando la buena madre cumplió con este encargo, empezaron á oirse por todas las salas los gritos dolorosos de las colegialas; de modo que la madre abadesa, y varias religiosas que los oyeron fueron allá corriendo, creyendo que las habian ya dado la noticia de la muerte de Adelaida. Era un espectáculo el mas tierno, el ver la desolacion

en que estaban todas aquellas criaturas. Las que se habían portado mal con ella, cuando aquella señorita de quien hablé á Vds. estaba en el colegio, se acusaban de ello públicamente, y alababan su paciencia, tanto como condenaban su propia indiscrecion. Otras hacian mencion de todos los favores que ella las habia hecho en varias ocasiones. Otras publicaban sus virtudes, y contaban todo lo que ellas la habian visto hacer de ejemplar y edificativo: en fin, alli no se oian mas que llantos, sentimientos, elogios, quejas y desolacion. Pero la que causó mas admiracion fué la princesita de Santa Fé, la niña turca, cuya historia conté á Vds., y cuya direccion tomó á su cargo Adelaida. A la verdad que ella ni gritaba ni lloraba; pero era porque el esceso de su dolor casi la ahogaba; y en efecto, estuvo mala y de peligro. Estaba alli en un rincon tirada sobre una silla, con tanto desfallecimiento, que ni aun tenia fuerza para arrojar las lágrimas.

Sin embargo, Adelaida conociendo que se iba debilitando mas y mas, rogó á la madre abadesa, y á la Sor Gabriela, que no dejasen ya entrar en

su cuarto mas que á su confesor y á mi, á fin de que pudiera disponerse con menos distraccion para el terrible tránsito del tiempo á la eternidad. Al cuarto dia de su enfermedad se la dió ya el Viático; ella hubiera querido que se la hubiese permitido el recibirle á lo menos de rodillas sobre su cama; pero escediendo su debilidad á sus deseos, no pudo ejecutarlo. Para suplir en algun modo á este acto de humildad, la sugirió su fervor siempre fecundo en sus santos ejercicios, el suplicar á la madre Sor Gabriela que la tragese una soga; se la echó al cuello á fin de recibir al Santisimo en calidad de suplicante, y mirándose como una indigna delincuente, que no merecia sino la terrible venganza de la justicia divina, cuyo único arbitrio consistia en su infinita misericordia. Asi lo decia ella misma, y lo mismo hizo al recibir la estremauncion, respondiendo con mucha presencia de espiritu á todas las oraciones.

La madre Sor Gabriela la leyó la pasion de nuestro Señor Jesucristo, y mientras tanto, me puse yo de rodillas á los pies de su catre, con

mis ojos fijos sobre los suyos, para llegar á conocer, si podia, las disposiciones de su alma. En efecto, segun me creí ella estaba sobrecogida enteramente de la santa lectura que escuchaba. El espiritu maligno, que en la última hora redobla por lo comun sus esfuerzos, quiso tentarla por la infidelidad y la desesperacion: ella llamó á su confesor y le dijo, «¡padre mio! se me tiente contra la fé; pero protesto que quiero morir siendo hija de la santa iglesia romana, y que sacrificaria mil vidas, si las tuviese, antes que dudára del punto mas pequeño de su creencia: por otra parte, la multitud de mis pecados y el rigor de la justicia divina me estremecen: fortifíqueme V. por Dios, pues lo necesito verdaderamente.» Aquel santo varon la confortó, la consoló, y la rezó las oraciones de los moribundos. Todavia vivió como un cuarto de hora, conociéndose y conociéndonos perfectamente, y disfrutando de una admirable tranquilidad. Pero cuando menos nos lo esperábamos, abrió repentinamente sus ojos, que volvió hácia los pies de su cama, y dijo gritando, como con un esfuerzo superior á su extrema debilidad:

«¡ay Dios mio!... ¡Dios mio!... Estoy viendo á mi querida madre que me llama.» Confieso á Vds. que me sobrecogió cierto pavor; se levantaron mis cabellos sobre la cabeza, y estuve para dejar caer la vela que tenia en la mano, temiendo ver tambien á la muerta que ella veia. Despues dijo con un acento mas sosegado, y llena de fervor: «¡Dios mio! en vuestras santisimas manos encomiendo mi alma!» Estas fueron sus últimas palabras, porque habiéndose llevado á la boca el divino Crucifijo, que tenia en la mano, y que besaba continuamente ó aplicaba sobre su corazon, su rostro se volvió pálido, se apagó la luz de sus ojos y exaló su alma con tan poco esfuerzo, como si hubiese quedado entregada a un tranquilo sueño.

Hasta entonces la madre Sor Gabriela y yo habiamos sostenido nuestro aliento del mejor modo posible; pero en este instante nos faltaron las fuerzas: ambas á dos caimos como en un mortal desfallecimiento, de modo que al confesor y dos hermanas legas que estaban en el cuarto les costó bastante el hacernos volver á nuestros sentidos.

Al segundo dia de la enfermedad de Adelaïda, la madre Sor Gabriela habia despachado un correo para comunicar la novedad á la condesa de la Verda; por desgracia aquella señora se hallaba con un fuerte cólico en la cama: pero en cuanto se sintió capaz de poder sufrir el coche, vino en posta, y sin embargo no logró llegar á casa hasta el dia despues de su muerte. No habia consuelo para ella por no haber podido llegar á tiempo de verla. Aturdió nuestros locutorios con sus gritos y lamentos, y durante el mes que estuvo en Valladolid, no dejó de juntar sus sentimientos con los nuestros, y sus lágrimas con las que derramábamos nosotras todos los dias.

Seria nunca acabar si quisiese yo contar á Vds. todo lo que pasó mientras estuvo con nosotras; lo que puedo decir á Vds. para su edificacion es, que sin embargo de que Adelaïda la habia dejado por heredera de sus grandes riquezas, esta prueba de su buen corazon no sirvió sino para que la fuese mas sensible su pérdida. ¡Raro ejemplo de desinterés! Por lo comun no es el corazon el que se aflige mientras se riega con las lágrimas la

tumba de aquellos de quienes se recibe una grande herencia.

Vean Vds. en fin á esta virtuosa Adelaida, de la que deseaban saber la historia de su vida; ¿hubieran Vds. creído poder hallar entre sus antecesoras un modelo de virtud tan digno de imitacion? La relacion que acabo de contar á Vds. no debe serlas absolutamente estéril. Si la miran Vds. como dichosa por haber sido tan santa, deben aspirar á la misma felicidad siguiendo sus huellas. Ni piensen Vds. que sea inimitable, porque la he hecho ver tan perfecta. Tanto como ella pueden Vds. serlo con la ayuda de la divina gracia; tampoco se pide que Vds. la iguallen á los principios, poniéndose en el estado sublime de su virtud: se necesita tiempo y aplicacion: tengan Vds. valor y celo, y aunque se consideren muy inferiores á ella, léjos de decaer por eso de ánimo, saquen fuerzas (digamoslo así) de su propia flaqueza, y pongan manos á la obra. Dios bendecirá sus esfuerzos y su emulacion. La primera tentativa conducirá á Vds. á unos dichosos progresos, y estos lograrán un éxito favorable.

Aprovéchense Vds. del tiempo y los arbitrios que tienen en esta casa para consolidarse en la virtud.

Hagan Vds. un grande acopio de ella, á fin de que se hallen con suficiente provision cuando salgan de aqui para el estado en que Dios las ponga. Que sea para el de la religion ó para el del siglo, tienen Vds. que disponerse con tiempo. Si Dios llamase á Vds. para la vida religiosa, se necesita que se hagan dignas de una gracia tan preciosa, manifestándose fieles á las que logran Vds. ahora. Aunque en este sante estado sean menores los obstáculos para la salvacion, y mas poderosos y grandes los medios para trabajar en ella, la virtud debe disponer á Vds. para él, asi como debe tambien conducir las hácia él mismo si es que llegan á tener vocacion.

Pero si Dios llama á Vds. para el siglo ¡con cuánta mas razon deben tomar sus medidas para no perderse en él! Hay infinitas personas á quienes seduce la ilusion de que porque se han de quedar en el mundo, las basta menos devocion, ó tal vez no necesitan de ella. ¡Qué error tan

grosero! ¿No se debe llevar mayor precaucion á donde hay mas peligros? ¿Quién sale al encuentro á su enemigo sin disponerse con las mejores armas? ¿Qué seria de una señorita al salir de su colegio, si no se hubiese formado un fondo sólido de virtud? ¡Podria sostenerse ni un solo dia en el mundo, sin dejarse cegar de su falso resplandor, y sin llegar á enredarse en sus máximas perniciosas! Prontamente desampararian su espiritu las instrucciones que hubiese recibido en el colegio; las diversiones, los pasatiempos y las bagatelas se apoderarian de su corazon: cuanto mas se viese dueña de si misma, se sumergiria mas en todos los recreos. Asi es como se principia una vida mundana, se continúa con ella por el mismo estilo, y se la termina, en fin, por una muerte, que de ningun modo puede llamarse cristiana.

Y despues de esto ¿qué suerte cabe al alma? Ella deja esta vida, asi como si saliese de un sueño, donde toda la vanidad, de que ha disfrutado, desapareciendo ya y no quedando mas que sus obras que la sigan, no tiene ninguna recompensa

que esperar, porque no fueron tales que la merezcan.

Como no he contado á Vds. la historia de Adelaída mas que para animarlas á su imitacion, cualquiera colegiala, que quisiese formarse por ella, no tendria que hacer mas que seguirla en las diferentes clases, procurando imitarla bien. La vimos señalarse en la primera por su sinceridad, su docilidad, y aquel noble deseo de aprender, que llamé yo una laudable curiosidad.

Cuando se ponen estas tres virtudes por fundamento de la educacion, puede levantarse muy bien la obra hasta el punto que se quiera, y continuarla felizmente hasta su perfeccion. Tal fué Adelaída en su infancia; la disimulacion, la terquedad y la mentira, no tuvieron poder alguno sobre ella, y por consiguiente no tuvo necesidad de desarraigarlas. Sus labios eran siempre los fieles intérpretes de sus pensamientos, y su amor por la verdad fué tan constante, que hubiera tenido mas confusion en evitar el castigo, disfranzando una falta, que á un espiritu terco le hubiera costado despecho someterse á él.

Su docilidad nos enseña tambien á agradecer el que nos corrijan, y á no volvernos nunca contra la correccion. Una jóven, que no puede sufrir que la reprendan, merece muy bien el conservar despues, con sus defectos, toda la vergüenza de su indocilidad. Los de Adelaida no eran muchos ni considerables, y se corrigió fácilmente de ellos porque quiso siempre ser corregida. El deseo de instruirse fijó su aplicacion. Su talento supo coger varios conocimientos útiles, y su corazon las máximas mas saludables: se la enseñó todo cuanto una señorita noble debe saber, y su emulacion fundada sobre el amor al cumplimiento de la obligacion, la forzó á seguir las instrucciones de sus maestras. Su ánsia en este punto igualó al de ellas, y acaso no me propasaria yo, si dijese que las escedia.

Pero ¡cuánta fué aquella tierna devocion que nosotras admiramos en ella, y que nos la hizo amar y respetar tanto! Aquella devocion tierna é infantil, que la hizo brillar en medio de nosotras como una hermosa aurora, casi en el mismo instante en que la vimos: devocion que la hacia tan

modesta en las oraciones, tan prudente en los ejercicios, y que la inspiraba tal horror al pecado que la mas pequeña falta sobresaltaba su conciencia timorata. Vean Vds. aqui una conducta que sin duda puede servir de regla á las colegialas de la primera clase, y aun las de las otras pueden muy bien aprovecharse mucho de ella.

Asi como un manantial copioso se derrama y reparte en varios arroyos, asi la devocion de Adelaida se fué desenvolviendo mas, en la segunda clase, por los diferentes ejercicios de virtud, de que nos dió el ejemplo despues de su primera comunión. Se vió claramente que este santo sacramento de vida habia producido escelentisimos frutos en su alma inocente. Ellos llegaron á hacerse prontamente perceptibles por las resoluciones que ella tomó, y particularmente por su fidelidad en practicarlas; porque ¿de qué serviria el formarlas para olvidarse de ellas al punto? No, Adelaida no se portó asi: se propuso un particular respeto por la oracion, y cumplia con ella, de modo que nos le inspiraba á nosotras mismas: se propuso una exacta observancia de todas las re-

glas de las colegialas, y se sometió con toda la exactitud que pudiera esperarse de una religiosa.

Ella se propuso la sumision y obediencia á sus maestras, y ninguna de estas encontró en ella la menor oposicion á su voluntad. Se propuso la caridad y la politica para con sus compañeras, y no solamente no hubo ni una sola de ellas que tuviese ocasion de quejarse de ella, sino que todas la debieron cuanto puede esperarse de un buen corazon, de un corazon afable, de un corazon generoso, y de un corazon, por último, que parece olvidarse de si mismo, por sacrificarse para el consuelo de los otros; en fin, ella se propuso la modestia, la retentiva y otras varias virtudes, cuya enumeracion seria muy larga, mas todo lo observó al pié de la letra.

Pero esto no fué todavia mas que como el preludio de una virtud mas fuerte y elevada. Se la vió en la tercera clase sostenerse con una invencible paciencia contra las contradicciones de algunos espíritus enemigos de su virtud, y apartarse con prudencia de su trato contagioso, sin que por esto la caridad se alterára jamás en su

corazon. Por el mismo principio de religion se la vió tambien cambiar su suavidad en rigor, y repeler vigorosamente un ataque peligroso, cuyos efectos destrozó ella al primer golpe, por la fuerza de su celo.

Este último ejemplo debe ser para Vds. de mas consideracion que los otros, porque él las precave de un lazo, que está muy tendido y cubierto por el mundo, para la pérdida de muchas almas; grábenle Vds. profundamente en sus razones y tengan gran cuidado con que el tiempo que lo destruye todo, jamás llegue á borrarle de su memoria. Adelaida habia tomado, sin duda, su fuerza invencible, de los ejercicios espirituales que practicaba con tanto fervor. La meditacion, las lecturas ascéticas, la limosna, ella cumplia con todo esto de un modo correspondiente á su grande celo, y cuando llego yo á ponderar este mismo celo, pueden Vds. fácilmente conocer hasta qué alto grado le poseeria.

Enriquecida con estos méritos á los ojos de Dios, se halló perfecta ya, en una edad, en que otras tienen mil defectos de que acusarse; y Dios,

remunerador eterno de la virtud, se dió prisa á colmarla de ella, á proporcion de la prontitud con que se hizo digna. Ella murió pues muy jóven pero vivió mucho tiempo, porque procuró aprovecharse de él. Murió santa porque habia vivido santamente, y no temió la muerte, porque sus obras la daban una justa confianza en la divina misericordia. ¡Dichosas las jóvenes que la imiten. La senda que ella ha seguido es la mas recta; nadie puede estraviarse, siguiendo sus huellas.

Yo concluiría aqui la relacion de las virtudes de esta amada amiga mia, cuya memoria permanecerá en mí tanto como mi vida, esperando á que Dios por un esceso de su bondad, me conceda la gracia de asociarme con ella en su santa gloria; pero para dar á esta larga narracion las últimas pinceladas por la utilidad que Vds. pueden sacar de ella, no llevarán á mal, que yo continúe refiriéndolas, en compendio, la buena conducta de dos de sus compañeras, una de las cuales fué religiosa, y la otra colocada en el siglo: ámbas á dos, muy amigas suyas, y las que mas particularmente procuraron imitarla.

La religiosa era de la ilustre casa de los Almanzores de Sevilla, y se llamaba Isabela: hija única del marqués de este título, que supo poner á sus piés las esperanzas del siglo, para consagrarse á Jesucristo en uno de los monasterio de aquella ciudad. Apenas pasó á la tercera clase cuando comunicó su designio á la madre Sor Gabriela, la cual, como maestra prudente, esperó á que se lo repitiera muchas veces, antes de confirmarla en su intento.

Despues de estas primeras pruebas, la misma madre la aconsejó que hiciese un novenario á Maria Santisima, otro al ángel de su guarda, y á S. José otro; y viéndola siempre firme en su santo proyecto, hizo que la examinase un sacerdote muy experimentado, el cual hizo á este efecto las mayores pruebas, y concluyó en fin diciendo que su vocacion era perfecta.

Sin duda que debia esperarse una tenaz oposicion por parte de sus padres. ¡Qué sacrificio tenían que hacer, en efecto, para privarse por siempre de una hija única! Pero no podian menos de temerse la ira de Dios; y despues de unas pruebas

prudentes, con que se aseguraron de la santidad de su vocacion, imitaron la generosidad de Abraham, y se sometieron á las órdes de la providencia.

La primera cosa que hizo Isabela quando entró al noviciado, fué ya como una prueba del alto grado de virtud á que llegaría despues. Ella fué á busear á su maestra de novicias, y arrojándose á sus piés con una candidez, y con la humildad de un ángel, la habló en estos términos. «Madre mia, yo me constituyo su hija: vengo á despojarme de mi voluntad para no tener otra que la de V. misma. Disponga V. de mí como guste; me descargo enteramente del cuidado de mi propia conducta, dejándole en V.» La maestra, que además de su larga esperiencia tenia una virtud sublime, se arrebató de alegria al ver á su novicia en tan buenas disposiciones. Ella supo aprovecharse de ellas para formarla sobre las virtudes religiosas; y la novicia, dócil á su direccion, hizo tan grandes progresos, que antes de que tomara el velo, se la hubiera podido mirar ya como á la religiosa mas antigua.

Vds. podrán formar una idea de esto mismo por lo que ella escribía á la madre Sor Gabriela, participándola su profesion. «En fin, dice ella, ya he conseguido por la misericordia de Dios lo que deseaba con tanta ánsia, y lo que le he pedido con tanta vehemencia. Ya me tiene V. consagrada á Jesucristo para siempre. Estoy ya unida con él por unos nudos indisolubles; no hay cosa igual á la alegría de mi corazon; él triunfa con su felicidad. ¿Qué es lo que me queda que haacer sino guardar una inviolable fidelidad á aquel que se ha dignado ponerme entre el número de sus escogidas esposas? tal es mi resolucion. El mundo, que he dejado, será en lo sucesivo para mi como un pais de olvido: Dios solo llenará mi corazon; pues que me he sacrificado enteramente á él ¿cómo dejaria yo de ser toda suya?

En una segunda carta, ella la incluia el plan de conducta que se habia trazado para toda su vida con acuerdo de su maestra. Todo este plan se reducía á cinco articulos principales, á saber: separacion del locutorio; espiritu de pobreza; obediencia ciega; caridad cumun, y fidelidad exacta

en guardar la regla; y puede asegurarse que la observancia de estos particulares hizo en ella una perfecta religiosa: esto es, un modelo digno de la imitacion de las otras, y una alma cándida, y de una estrecha union con su Dios.

Por lo respectivo al locutorio, ella se propuso no presentarse en él, mas que rarisima vez, y esto para sus parientes mas cercanos únicamente, y la condicion de no hablar alli de lo que pasase en el mundo. Una prima carnal suya, muy embuida de las máximas del mundo, quiso un dia hacerla alguna réplica sobre la dificultad, que ella ponía en recibir sus visitas con frecuencia: «Yo no sé que quiere decir eso. Pues qué! ¿será pecado el ver á una prima, y prima carnal como yo lo soy? Vds. las religiosas en todo son estremadas, y si se necesita eso para ser virtuosa, doy á Vds. gracias por su virtud: ella me quitaria á mi la vida antes de los seis meses.» Se vé muy bien, la respondió Isabela, que no conoce V. las obligaciones de mi estado: pero ya que V. las ignora, respétalas á lo menos como un misterio superior á su inteligencia; yo ni estoy ya en el mundo, ni soy del mun-

do, y por consiguiente no debo estar con él sino lo menos que pueda. • En otra ocasion esta misma señora quiso participarla algunas novedades que andaban por la ciudad: •dejemos, la dijo ella, el mundo, por lo poco que vale; lo que sucede en él me interesa tan poco como lo que pasa en la luna; ni tengo la curiosidad de saberlo, ni gusto de oirlo. • Por esta separacion del comercio del mundo encontrándose Isabela absolutamente encerrada en su monasterio, podia entregarse por mas tiempo á la salvacion de su alma, sin que la desarregláran la distraccion, los disgustos y las inquietudes, que el demasiado trato con las gentes de fuera causan por lo comun á las religiosas.

La exactitud en el cumplimiento de su voto de pobreza no podia llegar ya á mas alto punto; todo la manifestaba en su persona: no solamente no tenia para su uso mueble alguno raro ó precioso, sino que se habia limitado á lo necesario y con la mayor sencillez. Jamás llegó á oirse, que dispusiese de la menor cosa sin el debido permiso. Ella no hacia gasto alguno inútil, ni considerable, diciendo que una verdadera pobre ni tiene

supérfluo, ni puede gastar mucho. Habiendo entrado en su celda una religiosa, y viéndola tan desprovista, la dijo: «Yo creo que si se quitára de aquí un alfiler, se privaría á V. de un mueble esencialísimo, segun las medidas que V. ha tomado para tener únicamente lo preciso. Verdad es, la respondió Isabela con un aire risueño, que todo lo que aquí tengo es para mi absolutamente indispensable, pero ¿cuántos pobres hay que ni aun lo necesario tienen?»

Este despojo exterior manifestaba muy bien el de su corazón: jamás pudo verse otra religiosa menos adherida á sus cosas. Me parece que si la hubieran quitado su cubrecama, y la hubieran puesto en su lugar otro peor, hubiera estado tres ó cuatro dias sin conocerlo. «¡Qué cosa es tan miserable, decia ella, la de aficionarse en la religion á unos pindájos, y á unos malos muebles, despues de que se ha renunciado á las riquezas terrestres! Ya que se prodiga la estimacion á aquellos, valia mas conservarla á éstas, quedándose en el mundo.»

Despojada de todo por la pobreza evangélica,

quiso también despojarse de su voluntad por la práctica de la obediencia. Pero ¡qué práctica! Y hasta qué alto grado de perfección la hizo subir! «Se necesita (asi escribia á la madre Sor Gabriela) que se verifique en mi lo que en los holocaustos, de los que no queda cosa alguna, porque todo se consume en ellos. Yo quiero estar muerta para todo, á fin de que no quedando nada de mi misma, de algun modo, solo Dios reine en mi corazón. Yo renuncié al mundo, y he tomado las medidas correspondientes para que no me interrumpan sus noticias inútiles. Renuncié á las riquezas, y me he reducido á lo menos que he podido con toda discrecion. Trabajo continuamente en renunciar á mi voluntad, y á la verdad que me es harto costoso; pero espero que me ayudará V. con sus saludables consejos y oraciones á despojarme tanto de ella, que llegue yo por último á no tenerla.»

En efecto asi lo logró, y se hizo tan dócil á la voz de la obediencia, que se puede decir que ella no sabia mas que obedecer. Algunas veces se decia asi misma. «Acuérdate ¡oh alma mia! de

la importante instruccion que recibiste de la madre Sor Gabriela en su última conversacion. Entonces te dijo que nunca hay mayor seguridad de hacer la voluntad de Dios, que cuando se renuncia á la propia, para obedecer á la superiora. Esta es tu regla ¿por qué deseas otra cosa mas que el conocer lo que Dios exige de ti, y conformarte con ello? Todo se encuentra en la voz de la superiora: ella es para ti el intérprete de las órdenes de Dios, no hay mas que conformarse á ciegas con lo que mande, sin ninguna restriccion. Con estas reflexiones se alentaba á la obediencia y no faltaba ella á la práctica. Asi, que la dejarán en su celda, ó que la cargáran de ocupaciones; que la pusiesen en un empleo ó en otro, á todo era indiferente, porque no pensaba mas que en cumplir bien, para satisfacer á las intenciones de la superiora. Queriendo ésta una vez probar su virtud, la interrumpió por ocho dias seguidos en medio de la oracion, para que fuese á relevar á una religiosa, que cuidaba de los albañiles que trabajaban en el monasterio, y ella obedeció siempre con tanta prontitud y gusto, como si la man-

dáran algo, muy propio de su genio.

Pero si la obediencia la tenia tan muerta para si misma, tambien puede decirse que la caridad la hacia vivir para sus hermanas. Tres máximas la habia hecho aprender sobre esto la madre Sor Gabriela, que ella observó al pié de la letra durante su vida. La primera era la de sufrir siempre, y por siempre á las otras, y de no dar jamás la menor ocasion á ninguna de ellas para que pudiesen ejercitar su paciencia. La segunda, no negar cosa alguna, á menos que no fuese contra su conciencia el darla. La tercera, amar á todas sus hermanas, sin predileccion particular con que pudiera resentirse la caridad. ¡Oh cuánto encierra en si la práctica de estas escelentes máximas! Si yo hubiera de esplicársalas á Vds. por menor, necesitaria de muchos dias.

Su paciencia y afabilidad para sobrellevar el humor de los diferentes genios, era admirable. Nunca pudo conocerse, si llegó á tener oposicion alguna por cualquiera de sus hermanas. Siempre tenia con ellas un rostro sereno, y las manifestaba una cordialidad, que las hacia creer con ra-

zon á cada una en particular, que la merecian todo su afecto. Las contradicciones no la chocaban, ni la cansaban las impertinencias. Todo lo sufría con la paciencia de un corderillo, y puede tambien decirse que tenía la ligereza de un ciervo para correr en busca de ellas, cuando podia serlas de alguna utilidad. Se la confirió el empleo de enfermera y son innumerables los actos de paciencia, de caridad, y de mortificacion, que allí ejercitó. Su celo, para el consuelo de las enfermas, la daba unas fuerzas superiores á su temperamento; aunque era pequeña de estatura y de una complexion delicada, las servia con tanto cariño y maña, que su caridad y su habilidad suplian á lo que podia faltarla por el lado de su salud. •Me han destinado á la enfermeria (escribia á la madre Sor Gabriela) y todavia no me ha enviado V. la enhorabuena. ¡Qué felicidad tengo de poder servir á Jesucristo en la persona de sus esposas enfermas! V. se acordará de que yo era muy delicada cuando estaba de colegiala; pues Dios ha reanimado este cuerpecillo, como con un segundo espiritu, que le dá un vigor estraordi-

nario. Me siento con tan vivo deseo de servir bien á mis hermanas, que este mismo anhelo suple por mis fuerzas, y me hace hacer mucho mas de lo que yo esperaba de mí: vea V. si Dios es bueno para conmigo! Yo debo sin duda estas gracias á las oraciones de V. y la ruego que me las continúe, para que logre yo otras muchas..

Acerca de su exactitud en el cumplimiento de la regla, se la dió en su monasterio, despues de su muerte, el glorioso testimonio de que jamás faltó al menor articulo de ella; de modo, que puede decirse, que su fidelidad la hacia una regla viva, y que cualquiera podia instruirse, tanto por su conducta, del contenido de ella, como si la leyera en el impreso.

No solamente observaba su letra, sino que penetraba su espiritu, y conformaba con él sus intenciones. Asi, no obraba ella por costumbre, y sin reflexion; sino que procuraba animar todas sus acciones por los motivos prescriptos por la regla, lo cual habia aprendido de la madre Sor Gabriela, y es el modo mas perfecto de practicarlas.

Lo que hasta aqui he dicho á Vds. de esta fervorosa religiosa es mas que suficiente para que vean en esta buena esposa de Jesucristo el modelo de una santa.

En efecto: qué mas se necesitaba para que lo fuese que olvidar al mundo, desasirse de la tierra, renunciar continuamente á su propia voluntad, tener con sus hermanas una caridad sincera y sin distincion de personas, y dirigir todas sus acciones por la regla que habia abrazado? ¿Puede haber para una religiosa otro camino mas seguro para llegar á la perfeccion? No se trata aqui del don de la oracion eminente, ni de ninguno de esos estados extraordinarios, sin los cuales se puede tambien muy bien llegar á la santidad: y aun digo, que en vano se lisongearia cualquiera de poder arribar á esos grados heróicos, si no procurase practicar fielmente estos articulos, con que acaban Vds. de oir que Isabela cumplia de un modo tan sobresaliente.

Permitanme Vds. que además de lo dicho las dé noticia de tres resoluciones que ella habia formado, segun se lo escribió á la madre Sor Ga-

briela, y cuya práctica la hizo una de las religiosas mas espirituales de su tiempo. La primera fué la de velar con el mayor cuidado á fin de no cometer ningun pecado con pleno conocimiento, esto es, con un propósito deliberado, y contra la luz de su conciencia. La segunda, de no conservar en si voluntariamente el hábito de ninguna imperfeccion, aborreciendo todo lo que desagrada á Dios por pequeño que parezca. La tercera, estar siempre dispuesta á cumplir con la voluntad de Dios ya que la conociese por inspiracion divina, ya por aviso de su confesor, ó bien por el precepto de su superiora. No necesitan Vds. saber mas, para conocer si ella fué recogida, humilde, penitente, amante de la oracion, y si la dispensó Dios varias gracias. Cuando es una muy fiel en éstos tres puntos, camina mucho por la via espiritual, y Dios, superabundantisimo en misericordias, é infinitamente generoso no se deja superar en liberalidad por una alma que es generosa con él.

Me queda aun que hablar á Vds. de la otra colegiala que se estableció en el siglo: llamábase

Doña Maria Cristina de Ribas, hija del conde de este titulo, y uno de los señores mas ricos de Madrid. Ella fué siempre del número de las que practicaron la virtud con mas ardor en el colegio, y por consiguiente una de las amigas mas intimas de Adelaida. Como jamás pensó en ser religiosa, (sin embargo de que estimaba y respetaba mucho este estado) sus padres que la amaban con la mayor ternura pensaron en casarla. Ella dejó á su cargo la eleccion del partido que pudiera convenirla, y se limitó por su parte á suplicar al Señor que les diese á conocer el sugeto, que él la habia destinado.

Oyó Dios sus ruegos favorablemente, y se casó con un jóven caballero, coronel de un regimiento de dragones, llamado don Antonio Gomez de Perales, sugeto de una cristiandad no inferior á la suya, y cuyas prendas le hacian un caballero de los mas completos del reino de Valencia. Jamás se vió un matrimonio mas igual. La edad era muy proporcionada, las familias iguales, las rentas suficientes para sostener su estado y ámbos pensaban tan bien sobre la religion, que

eran muy propios para alentarse mutuamente á servir á Dios.

Unos dias antes que la señorita dejara el colegio, la madre Sor Gabriela la cogió á solas en su cuarto para darla sus últimos consejos. «V. va á entrar en el mundo, la dijo: ¡cuidado con seguir sus perniciosas máximas! mirele V. como un campo de guerra, y esté V. siempre alerta contra los enemigos de su salvacion. No presuma V. demasiado de sus propias fuerzas; y por mas virtud que V. se haya aqui adquirido, acuérdesese de que somos frágiles, y que hay siempre un evidente peligro de caer, cuando nos esponemos temerariamente á la ocasion. V. no podrá sostenerse sino por medio de la vigilancia y de la fuga. Si está V. floja en estos dos puntos, tendré el grandísimo sentimiento de llegar á saber que se ha constituido enteramente mundana.»

«No vaya V. á formarse la falsa idea de que porque no está en un claustro, la es á V. permitido el descuidarse de su salvacion: tan obligada está V. á trabajar en ella, en el estado en que Dios la ha puesto, como lo está una religiosa en

su convento; y aunque no haya V. hecho los mismos votos que ella, tiene V. que observar los deberes comunes de todo cristiano, de los cuales nadie se halla dispensado en ningun estado.

• Estas obligaciones pueden reducirse á tres artículos principales; á lo que V. se debe á si misma, á lo que debe V. á su casa, y lo que V. debe á su clase. Estos dos últimos dependen tanto del primero que se necesita dar siempre la preferencia á éste, cuando aquellos sean incompatibles con él; porque la salvacion de nuestra alma debe ser antes que todo. Ni hay tampoco necesidad de abandonar los cuidados domésticos, con pretexto de pensar en la salvacion, pues ellos forman una parte de las obligaciones de V. tanto como la oracion ó los otros ejercicios devotos. Una señora que emplease todo su tiempo en estar en su oratorio, ó en la iglesia, á costa del que debe emplear en el arreglo de su familia, caería en la ilusion, y creyendo honrar á Dios, le disgustaría con su devocion mal entendida.

• Pero cuidado al mismo tiempo con estender la atencion debida á la clase mas allá de los jus-

tos limites. Desconfie V. de la inclinacion que todas tenemos naturalmente por la distraccion y la relajacion. Hay ciertas visitas que no deben omitirse, pues la caridad y la politica las autorizan en la sociedad civil; pero hay algunas casas que se deben evitar, porque no es fácil asistir á ellas sin que lo pague la conciencia. Pongo en la clase de éstas (y encargo á V. muy espresamente que las evite) aquellas donde se desgaja la reputacion del prógimo, donde se habla con mucha libertad, donde se forman ciertas intrigas, ó donde no se respeta la religion. V. verá cuan frecuentes son éstas, si se va metiendo sin precaucion en las tertulias; y como nos inclinamos mas fácilmente al mal que al bien, si V. tuviese la desgracia de dar oidos á un libertino, verá que éste causará mas perjuicio á su alma en un solo rato, que cuantos buenos propósitos pueda V. formar en muchos dias de retiro..

Tal fué el principio de las instrucciones que la madre Sor Gabriela dió á su discipula. Mas de una hora la estuvo hablando sobre las obligaciones del estado que iba á abrazar. Ya pueden Vds.

comprender lo que la diria, por la utilidad que esta señorita supo sacar de ello despues de su establecimiento. Cuando ya llegó á verse marquesa de Perales, se aplicó tanto á la práctica de todo lo que su ilustre maestra la habia encargado, y se arregló tanto á ello, que no se separó de la senda que la habia señalado.

Pocos dias despues de su matrimonio no dejó ella de participársele, y la dió el consuelo de que supiese que sus resoluciones estaban arregladas á los consejos que la habia dado. «Ya he cumplido en fin con todas mis visitas, la decia en su carta, y me tiene V. en mi casa, gracias á Dios. ¡Qué caos es el mundo! Yo no lo hubiera creido. Pasar hoy el dia en casa de las otras y tenerlas al siguiente en la suya, es cosa muy pesada. ¿Cómo es posible que haya quien pueda tener gusto en estas etiquetas? No puedo ponderar á V. cuanto he echado de menos la dulce tranquilidad de mi colegio, en el tiempo que ha durado esta broma. Me he aprovechado de los primeros dias de mi libertad para formar el plan de mi conducta. La religion ocupa en él su primer puesto; luego se

sigue mi casa, y despues mi clase; ¿cogi bien la idea de V? Yo asistiré todos los dias á la misa, rezaré mi rosario, tendré á lo menos media hora de meditacion, y una lectura devota; todos los domingos iré á mi parroquia al sermon; de quince á quince dias á confesar, interin el confesor que he escogido, sugeto de ciencia y esperiencia tenga á bien que lo haga mas amenudo: porque estoy resuelta á vivir de modo que él me permita colmulgar todas las semanas. »

« Me parece que el señor de Perales es el mismo, que Dios, por su misericordia me ha escogido por esposo. Vivimos en tan perfecta union, que puede servir de simbolo de la concordia, que hace buenos los matrimonios. La voluntad particular no se halla en nosotros, porque no tenemos mas que una, que es comun á entrambos. Hemos dividido, entre nosotros dos, los asuntos de nuestro estado; cada uno tiene su parte, la de él es respectiva á sus empleos, yo tengo la direccion interior de la casa: sin embargo, él me ayuda con sus advertencias, y yo me valgo de ellas, mas bien por gusto que por obediencia. Su devocion

me edifica y anima; por lo regular vamos juntos á misa, y casi siempre á la iglesia donde están las cuarenta horas, por la tarde: antes ó despues de la cena tiene él la bondad de leernos la vida del santo del dia. El es el que reza á voz alta las oraciones que hacemos en comun, á las que asisten todos los criados, aun sin escepcion de los de escalera baja. Las conversaciones particulares que tenemos juntos son para mi de muchisima edificacion; porque sabe hablar de Dios dignamente, sin duda porque tiene en su corazon su santo amor.

En nuestros criados buscamos tres circunstancias indispensables. La primera, que no se oígan entre ellos palabras escandalosas. Segunda, que nada tengan que ver con las criadas de la casa. Y la tercera, que vayan á confesar á lo menos de dos á dos meses. La malicia, las blasfemias, la embriaguez y la falta de recato son casos de espulsion sin remedio. Nuestras criadas tienen sus cuartos separados de los de los hombres. Ninguno se atreve á decirles la menor palabra algo libre; al punto se le rebajaria un tanto de su

cuenta; y las doncellas están en mi habitacion á mi vista. Hasta ahora me ha hecho Dios la gracia de encontrar tan buenos criados que la maldad no entra por medio de ellos en mi casa, por lo que le doy infinitas gracias.

Yo hago aquellas visitas que son indispensables, despues de las cuales me vuelvo á mi retiro ó voy á pasar un rato con la duquesa de Mendoza, una santa señora que edifica á Madrid. Allí nos encontramos regularmente varias señoras, muy resueltas todas á perseverar en el santo amor de Dios; la aseguro á V. que jamás salgo de esta tertulia sin sentir en mi corazon la alegria que causa la felicidad de estar en su divina gracia.»

Asi escribia la jóven marquesa á la madre Sor Gabriela, y se vé por esta relacion que continuaba en su nuevo estado con los virtuosos sentimientos que habia adquirido en el colegio; lo restante de su vida fué muy conforme á tan dichosos principios. Nada añado por mi parte á lo que ella dice sobre sus ejercicios espirituales, sino que cumpla tan bien con ellos, que recogia el fruto correspondiente. El arreglo que habia estableci-

do en su casa habia hecho de ella un virtuoso asilo para las doncellas. Procuraba buscarlas de una moralidad sin tacha, y su ejemplo las servia de instruccion. Su caridad para con sus criados en general era muy arreglada á la que prescribe el Evangelio. Ella sabia mantenerse en su clase sin familiarizarse con ellos; pero por otra parte los consideraba como á sus hermanos, y hermanas en Jesucristo, y tomaba tanta parte en lo que les interesaba, tanto en lo espiritual como en lo temporal, como si tuviese algun parentesco con ellos. Se les trataba con afabilidad; se les pagaba generosamente; se les asistia en sus enfermedades, y se les protegia en sus negocios cuando no eran contrarios á la justicia; ¿podian ser mas dichosos? Así la miraban tambien mas como á su madre que como á su ama; ninguno de ellos pensó en dejar la casa mientras ella vivió.

Este buen orden que reinaba en la familia se notaba tambien en su economia. Arreglado el gasto, con respeto á las rentas, jamás procuró ahorrar por avaricia, ni fué generosa con prodigalidad; sino que guardando un justo medio, supo

abstenerse de los gastos supérfluos y hacer con nobleza los que su estado exigia en ciertas ocasiones.

Ella veia con sus propios ojos todos sus asuntos en cuanto la era posible, y aunque su mayor-domo fuese fiel, creyó deber observarlo con prudencia, para no esponerle á que obrase contra su obligacion. Nunca se verificó que jornalero ó artista alguno tuviese que esperar por su paga; obra hecha, obra pagada; hasta entonces tampoco. Ella no queria que sus arrendatarios se fuesen adeudando por su propia causa, con el miedo de que acumulando sus deudas no se quedasen fuera del caso de poder pagarlas; pero usaba al mismo tiempo de caridad con ellos en sus malas cosechas, oponiéndose con generosidad á que no causasen su ruina. Sus vestidos eran decentes, y su peinado sencillo. Jamás la moda prevaleció en ella contra los derechos de la modestia, y su belleza natural la prestaba mas adorno que el que podia sacar del arte. Una parienta suya la propuso una vez que se pintára el rostro, y ella la respondió sonriéndose; «no hago yo á mi belleza

natural el injusto agravio de creer que no me baste ella para hacerme amable: el amo de casa está contento, y no debo agradar mas que á él.

Asi se portaba la buena marquesa, y lo mismo hizo hasta su muerte; pero aunque su virtud fué constante no se quedó sin prueba. De otro modo ni hubiera caminado por la senda estrecha, ni hubiera llevado la cruz de Jesucristo. Dios la dió un niño y una niña, y aquel, cuya educacion la habia costado tantas penas y cuidados, murió de siete años. Su dolor fué muy grande; pero no fué menor su resignacion. Ella vertió con motivo de esta pérdida unas lágrimas que la ternura natural no podia menos de arrancarla; pero hizo á Dios el generoso sacrificio de la sumision de su corazon que este soberano Señor esperaba de su fé. Asi es que logró un segundo hijo. El ha sido despues la columna de su casa, heredando de sus padres no solamente sus estados y riquezas, sino sus virtudes ejemplares.

Para aumento del mal, la marquesa tuvo varios pleitos con sus vasallos; pero supo tenerlos de un modo que la caridad no se resintió jamás.

Puede decirse que se mantuvo mas sobre la defensiva, que el que llegase á acometerles; sosteniendo únicamente sus derechos, porque eran justos, y porque no debia ceder con perjuicio de sus hijos. Jamás se la escapó la menor queja contra los enredos, con que sus contrarios procuraban colorear sus frívolas pretenciones; y siempre que se ofreció la ocasion de prestarles algun servicio, supo hacerlo, con toda la espresion que podia esperarse de un corazon tierno y cristiano como el suyo.

En fin, la prueba mas terrible á que tuvo que someterse, fué la de la muerte de su marido, sucedida en el sitio de una plaza en una salida que hicieron los sitiados. El no tenia entonces mas que cuarenta y cinco años. ¡Vean Vds, qué golpe este para la pobre marquesa! Pero su virtud fué superior á su desgracia: si ella se dió á conocer en otras tribulaciones, en ésta llegó ya hasta el heroismo, ¿y cómo podria yo describir á Vds. la santidad de esta muger ilustre durante este nuevo estado? Todo cuanto san Pablo encarga á las viudas lo practicó ella fielmente. Sus oraciones

fueron lasgas, su retiro mas rigoroso, sus limosnas mas abundantes, y su vida una imitacion de la de Jesucristo.

Aqui concluyó la madre Sor Leonor de Santa Cruz la historia de Adeilada de Witsburi, y de sus dos compañeras. Su larga relacion, léjos de fatigar á las colegialas que la oian, les pareció tan agradable á lo último como cuando la empezó, y edificadas por las noticias de sus virtudes, las repetian frecuentemente en sus conversaciones, y se alentaban las unas á las otras á la imitacion de tan buenos ejemplos.

FIN.

LIBRERIA

DE LA SRA. VIUDA DE MORALEDA,

PLAZUELA DE SAN AGUSTIN, NÚMERO 201.

En dicha libreria se halla la coleccion de Catecismos de Ripalda.=Astete.=Reinoso.=Fleuri; corregido por el señor Arzobispo de Valencia, D. Simon Lopez.—De la primera Comunión.=De lo que precisamente ha de saber el cristiano para salvarse.=Ejercicio cotidiano.=Ordinario de la Misa.=Confesion y Comunión.=Oraciones y practicas muy devotas con indulgencias.=Salmos en latin y castellano; el *Miserere*; *De profundis*; *Laudate pueri Dominum*, *Laudate Dominum omnes gentes*; *Laudate Dominum in sanctis ejus* etc.=Los cánticos *Magnificat*, *Nunc dimittis*, *Benédictus Dominus*; *Te Deum laudamus*; *Pange lingua*; Canciones para las comuniones solemnes.=Letrillas piadosas; Reglas de buena crianza, etc.

Forma un tomo en 8. ° marquilla de 455 pá-

ginas, el mas útil completo y económico en su clase que se conoce en España. Su precio fijo en Cádiz, 8 rs. en pasta y 10 con filetes de oro en las tapas.=Catecismo de la primera Comunión, impreso y aumentado, á real á la rústica y tres en pasta, con dos láminas finas.=*La fuerza de un librito*; diálogos entre Virginia y Elisa, sobre la Virginitad, 7 rs. en pasta.=Corona de doce estrellas, ó sean salutations á Maria Santísima en el Misterio de su Purísima é Inmaculada Concepcion con una estampa fina, á *cuatro cuartos*.=La jaulatoria *Bendita sea tu Pureza*, puesta en música por el profesor D. Francisco de Asis Gil á *dos reales*.

EN PRENSA.

Libro de Oro, ó sea La Pasion de Ntro. Señor Jesucristo, para cada dia del mes. La Santa Misa todos los dias. Devocion á las benditas Animas del Purgatorio. Adornado con láminas finísimas y de carácter muy legible para el templo. Podrá costar de 8 á 9 rs.=En la misma libreria se facilita gratis el Catálogo de la *Coleccion ascética de libros*, estampas y medallas, tomando algun artículo de la misma, que no baje de *cuatro cuartos*.

ERRATAS.

Pág. 6. º línea 4. º dice *bra* léase obra.

Idem 9. º línea 21 id. *pureza* pereza.

Idem 172 línea 6. º id. *pureza* pereza.

Idem 176 línea 8. º id. *me lisongea* no me

En la nota, librería de la señora viuda de
Moraleda, dice número 201, corriójase 201
antiguo hoy 5 moderno.

